Contra la sostenibilidad

Andreu Escrivà

Por qué el desarrollo sostenible no salvará el mundo (y qué hacer al respecto)

arpa

Andreu Escrivà

CONTRA LA SOSTENIBILIDAD

© del texto: Andreu Escrivà, 2022

© de esta edición: Arpa & Alfil Editores, S. L.

Edición gestionada a través de Oh! Books Agencia Literaria

Primera edición: enero de 2023

ISBN: 978-84-18741-93-7

Diseño de colección: Enric Jardí Diseño de cubierta: Anna Juvé
Maquetación: Compaginem Llibres, S. L.

Producción del ePub: booqlab

Arpa

Manila, 65

08034 Barcelona

arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

SUMARIO

PRIMERA PARTE

El porqué

El origen

El camino

PRIMER INTERLUDIO

SEGUNDA PARTE

Contra la neutralidad climática

Contra la extralimitación y la geoingeniería

Contra el mantra de las generaciones futuras

Contra la superpoblación y los superricos

Contra la huella de carbono

Contra la energía que salvará el planeta

Contra la transición ecológica

Contra la dominación de la naturaleza

Contra el ecomodernismo

Contra el catastrofismo

Contra la economía circular

Contra el reciclaje

Contra el coche eléctrico

Contra las finanzas sostenibles

SEGUNDO INTERLUDIO

TERCERA PARTE

Insostenible

Significado y significante

Nombrar lo desconocido

La conversación

Erosión y progreso

Futuro

TRES BREVES EPÍLOGOS

Epílogo uno: luciérnagas en la oscuridad

Epílogo dos: contra este libro

Epílogo tres: tu espacio

NOTAS

AGRADECIMIENTOS

REFERENCIAS

A mi madre, Julia, y a mi padre, Emilio, por regalarme la ciencia, la palabra y una curiosidad infinita. Por legarme cultura, tiempo y paisajes. Por habérnoslo pasado tan bien juntos, y por seguir haciéndolo.

Pero, sobre todo, por ser la mejor madre y el mejor padre que podría haber tenido. Me siento muy afortunado.

«Renunciar a la salvación es rebelarse, también, contra toda condena. No seremos salvados porque no estamos condenados. El sentido de la lucha es el que tiene ahora, aquí, para nosotros».

MARINA GARCÉS

«Lo que nos mantiene en marcha, en última instancia, es nuestro amor de los unos por los otros, nuestra negativa a agachar la cabeza, a aceptar el veredicto, por poderoso que parezca. Es lo que la gente común tiene que hacer. Hay que amarse los unos a los otros. Hay que defenderse los unos a los otros. Hay que luchar».

MIKE DAVIS

«No obstante, a pesar de sus carencias, espero que el libro sirva para aportar una pequeña contribución a que esas bromas sobre socializar la piscina de Ana Botín dejen de serlo».

LAYLA MARTÍNEZ

PRIMERA PARTE

«Todo va aún por este camino, y el planeta es todavía lo bastante amplio y lo bastante rico para el número de sus habitantes; pero existe un gran peligro en demorarse, y es que los apetitos del hombre se han convertido en necesidades apremiantes a las que nada pone freno, y si no se pone cierto límite, en un tiempo dado, a esas necesidades, ya no habrá proporción entre las exigencias del hombre y la producción del planeta».

GEORGE SAND

EL PORQUÉ

Haz la prueba: busca «sostenibilidad» en Google. Verás un montón de fotos de stock, recreaciones de nuestro planeta inserto entre las flechas que simbolizan el reciclaje, montajes con unas manos que lo sostienen con extremo cuidado, plantas germinando y bombillas cubiertas de césped. Mucho verde, eso siempre.

Estamos inmersos en una gran confusión, que nos induce a pensar que si algo es «sostenible» significa fundamentalmente que «cuida del planeta»; la parte que se resalta —al menos de cara al marketing— es aquella que hace referencia al medio ambiente. De esa forma se explica que se puedan vender camisetas sostenibles de las que sabemos todo de los tintes, el algodón y hasta el cartón de la etiqueta, pero nada de las condiciones laborales de quienes la han fabricado. Parece que solo nos importara esa parte vendible y bonita, porque es la que se puede pintar de verde. En la que podemos disimular la suciedad y el dolor que engrasan la maquinaria de nuestro sistema productivo.

Afirma1 el sociólogo Ernest García que «la semántica de la expresión "desarrollo sustentable" es de una enorme, casi desesperante, complejidad». Así es. Entre el fuego amigo de las sinonimias cruzadas, se confunde todo una y otra vez. En muchos casos, lo sostenible quiere implicar simplemente un menor impacto ambiental, ni siquiera su eliminación. Como si pegar un poco menos fuerte a un desconocido por la calle no solo no fuese considerado agresión, sino que nos diesen un reconocimiento por ello.

Un conocido supermercado etiqueta en su página web algunos productos con un recuadro verde en el que se puede leer, en mayúsculas: «SOSTENIBLE». Te lo puedes encontrar tanto en un vino de 400 euros como en camisetas deportivas de 15 euros. Y lo único que indica, cuando te fijas en el tipo de productos que están agrupados bajo ese paraguas, es que disponen de alguna certificación o sello, o que sencillamente han modificado algún pequeño paso en su producción. En el mejor de los casos, puede que no sean tan contaminantes como lo eran antes, pero en ningún caso son lo que podría considerarse sostenibles.

Esta, evidentemente, no es la dirección que se debe seguir.

***

Hablando un día de ello con Elena, mi pareja, que es ingeniera agrónoma y economista, y ha trabajado en estos asuntos en distintos puestos profesionales, me dio una clave fundamental. Le comentaba que no sabía cómo salir del laberinto semántico, cómo deshacer el entuerto en el que me estaba metiendo al escribir este libro. Cómo mostrar de una vez por todas que debíamos abandonar la visión de la sostenibilidad como brújula sistémica, dado que estaba indicándonos la dirección errónea.

«¿Qué es algo sostenible? Dímelo en tus palabras», me preguntó. Yo balbuceé un par de respuestas, sin creérmelas demasiado, tratando de evitar la definición canónica acuñada por la ONU. Resultaba evidente que era incapaz de definirlo con precisión, sin mil y una frases subordinadas o con multitud de cláusulas condicionales. «¿Y qué es algo insostenible?», replicó, desafiante. Ahí sí. Ahí lo tuve muy claro. Que no se puede sostener en el tiempo, que llegará un momento en que tropezará con sus propios límites, sean estos lejanos o cercanos, haya que detectarlos con tecnología punta o se vean a simple vista, dependan de otras circunstancias o de una sola variable. «Es un concepto que solo tiene sentido cuando se pone en negativo», sintetizó.

Así es: mientras la sostenibilidad es maleable, apropiable y banalizable, la insostenibilidad es un cuchillo afiladísimo que lo parte todo en dos. Es cualitativa, no cuantitativa; no es una gradación, como inducen a pensar los lemas comerciales que nos bombardean con productos o servicios más sostenibles. Tal y como leí unos meses después en un artículo del filósofo Fernández Buey2:

La palabra clave es insostenibilidad: si no es sostenible la base material de mantenimiento de la vida humana sobre la Tierra, evidentemente tampoco puede mantenerse sobre ella el tipo de civilización que ha sido causa de tal perturbación.

Lo insostenible es, en definitiva, lo que no se puede (o no se debe) mantener, bien sea por causas económicas, sociales o ambientales.

Una de esas cosas insostenibles es, paradójicamente, el concepto banal en el que hemos convertido el desarrollo sostenible. Miguel Delibes pronunció estas palabras en su discurso de ingreso en la Real Academia Española3, el 25 de mayo de 1975.

El hombre se complace en montar su propia carrera de obstáculos. Encandilado por la idea de progreso técnico indefinido, no ha querido advertir que este no puede lograrse sino a costa de algo. De ese modo hemos caído en la primera trampa: la inmolación de la Naturaleza a la tecnología. Esto es de una obviedad concluyente. Un principio biológico elemental dice que la demanda interminable y progresiva de la industria no puede ser atendida sin detrimento por la Naturaleza, cuyos recursos son finitos. Toda idea de futuro basada en el crecimiento ilimitado conduce, pues, al desastre. Paralelamente, otro principio básico incuestionable es que todo complejo industrial de tipo capitalista sin expansión ininterrumpida termina por morir.

A lo que nos remite la noción de sostenibilidad es, se tome un camino más largo o corto, a la idea de crecimiento ilimitado. Vestido con un traje verde y perfumado con esencias silvestres, pero crecimiento sostenido, al fin y al cabo. Y, como afirmaba Delibes, eso solo conduce al desastre.

***

Para construir un proyecto de futuro colectivo, duradero y humano, no podemos asentarlo sobre los cimientos viciados de una definición que lleva siendo tergiversada durante más de tres décadas. Necesitamos algo nuevo, pero para ello primero tenemos que dejar bien claro qué nos han estado colando por sostenible, sin serlo. Este libro intenta aportar información a ese esfuerzo que cuestiona las verdades sonrientes y señala las mentiras autocomplacientes. Son muchos los discursos académicos, los grupos de activistas, las brechas políticas que tratan de abrir camino en esta redefinición de lo que entendemos por sostenibilidad y en la impugnación del propio término.

Cuando esbocé el esquema de este libro tuve que tomar una decisión

clave sobre cómo orientarlo. Podía dedicarlo todo a cuestionar el concepto de sostenibilidad, a trazar su historia, sus desventuras académicas y políticas, las contradicciones epistemológicas que anidan en él. O bien podía ir ejemplificando todo eso en una serie de capítulos breves y directos, para que se pudiese entender mejor a qué nos referimos cuando denunciamos la banalización del concepto. Para que fuese más útil y también más entretenido.

Las páginas que siguen son un compendio de los autoengaños, trabas y lugares comunes que nos impiden avanzar y ralentizan la acción de una forma casi criminal. Que nos roban los debates productivos que como sociedad deberíamos tener, que rompen y mojan la tiza necesaria para trazar los planos de otros futuros posibles. El problema es que, en vez de obstáculos al uso, que son fáciles de reconocer porque hay que saltar arañándose las manos, o nos obligan a arrastrarnos por el lodo para superarlos, nos enfrentamos a decorados de cartón piedra llenos de colores y música estridente, como los de un parque de atracciones. A espejismos de abundancia y tecnología redentora. A la satisfacción que provoca saber que salvas el planeta varias veces al día, con el desayuno sin aceite de palma, el cartón reciclado de los paquetes que te llegan a casa, el suave ronroneo del coche eléctrico al entrar en el aparcamiento subterráneo.

¿Cómo vamos a saber hacia dónde salir corriendo si ni siquiera nos damos cuenta de que estamos en el lugar equivocado?

EL ORIGEN

Dice un amigo que tengo una memoria prodigiosa para lo que él denomina El Mal™. Que luego me olvido de caras y nombres de conocidos majísimos o de fechas señaladas, pero que ¡ay!, cuando llegamos a lo malo; de lo malo sí me acuerdo. Me dice, quizá para consolarme, que no ve rencor en ello, sino tan solo una capacidad extraordinaria de grabar en mi cerebro los detalles de todo aquello que me genera desazón o rechazo, que me causa vergüenza ajena. Y quizá tiene razón.

Por supuesto que esto es una exageración, que nos permite reírnos de vez en cuando. Pero sí es cierto que retengo con inusual clarividencia algunos episodios perturbadores de mi vida académica, activista y profesional, y muchos de ellos tienen en común un elemento: la decepción.

***

El 25 de febrero de 2013, en plena crisis económica, yo estaba en el paro y con una tesis doctoral a medio escribir. Pese a la desorientación del momento, que compartí con muchísima gente de todas las edades, tenía claro que quería seguir en aquello del medio ambiente y la sostenibilidad, aunque fuese el primer departamento que cerraban en las empresas. Así que trataba de compaginar la búsqueda de trabajo, las tareas de laboratorio y las opciones formativas que podía permitirme. Entre ellas estaba asistir a charlas gratuitas, especialmente si tenían relación con mi campo profesional. Aquel día, una prestigiosa entidad de mi ciudad invitaba a un reputado ingeniero forestal a hablar de sostenibilidad, así que allí me planté.

Una vez en la sala, me vi rodeado de un público compuesto casi en exclusiva por hombres, que iban a escuchar una mesa también compuesta únicamente por hombres, pero eso es algo a lo que solo empezaría a prestar atención unos años después. Lo me impactó ese día fue la inanidad de la charla, la veneración acrítica a un concepto de una simpleza hiriente, la nada disimulada pulsión capitalista. Por las caras que observé, la audiencia se dividía en dos sectores. Uno, los

afines, amigos y colegas profesionales del conferenciante, que asentían sin demasiado entusiasmo. El otro, los que por interés en el tema acudíamos a una charla sobre los trescientos años del concepto primigenio de sostenibilidad, y que volvimos a casa arrastrando el eco de una retórica agresiva en pro de la desprotección del territorio, la liberalización de los montes y el ataque sin cuartel a las administraciones públicas. En resumen, el desprecio por toda consideración de sostenibilidad que no tuviese que ver con poder sostener en el tiempo la extracción anual de un número determinado de metros cúbicos de madera.

Pese a todo, fue una conferencia extraordinariamente productiva. Si estoy escribiendo este libro es, en parte, gracias a lo que escuché aquel día y aún resuena en mi cabeza. Me he descubierto rebobinando la charla en más de una ocasión, obligándome a rebatirla más allá del exabrupto facilón. Es más difícil de lo que parece, y es por ello por lo que escribo este libro: la armadura formal e intelectual de las visiones deformadas y utilitaristas de la sostenibilidad son tremendamente resistentes a la crítica y el cuestionamiento. Brillan mucho, y nos pueden cegar con su reflejo.

***

Tal y como explicó el conferenciante, el concepto de «sostenibilidad» fue acuñado por el jurista alemán Hans Carlowitz en 1713. Nachhaltigkeit. El manejo sostenible de los bosques era una realidad en muchos aprovechamientos comunales a lo largo de la geografía europea —y en numerosas culturas ancestrales—, pero es desde entonces cuando se convirtió en un concepto capaz de orientar políticas y estrategias comerciales. Resulta más que comprensible la voluntad de conjugar una necesidad acuciante (extraer madera para usarla como combustible o material de construcción) con las previsibles necesidades futuras, cuando se necesitaría la misma madera e incluso más, debido al desarrollo industrial y minero. Todo ello sucedía en un momento en el que los límites de los recursos naturales y el cambio paisajístico ya eran palpables, tras la deforestación sufrida en toda Europa —y en particular el territorio que actualmente ocupa Alemania— en los siglos precedentes.

Aquel manejo, sin embargo, se reducía a obtener una tasa de reposición. Es decir, a no extraer más de lo que se podía regenerar.

Ese cálculo, más matemático que ambiental, no dice nada sobre la propiedad de la tierra y la madera, sobre quién se enriquece, sobre qué otros impactos generan su comercio ni sobre cómo afecta la extracción al entorno y a la biodiversidad. No nos transmite más que lo que debería ser una obviedad: hay límites si queremos mantener una actividad extractiva de un recurso natural finito. Y eso, en 1713, era un cambio de mentalidad de enorme calado, pero en pleno siglo XXI deberíamos darlo por sabido.

***

La sostenibilidad es un trampantojo dialéctico tremendamente resultón. Cuando se representa mediante un diagrama de Venn, como el resultado de la intersección entre las vertientes ambiental, social y económica, da la sensación de ser un portal a un futuro mejor. Y el concepto mismo quizá lo sea. Es posible que su significado profundo, lo que muchos entendemos por sostenibilidad, sí sea una herramienta realmente transformadora, pero siempre y cuando no se pongan las tres vertientes en un plano de igualdad.

La sostenibilidad débil, de génesis economicista, considera que el capital natural y humano son intercambiables y que lo que cuenta es la suma de ambos. Profesa una fe inquebrantable en el crecimiento y considera que el progreso económico soluciona por sí solo los problemas ambientales, por lo que su receta básica para afrontarlos consiste en alimentar, sea como sea, al Producto Interior Bruto (PIB). Cuanto más ricos, más sostenibles, menor contaminación. La sostenibilidad fuerte, por contra, niega esta posibilidad de intercambio de capital natural por artificial, y por lo tanto cierra la puerta a las trampas contables que permite la visión débil. En vez de representarse mediante un diagrama de Venn en el que distintos círculos interseccionan, se suele dibujar mediante círculos concéntricos: la esfera económica está contenida por la social y ambas dos están, a su vez, dentro de la esfera ambiental. Ni la economía ni la sociedad pueden existir en el vacío.

Todo lo que hemos producido los seres humanos —mayormente cemento, metal, plástico, ladrillos y asfalto— ya pesa más que todos los seres vivos del planeta, según un estudio publicado en Nature en 20201. La parte humana de la ecuación está engullendo al resto de la realidad biofísica, de forma coherente con la visión imperante, según

la cual no importa si el capital es natural o artificial, siempre que crezca de forma sostenida. Ninguna acepción de sostenibilidad debería ser capaz de justificar esta realidad.

***

Sostenibilidad no es un sinónimo estricto de desarrollo sostenible, pero sin estar este fijado en el imaginario colectivo no sería posible la epidemia de sostenibilidad que padecemos hoy en día. Todo parece ser sostenible. Los coches, los briks de leche, las sillas, las vacaciones, las casas, las chaquetas de piel o sintéticas, las lechugas o los teléfonos móviles. El verdadero problema está, a mi parecer, en la sostenibilidad, porque mientras el debate sobre el desarrollo sigue anclado en cuestiones académicas, es el concepto de sostenibilidad el que se ha colado como un auténtico caballo de Troya en nuestras vidas. Es posible que desconozcamos qué economistas definieron la visión mercantilista del capital natural, o qué debates profundos se dan en las facultades sobre el alcance exacto de la valoración de daños o la integración de las externalidades negativas en los costes, pero sí nos han hecho creer que si compramos ese paquete de galletas ayudamos al planeta. Que si conducimos un eléctrico estamos salvando a los osos polares. Que mientras usemos ropa eco podremos estrenar todas las camisetas que queramos cada año.

¿O no?

EL CAMINO

Durante años he defendido el término sostenibilidad. Su integridad, su utilidad. He explicado sus orígenes y su potencial, su capacidad de entroncar con conceptos transformadores de la educación ambiental y provocar cambios transversales. Su cualidad como brújula y cantimplora, como esa utopía de la que escribía Eduardo Galeano, que nunca íbamos a alcanzar, pero que nos permitiría avanzar. Como el Santo Grial, nos abría las puertas de una eterna juventud ambiental, social y económica: ¡si era sostenible significaba que no se iba a acabar! Qué mejor promesa que esa, qué futuro más deseable que aquel en el que siempre podríamos hacer lo que quisiéramos sin agotar el mañana. La cuadratura del círculo, el fin último de la humanidad.

Todo el mundo ha ansiado durante décadas encontrar esta piedra filosofal, capaz de transformar la sobrepesca en delfines sonrientes, la roturación de tierras en avutardas felices, los tubos de escape en alcorques llenos de flores y abejas. Sin embargo, en algún momento del camino, algunos se dieron cuenta de que, en vez de dedicar más tiempo, esfuerzos y dinero en ese camino hacia la ansiada sostenibilidad, era más fácil tratar, simplemente, de imitarla. Pintarlo todo de verde, invertir más en el departamento de marketing que en el de medio ambiente, influir para conseguir leyes menos duras y ambiciosas, para así estar siempre a la vanguardia de estas. En un camino inverso a la utopía de Galeano, atrajeron la sostenibilidad hacia sus pies, para así poder ir retrocediendo hasta hundirnos en el lodazal en el que nos encontramos hoy inmersos.

***

Algunas voces, provenientes en su mayoría del primigenio ecologismo y de departamentos universitarios, impugnaron desde su mismo nacimiento el concepto de desarrollo sostenible, del cual se derivaría a su vez el de sostenibilidad. Muchas de estas críticas encontraban su germen en el informe sobre «Los límites del crecimiento» del MIT (Massachusetts Institute of Technology), publicado en 1971. También en otros trabajos académicos, como los llevados a cabo por el

economista rumano Georgescu-Roegen, cuyo trabajo fundamental, «La ley de la entropía y el proceso económico», data asimismo de 1971. Lo que se ponía en cuestión en todos ellos era el concepto mismo de crecimiento, y su perversa e interesada sinonimia con el de desarrollo. En pleno proceso conocido como «La Gran Aceleración», en el que la dimensión económica y energética de la humanidad pegó un estirón sin precedentes, las costuras biofísicas del planeta empezaban a acusar la tensión. La preocupación por su resistencia —y el mundo que nos quedaría tras un reventón— justificaba sobradamente los análisis nada optimistas que se hicieron sobre la posibilidad de seguir aquel ritmo de crecimiento exponencial.

Para sortear la imposibilidad física de mantener un crecimiento infinito en un planeta finito se acuñó el término «desarrollo sostenible». Sus líneas maestras consistían en incorporar el futuro a las decisiones del presente, mirar más allá de nuestras narices en lo ambiental pero también en lo económico y social, ser conscientes del legado y del impacto que estábamos teniendo. Aquella era sin duda una visión valiosa, más aún en un momento en el que el mundo se encontraba inmerso en la guerra fría y la reaganomics marcaba el paso. Así pues, las esperanzas de varias generaciones de activistas, políticos y académicos cristalizaron en aquel concepto, peligrosamente dúctil incluso tras acuñar la ONU una definición formal en el conocido como Informe Brundtland, en 1987, cuyo título oficial era «Nuestro Futuro Común»: «Satisfacer las necesidades de las generaciones presentes sin comprometer las posibilidades de las generaciones futuras para atender sus propias necesidades».

Tan positivo como inane, tan poco concreto que todo el mundo podía aceptarlo. Y por eso triunfó. Como explica el economista José Manuel Naredo1 en un artículo sobre los orígenes del concepto «sostenibilidad», fue Henry Kissinger, jefe de la diplomacia americana durante gran parte de la década de los años setenta, quien en 1974 vetó, vía telegrama, el término ecodesarrollo. El hueco dejado lo ocupó sin dificultad la noción de desarrollo sostenible que, como explica el mismo Naredo, podía ser aceptado por los economistas más convencionales, al mimetizarse con la idea de «desarrollo autosostenido», tan del gusto de la época. Los pilares sobre los que se asentó entonces fueron aquellos que se pretendían reformular, tras su cuestionamiento a inicios de la década: crecimiento y desarrollo, los dos elementos que estaban descosiendo las costuras planetarias.

Moldeado al gusto del paradigma económico del último cuarto del siglo pasado, en ningún momento cuestionaba ni definía las «necesidades de las generaciones presentes». ¿Entran ahí los yates de

lujo, la moda de usar y tirar, los coches deportivos, las vacaciones en un resort de Bali? ¿De qué generaciones habla, exactamente? Porque, aunque compartan espacio y tiempo en este planeta, las necesidades autopercibidas de un neoyorquino rico y un marroquí pobre —por poner un ejemplo entre los miles posibles— son dramáticamente distintas.

La segunda parte de la frase incide en la confusión: sin comprometer las posibilidades de las generaciones futuras para atender sus propias necesidades. Ajá. ¿Y si para satisfacerlas limitamos las opciones de quienes vengan después? ¿De cuánto tiempo después estamos hablando, exactamente? ¿Quién tiene prioridad? ¿Cuándo deja una generación de ser futura y entra en el terreno neblinoso de la especulación? Con todas estas preguntas sin una respuesta clara, la excusa perfecta para la procrastinación está servida: Ya se apañarán. Algo inventarán. Nosotros también lo tuvimos difícil, no nos dejaron un lienzo en blanco, nos tocó lidiar con problemas de todo tipo.

El núcleo del choque generacional que vivimos viene de querer defender lo indefendible por parte de quienes llevamos aquí más tiempo, pero también porque lo que reclama una parte de las generaciones más jóvenes no es una impugnación del sistema, sino que hagamos algo para que la fiesta no pare. Para que ellos puedan disfrutar de la misma cornucopia desarrollista de la que disfrutamos hoy gran parte de nosotros.

Cuando se habla de un futuro robado por el que pedir perdón —que muchos países y para miles de millones de personas es presente y también pasado—, ¿a qué futuro nos referimos? ¿A uno en el que mantener a toda costa el modo de vida depredador que las sociedades occidentales hemos impulsado y subvencionado durante décadas, condenando a más de la mitad de la humanidad a la pobreza y la explotación? Estoy seguro de que no, en muchos casos. Pero se debe tener cuidado con qué anhelos parecen traslucir las protestas teñidas de un cariz generacional. El desarrollo sostenible venía a decir que todos (¿todos?) podríamos disfrutar de un modo de vida «fantabuloso», a la americana, y que los que vinieran después también podrían gozarlo, y sus hijos, y los hijos de sus hijos, en una especie de dinastía planetaria de humanos felices y sostenibles. Por eso la definición tuvo un éxito arrollador, y por eso su aplicación ha sido un completo fracaso.

En su defensa cabe decir que el Informe Brundtland, del que beben todos los discursos y políticas sobre la sostenibilidad desde hace más de treinta años, parece estar tratando de imponer unos límites. En la

continuación de la definición del término desarrollo sostenible, que no está resaltada en ningún encabezamiento sino constreñida en el punto veintisiete del apartado tercero, capítulo primero, se apunta una idea que, aunque tímida, tiene mucho valor:

El concepto de desarrollo sostenible implica límites —no límites absolutos, sino limitaciones impuestas a los recursos ambientales por el estado actual de la tecnología y la organización social, y por la habilidad de la biosfera de absorber los efectos de las actividades humanas.

Los límites, tan denostados desde las muy fundadas reflexiones e investigaciones de inicio de la década de los años setenta, nunca se fueron, aunque hubiésemos tratado de darles esquinazo. Reaparecieron en la propia definición de desarrollo sostenible, si bien disfrazados con eufemismos y alguna trampa al solitario; pero límites, al fin y al cabo. No es de extrañar, pues, que nadie se acuerde de cómo continuaba la definición al citarla con pompa y boato en discursos y estrategias de sostenibilidad.

***

Confesaba al inicio que he dedicado años a defender y divulgar el concepto de desarrollo sostenible. Quizás ahora nos resulta conocido, hasta cansino, pero a principios de siglo XXI el «medio ambiente» remitía, para gran parte de la gente, a incendios, osos panda, el Exxon Valdez, el agujero de la capa de ozono y la contaminación de los ríos. Por contra, el paraguas que ofrecía el desarrollo sostenible para hablar no solo de medioambiente sino de territorio, economía, salud, justicia social y muchos otros temas era innegablemente atractivo, y muy útil; iba mucho más allá de los temas clásicos del ambientalismo. Así que, incluso conociendo desde un principio sus flaquezas y limitaciones, muchos tratamos de aprovechar ese halo de solución mágica para introducir cuestiones que seguían siendo marginales en la agenda social e incluso ambiental.

Sin embargo, ya es hora de asumir que nos ha llevado por un camino tremendamente peligroso, y que el problema de todo está en su

génesis. Estamos bordeando el precipicio con inconsciencia, como si hubiera un asidero mágico al que agarrarnos. Y esa ilusión, la de pensar que siempre hay una salida a mano, es más peligrosa que un resbalón.

Mis padres cuentan pocos chistes. Sin embargo, repetían cada cierto tiempo algunos de Eugenio, un humorista muy popular a finales del siglo pasado. Hay uno que se me quedó grabado desde la primera vez que lo contaron, y que con el tiempo ha ido adquiriendo cada vez más sentido.

Saben aquel que diu... que es un tío que va por el campo cazando mariposas, y tiene la mala fortuna de caer a un precipicio de 1.500 metros de profundidad, pero a los veinte metros logra agarrarse a una rama situada en el borde y desde allí empieza a preguntar: «¿Hay alguien?... ¿Hay alguien?» hasta que se oye una voz profunda, penetrante, con personalidad que le dice: «Sí, hijo mío, está Dios. Sigue mis instrucciones, sin miedo. Suelta tus manos, déjate caer al vacío, que antes de que tu cuerpo se estrelle contra el suelo mandaré 40.000 ángeles mayores y, al mando de mi bien amado Arcángel San Gabriel, batiendo sus potentes alas vencerán la ley de la gravedad y succionando el aire te remontarán otra vez hasta el punto de partida...». «Vale, gracias, pero... ¡¿hay alguien más?!».

La propuesta de Dios suena absurda, imposible, lo suficiente como para rechazarla a pesar de la gravedad de la situación, incluso aunque el infortunado personaje del chiste fuese creyente. Casi tanto como la promesa de poder seguir creciendo en un planeta finito, y hacerlo sin cuestionarse siquiera sobre qué estamos edificando ese crecimiento, qué lo está nutriendo, cómo está socavando los cimientos de nuestro bienestar y obstruyendo las arterias por las que fluye el futuro.

Estamos agarrados a la rama que sale de la roca, que va quebrándose cada vez un poco más, confiando en que aguante un peso a todas luces excesivo.

¿De verdad queremos sostener esta situación?

PRIMER INTERLUDIO

A veces, para avanzar, hay que ir a la contra.

Para ir más allá de la sostenibilidad, primero debemos mostrar por qué esta ya no nos sirve. Qué es lo que está mal en toda la maraña actual de términos sostenibilistas. Con qué trucos de trilero nos quieren hacer creer que avanzamos, cuando en realidad seguimos en el mismo sitio de siempre: dando vueltas a la manecilla de la insostenibilidad, confiando ciegamente en que si algo funcionaba ayer también lo hará mañana.

Así que ahora toca ponernos a la contra. Ir, uno por uno, derribando los principales pilares de la sostenibilidad. No es un esfuerzo destructivo gratuito. Es, sencillamente, el primer paso de la construcción de algo nuevo.

SEGUNDA PARTE

«Lo que no conviene a la colmena,

no conviene a la abeja».

MARCO AURELIO

CONTRA LA NEUTRALIDAD CLIMÁTICA

Si hay algo que simboliza a la perfección nuestra devoción por desplazar los problemas presentes a fechas futuras es la neutralidad climática, net zero en inglés. Hemos inventado un concepto que nos permite seguir emitiendo enormes cantidades de gases de efecto invernadero, con la promesa de que en el futuro lo compensaremos. Ni siquiera planteamos reducirlas de forma drástica o eliminarlas por completo, sino simplemente compensarlas de alguna forma, lo que permite posponer varias décadas la toma de medidas. Como si dijésemos que nos hemos propuesto dejar de fumar porque sabemos perfectamente que es un hábito muy dañino para nuestra salud (¡no somos negacionistas del cáncer, por favor!), pero que tenemos pensado dejarlo en unos veinte años, más o menos. Esta propuesta sería absurda, poco más que una broma de mal gusto; entonces, ¿por qué estamos vendiendo el equivalente climático como la gran solución del siglo? Porque es sostenible.

Si emitimos tanto como somos capaces de capturar (mediante árboles o tecnología que ni siquiera existe hoy en día) se puede sostener. Obtenemos la cuadratura del círculo. Y, además, nos permite algo todavía más valioso: vender en 2023 los informes sobre las emisiones de 2050. Ponernos medallas, exhibir nuestro compromiso con la sostenibilidad, recibir premios por las estrategias corporativas, que el departamento de comunicación y el CEO de nuestra empresa puedan dar entrevistas desde la Antártida y parecer legitimados para hacerlo.

El concepto de la neutralidad, en sí mismo, no es negativo. Quizás en otro momento histórico podría haber tenido recorrido y utilidad; por ejemplo, en una ucronía en la cual hubiésemos tomado acciones contundentes a principios de los años ochenta del siglo XX, aprovechando la ventana de oportunidad que con dolorosa claridad dibujó Nathaniel Rich en Perdiendo la Tierra. Hoy en día, sin embargo, es un espejismo que nos está dirigiendo hacia un peligroso camino del que nos resultará muy difícil salir. Llévatelo ahora, paga después.

Si aceptamos la neutralidad climática tal y como está planteada, les estamos otorgando una patente de corso a las empresas energéticas para emitir lo que quieran. A las mismas que nos han metido en este embrollo con su avaricia y voracidad. ¿Le confiarías la gestión de tu cuenta corriente a unos tipos que hace más de cincuenta (¡50!) años

ya sabían el daño que estaban provocando, y no osaron abrir la boca con el fin de seguir ganando montañas de dinero? ¿Unos tipos que durante todo ese tiempo ocultaron pruebas, presionaron a gobiernos, se saltaron leyes (o directamente las redactaron) y dirigieron campañas de acoso y violencia contra quienes les investigaban e intentaban exponer sus sucias prácticas?

No parece muy buena idea, ¿verdad?

***

La neutralidad climática hace aguas por varios sitios. Los compromisos suelen ser vagos, no cuestionan el modelo de negocio, torturan los datos y aplican una muy psicodélica contabilidad creativa (de carbono, de hectáreas y de dinero). Y constituyen, ante todo, una peligrosísima distracción. Es por ello por lo que debemos señalar sus debilidades, que pueden quedar ocultas tras una millonaria estrategia de mercadotecnia.

El primer agujero en el casco es la estrategia de muchas multinacionales, que consiste en poner una fecha lejana y asumir que será entonces cuando empezarán a compensar lo emitido. No antes, porque ello supondría disminuir sus márgenes de beneficio. Un caso paradigmático es el de la empresa cárnica de origen brasileño JBS, que sacrifica la escalofriante cantidad de nueve millones de animales cada día. Su límite para alcanzar la neutralidad climática es 2040, lo que significa más de tres lustros de emisiones desbocadas. Un poco antes, en 2035, se plantea eliminar la deforestación asociada a su cadena de suministro, que hoy en día se relaciona con más de 100.000 ha deforestadas solo en Brasil, de las cuales hasta tres cuartas partes pueden ser ilegales; quizá por ello no nos sorprenda saber que JBS está salpicada por numerosos escándalos de corrupción. En abril de 2022 se hizo público un estudio1 en el que se constataba que JBS había aumentado sus emisiones un 51 % en solo cinco años, de 2016 a 2021. El compromiso futuro de neutralidad climática es, simplemente, una larguísima prórroga para seguir con un modelo de negocio cada vez más insostenible y depredador.

Otro caso de promesa que no tiene ningún atisbo de hacerse realidad es la que hizo pública la petrolera Shell en 2019: se comprometió a compensar un total de 120 millones de toneladas anuales de carbono

en 2030. Sin embargo, y aquí el giro de guion es para enmarcar, el mercado mundial de compensaciones voluntarias de carbono de ese mismo año, 2019, era de 104 millones de toneladas2. ¿Cómo esperan compensar ellos solos los 120 millones de toneladas prometidas? Los planes de neutralidad climática de estas empresas, como el de tantas otras, no guardan relación alguna con el mundo que dicen querer proteger. Solo son papeles para contentar a sus accionistas, salir en los periódicos y lavarse las manos ante la opinión pública. Un greenwashing de libro.

Los compromisos de neutralidad climática no siempre hacen referencia a toda la actividad de la empresa, lo que se conoce como los «Alcances». Las emisiones de «Alcance 1» son las emisiones directas, es decir, lo que la actividad genera (habitualmente al quemar combustible). Las de «Alcance 2» son las que se conocen como indirectas, por ejemplo, las derivadas de la electricidad consumida. Las de «Alcance 3» son aquellas que se producen a consecuencia de la actividad del emisor, pero son de propiedad y control ajeno al mismo, tanto adquirido (viajes, servicios, bienes) como por el uso que se da a sus productos. Veámoslo con un ejemplo práctico. En el caso de la petrolera Exxon, como en el resto de empresas similares, su compromiso de neutralidad climática no afecta al 85 % de sus emisiones, que son las que se incluyen en el Alcance 3; es decir, el petróleo y derivados que comercializa. Eso significa que podrán comprar todos los camiones eléctricos que quieran, o hacer funcionar sus oficinas con paneles solares, pero su actividad principal seguirá siendo extraer petróleo y agravar el cambio climático.

Otro ejemplo muy ilustrativo son los aeropuertos. Conscientes de su mala imagen ambiental, son muchos los que han presentado en los últimos años un plan de sostenibilidad, cuyo objetivo principal suele ser que la infraestructura aeroportuaria sea neutra en carbono. Por supuesto, se refieren a la energía de los edificios y algún elemento adicional, pero en ningún caso a los vuelos que despegan o aterrizan en sus pistas.

Por último, todas las estrategias —sean institucionales o empresariales — que prometen conseguir la neutralidad climática se basan, de una forma o de otra, en tecnologías que no están disponibles hoy en día. Esto quedó más que patente cuando en mayo de 2021 John Kerry, el enviado especial de Estados Unidos para el clima bajo el mandato del demócrata Joe Biden, declaró textualmente3:

Me dicen los científicos que el 50 % de las reducciones [de emisiones] que debemos hacer para llegar a la neutralidad climática vendrán de tecnologías que aún no tenemos. Es simplemente la realidad.

Es decir, nos jugamos nuestro futuro en una innovación tecnológica que no sabemos si llegará a tiempo y que, si lo hace, deberá ser de una escala tan descomunal que resulta imposible hasta de imaginar. No tendrá una sola oportunidad de funcionar mal, porque nos habremos quedado sin tiempo. A Kerry le contestó, quizá sin saberlo, el asesor científico jefe del Reino Unido, sir Patrick Vallance, en una videoconferencia sobre cambio climático de julio de 2022, en la que se dirigía a miembros del Parlamento británico. En ella dijo4 que:

La tecnología va a ser una parte importante de cómo afrontemos esto, pero no es una solución mágica ni va a solucionarlo por sí misma. Si cogemos 2050, cualquier tecnología que no podamos ver funcionando en este momento no nos va a salvar el pellejo, debido a la escala a la cual estas tecnologías deben ser introducidas.

Viendo este incierto panorama es cuando a algunos les entran las prisas por plantar árboles ahora, un mensaje compartido por empresas, instituciones, organizaciones no gubernamentales y hasta personas individuales. ¡La solución al cambio climático!

¿O no?

***

En mi primer libro sobre cambio climático, Aún no es tarde, escrito en el verano de 2016, recogía una pregunta recurrente que me hacían en las charlas sobre el tema: «¿Y por qué no plantamos más árboles?». Pese a que podamos despacharla aduciendo que es una estrategia que no va a la raíz del problema, la pregunta que genuinamente se plantea tanta gente merece una respuesta más detallada. Plantar árboles parece una buena idea, y de hecho lo es. En algunos casos, al menos. Pero no es una solución mágica.

En 2019 se publicó en la revista Science5 un artículo que arrojaba un resultado tremendamente esperanzador: plantar árboles en zonas propicias podría capturar hasta dos tercios de las emisiones de gases de efecto invernadero provocadas por los humanos. Si se confirmaba, era una noticia de enorme alcance. Sin embargo, muy pronto empezó a recibir críticas metodológicas y conceptuales6, hasta el punto de que los autores tuvieron que corregir el artículo original y disminuir el potencial de captura hasta «menos de un tercio». Sigue siendo mucho, sin duda, pero las críticas a su trabajo, que siguieron tras la corrección, no se centraban únicamente en la contabilidad de carbono. Existe una preocupación real sobre los esquemas de plantaciones propuestos para absorber carbono, tanto por los ecosistemas en los que se haría, como por las especies que se plantarían (aquellas de crecimiento más rápido no siempre son las más adecuadas para fomentar la biodiversidad); la competencia con los cultivos existentes; el uso de agua que supondría, especialmente en ambientes con un alto riesgo de desertificación; las interacciones con el carbono del suelo, que podrían hasta implicar un balance neto negativo de carbono; o el riesgo asociado de incendio en caso de una mala gestión. Y, por supuesto, las implicaciones que tendría este esquema neocolonial de intervención en el territorio para miles de pequeñas comunidades humanas alrededor del mundo.

Centrarse en un único parámetro a la hora de abordar una tarea tan compleja como una reforestación es un esquema de gestión ecosistémica abocado al fracaso, y que además se enmarca en una mercantilización sin escrúpulos del territorio. No se plantan árboles porque sea bueno para ese ecosistema ni para quienes viven allí, sino porque alguien, en otra parte, está pagando para sentirse bien o poder adornar la nota de prensa de una memoria de sostenibilidad. Pensar en plantar miles de millones de árboles es también, aunque no lo parezca a primera vista, una forma de tecnooptimismo, porque solo nos fijamos en sus beneficios (cuando los hay) y apartamos la vista de las consecuencias indeseadas que conlleva.

De hecho, los cálculos sobre absorción de carbono no dejan de emitir (valga el juego de palabras) señales preocupantes. A finales de 2021, en una investigación que a muchos nos dejó helados, periodistas de The Washington Post7 descubrieron una «brecha» en los cálculos de las emisiones globales que correspondía a un volumen de entre lo emitido por Estados Unidos y lo emitido por China: entre 8 y 13 gigatoneladas (Gt) de carbono. Es decir, que existían emisiones de gases de efecto invernadero que no se habían detectado, cuya magnitud alcanzaba un cuarto de las emisiones anuales totales, que estaban distorsionando los balances globales. Un enorme jarro de agua

fría. Un peso extra en la mochila de la transición ecológica como proceso y de la neutralidad climática como objetivo, que podía inclinar la balanza definitivamente a favor de la superación del umbral de 1,5 ºC, el límite de aumento de temperatura marcado por el IPCC (Panel Intergubernamental del Cambio Climático, por sus siglas en inglés) y el Acuerdo de París.

Más de la mitad de esas emisiones ocultas (el 59 %) correspondía, de hecho, a las inconsistencias en los cálculos de la absorción de CO2 en función de los usos del suelo considerados. El sesgo no es casual: cuanto más infle un país la cantidad que dice absorber su territorio, más podrá emitir en el marco de los compromisos internacionales que haya adquirido. Los cálculos sobre la capacidad de los ecosistemas y cultivos para captar carbono se convierten, pues, en un enorme coladero, tanto para los países que quieran trucar sus emisiones como para aquellas empresas que quieran aprovecharse de la poca calidad de los cálculos.

Sin embargo, no hace falta remitirse a complejas contabilidades de carbono para apreciar que es un marco disfuncional, mercantilista y poco operativo. El 18 de julio de 2022 se declaró un incendio en Ateca, Aragón. El origen del fuego fueron unos trabajos de reforestación que estaba llevando a cabo la compañía Land Life Company Iberia, cuyo modelo de negocio es vender créditos de carbono a negocios y empresas que quieran compensar sus emisiones. Iban a repoblar 200 hectáreas y, sin embargo, el saldo final fue de 14.000 hectáreas calcinadas; el catastrófico resultado de realizar estos trabajos en plena ola de calor, con temperaturas superiores a los 40 ºC. Como acertadamente se preguntaban algunos usuarios en las redes sociales, si las absorciones se computaban en los balances de carbono de las empresas que compraban los créditos, ¿qué había que hacer con las monstruosas emisiones derivadas de los incendios? ¿Se les añadía a quienes habían contratado los servicios de Land Life, o tenía esta empresa que asumir toda la responsabilidad? Lo más sangrante del asunto es que, unas semanas antes, el 20 de junio, la misma empresa había provocado otro incendio de 25 ha, iniciado también por la chispa de una retroexcavadora. ¿Cómo es posible que reincidieran?

***

Cuando era estudiante de Ciencias Ambientales solía ir a curiosear por

alguna de las reforestaciones patrocinadas que se hicieron en las sierras cercanas a mi ciudad, València. A veces ni siquiera diseñaba la ruta de forma expresa para verlas, pero tras los infernales incendios de 1994 era difícil no tropezarse con alguna replantación financiada por la obra social de una caja de ahorros, club de fútbol o empresa de cualquier tipo. En ellas nunca contabilicé más del 20 % de árboles vivos del total replantado; a veces todos estaban muertos, secos. Hablando con un ingeniero forestal que conocía bien la zona, me contó que los ayuntamientos o el propio gobierno autonómico no podían rechazar el dinero para realizar la replantación, ni tampoco las fotos y publicidad derivada, pero que luego no tenían medios para su seguimiento y su gestión. Esto es solo un ejemplo de cómo una mala actuación forestal, por bienintencionada que sea —y no siempre era el caso— puede resultar mucho más dañina que beneficiosa tanto para el balance de carbono como para la biodiversidad o el riesgo de incendios. ¿Para qué servían, entonces?

Una frase falsamente atribuida a Orwell (y que habría sido publicada por primera vez, de una forma ligeramente distinta, en 1918 en el periódico The Fourth State, atribuyéndosela al periodista L. E. Edwarson, del Chicago Herald) dice así: «Una noticia es aquello que alguien no quiere que se publique. El resto son relaciones públicas». Preguntémonos entonces quién está interesado en publicitar las hojas de ruta para la neutralidad climática, en hablar de net zero y del potencial de compensación. Las «relaciones públicas» de la cita son, en el caso que nos ocupa y en todo lo que tiene que ver con el mundo de la sostenibilidad, ese concepto tan viscoso como omnipresente que es el greenwashing. Un lavado de cara verde, bonito y vendible, para poder seguir funcionando como siempre. Para eso, y no para otro fin, es para lo que sirven los planes actuales de neutralidad climática. Para proteger el statu quo, no para evitar los límites del calentamiento ni cuestionar los engranajes que nos han traído hasta el borde del precipicio.

***

Nos falta una última pieza por encajar en el rompecabezas de la neutralidad climática. La más difícil. Imaginemos que todo va según lo planeado, que de alguna forma encontramos la manera de compensar las emisiones y plantar miles de millones de árboles, de transformar desiertos en vergeles y reforestar amplias zonas degradadas.

Supongamos que la innovación tecnológica llega más lejos de lo que jamás hubiéramos podido imaginar, y que nos proporciona plantas industriales de captura de carbono sacadas de un relato de ciencia ficción. Imaginemos, pues, que alcanzamos, en la fecha indicada, 2050, el equilibrio entre lo que emitimos y lo que hemos conseguido que el mundo absorba, sea mediante plantas de tecnología futurista o arbustos xerófilos. Y entonces, ¿qué?

En ese mundo que se nos vende como futuro deseable el calentamiento global no solo será una realidad, como lo es hoy en día, sino que habrá tenido décadas para aumentar su intensidad y peligrosidad. En la atmósfera de ese futuro, en el que las emisiones de gases de efecto invernadero nos saldrían cuenta con paga con lo que conseguiríamos capturar, la concentración de dióxido de carbono sería aquella que hubiese el día antes de llegar a la neutralidad. Si fijamos ese momento en 2050, las proyecciones nos indican que habremos sobrepasado las 500 ppm (partes por millón) de CO2. Y entonces la neutralidad climática, si se erige en normalidad, lo único que conseguirá será prolongar ad eternum una situación indeseable, la misma de la que tratábamos de huir.

¿Qué implican esas 500 partes por millón? Suena a poco, pero son casi el doble de las que había en la atmósfera antes de que empezásemos a quemar combustibles fósiles desenfrenadamente, hace apenas dos siglos. Es la concentración suficiente para empujar los termómetros a una subida catastrófica de más de dos grados, para desplazar a centenares de millones de personas por hambrunas o desastres ambientales, para fundir gran parte de los hielos perpetuos que quedan y anegar campos de cultivo alrededor del mundo. También para borrar buena parte de los pueblos y ciudades costeras, aunque eso no suceda en 2050, sino algunos lustros o décadas más tarde. Las ventanas al futuro que nos muestran los modelos climáticos son, sin duda, terroríficas. Los mapas que ilustran los artículos científicos dan auténtico miedo y, por muchas veces que los haya visto y sepa que su base metodológica y conceptual es de lo más sólida, aún me resisto a creerlos.

***

Unos meses antes de escribir estas líneas, en una mesa redonda, conocí a una psicóloga que trataba a ejecutivos y responsables de

sostenibilidad de grandes empresas; me contó que prácticamente todos padecían ansiedad de forma recurrente, algunos de forma muy aguda. Debe ser duro, si uno es mínimamente solvente a nivel técnico y decente en lo humano, dedicarse a pasar la fregona por el rastro de emisiones de una gran empresa y teclear con un diccionario de eufemismos al lado. Este malestar, con el que sinceramente empatizo, tiene una causa lamentablemente muy clara: la sostenibilidad real es irreconciliable con la inmensa mayoría de las estrategias de sostenibilidad empresarial actuales. Saberlo y no poder actuar en consecuencia debe ser una tortura.

Todo cuestionamiento de la realidad tiene que ir acompañado de propuestas, porque en caso contrario se convierte en una pataleta. En este caso es muy simple. Abandonemos el concepto de neutralidad climática: no nos hace falta. Pero no solo es que no resulte útil, es que nos está retrasando mediante la proyección de un elaborado espejismo en mitad del desierto. Es una distracción letal. Nos promete agua cuando solo puede ofrecernos arena y sal. Mientras tanto, bebemos los últimos tragos de la cantimplora despreocupadamente, porque nos aseguran, engañándonos, que en unos pocos pasos podremos llenarla de nuevo.

Necesitamos disminuir, aquí y ahora, las emisiones de gases de efecto invernadero. Quienes más han contribuido, más que el resto. Sin contar con máquinas que absorban el carbono del aire dentro de treinta años, ni con millones de hectáreas de replantaciones que, al unísono, tomen aire y lo purifiquen. Enfrentémonos a una realidad tan innegable como incómoda: no hay ni habrá suficientes árboles ni espacio para compensar nuestras emisiones, ni tecnología alguna que consiga reabsorber de forma significativa el flujo incesante de dióxido de carbono. Nunca será sostenible.

Debemos centrarnos en hoy. En reducir al máximo las emisiones ahora mismo, con la tecnología actual, normativa estricta, cambios sociales y taponando todos los agujeros por los que nos venden futuros sostenibles cuando, en realidad, están hipotecando nuestro territorio y nuestro porvenir. Por supuesto que también importa y es necesario ponerse objetivos a veinte, cincuenta o cien años vista, pero siempre y cuando el camino esté jalonado de hitos que debamos cumplir cada poco tiempo, evitando dejarlo todo para el final.

No nos hace falta ser sostenibles, porque, como hemos visto, no hay nada en el esquema de emisiones actuales ni en los planes de neutralidad climática que debamos querer sostener. Aprovechemos las herramientas a nuestro alcance (y sí, plantar árboles y restaurar

ecosistemas siempre desempeñarán un papel; incluso la captura tecnológica) y no esperemos a 2050, ni a 2030. Exijamos resultados y compromisos para ayer. Quizás eso las empresas y los gobiernos sí puedan entenderlo.

CONTRA LA EXTRALIMITACIÓN Y LA GEOINGENIERÍA

Un desvío particularmente preocupante en el discurso climático internacional, que hemos podido observar a partir de 2020, es la toma en consideración de lo que se conoce como overshoot, la extralimitación. Es decir, aceptar la posibilidad de sobrepasar puntualmente el umbral de un aumento de temperatura de 1,5ºC, el objetivo marcado en el Acuerdo de París, para después volver al redil del rango de seguridad climática y no sobrepasarlo en 2100, aunque hayamos estado décadas por encima. Como si, para realizar un adelantamiento largo y peligroso en un cambio de rasante en una subida pronunciada, pusiéramos el coche en la zona roja del cuentarrevoluciones, exponiéndonos a un fallo del motor y a quedarnos parados en mitad del carril contrario. Lo más probable es que algo salga mal, y así lo recogen los estudios que se han publicado los últimos años al respecto1.

La teoría (abandonar brevemente el espacio operativo seguro para luego volver a él con técnicas de emisiones negativas) nos coloca de nuevo en un escenario en el que solo se considera la situación que tendremos en una fecha determinada, ni antes ni después. Sin embargo, importa y mucho cómo lleguemos a 2100. No es lo mismo hacerlo por un camino de reducción sostenida de emisiones, que llegar tras décadas con un exceso de temperaturas que condenará a la hambruna, la pobreza y el sufrimiento a millones de personas. Si el overshoot se está colando en la agenda climática, y si tiene cada vez mayor presencia en los foros institucionales e incluso en los discursos políticos, es porque es un eufemismo elegante y técnico para nombrar el fracaso. Sobrepasar el grado y medio de temperatura es una derrota colectiva de dimensiones colosales. No hay más.

Por otra parte, se está empezando a insinuar que el enfriamiento posterior a la extralimitación no vendría dado por políticas climáticas ambiciosas y recortes drásticos de emisiones, sino por proyectos de geoingeniería. Fertilización de océanos, dispersión de aerosoles en la atmósfera, bloqueo de la radiación solar con espejos. No es, por desgracia, un relato de ciencia ficción. Creo que no hay mejor resumen sobre la geoingeniería que este del climatólogo Mike Hulme2:

Es indeseable porque regular la temperatura global no es lo mismo que controlar el tiempo y el clima local. Es ingobernable porque no hay un proceso ni plausible ni legítimo para decidir quién establece la temperatura del mundo. Y es poco fiable por la ley de las consecuencias involuntarias: la intervención deliberada en la atmósfera a escala global llevará a consecuencias impredecibles, peligrosas y polémicas.

Lo que necesitamos ahora es frenar el aumento de las temperaturas, pero no así. No metiéndonos de lleno en un escenario aún más caótico, antidemocrático e incierto del que estamos y al que nos dirigimos. Cuando lleguemos al mismo nivel de lo que podemos absorber, debemos seguir reduciendo los gases de efecto invernadero que vertemos a la atmósfera. Y hacerlo, además, con una perspectiva de justicia climática, algo que en todos los planes de neutralidad brilla por su ausencia. ¿Deberían apuntar todos los países hacia el mismo objetivo? Claro que no.

Según un estudio3 del portal climático Carbon Brief de 2021, Estados Unidos ha sido el responsable del 20,3 % de las emisiones totales de carbono entre 1850 y 2021. Sobre este país recae la responsabilidad en exclusiva de un aumento de 0,2 ºC a nivel global. Le siguen China, con algo más de la mitad (11,4 %), Rusia, Brasil, Indonesia, Alemania, India, Reino Unido, Japón y Canadá. Cada uno contribuye en función de las emisiones derivadas del uso de combustibles fósiles y de los usos del suelo; estas últimas representan la mayor parte de las emisiones atribuidas a Brasil e Indonesia.

No parece justo que tengamos que llegar de forma simultánea a una meta compartida. Quien tiene mayor parte de responsabilidad es quien debe realizar mayores recortes. Y esa perspectiva, desgraciadamente, no es la que impera ni en los planes de neutralidad climática de empresas o gobiernos, ni tampoco en las cumbres internacionales sobre el clima. Uno de los puntos más espinosos de la cumbre de Glasgow, celebrada en 2021, fue el de la negación, por parte de los países ricos, de mecanismos efectivos para poner en marcha el fondo de daños y pérdidas. Este fondo tiene como objetivo compensar los daños causados por los impactos del cambio climático en los países más pobres y vulnerables, pero los países ricos se resisten a hacerse responsables de los mismos (a pesar de sus emisiones históricas). No es el único síntoma de que el multilateralismo climático está descompensado, pero quizás es el más evidente.

Es desolador pensar que, para algunos países del Norte Global —es decir, para algunos dirigentes y estructuras de poder— es más fácil pensar en ponerle una carísima sombrilla a la Tierra (sea en forma de espejos o aerosoles) que en disminuir sus emisiones. Es también difícil asumir que prefieran desarrollar esquemas de intervención neocolonial en el Sur Global, mezcla de extractivismo y caridad, que asumir su responsabilidad histórica con el resto de los habitantes y territorios de este mundo.

Lo peor de todo, sin embargo, es que encima quieran hacerlo poniendo la sostenibilidad por bandera.

CONTRA EL MANTRA DE LAS GENERACIONES FUTURAS

Desde que empecé a divulgar y dar charlas sobre cambio climático he ido modificando y actualizando tanto lo que digo como los materiales gráficos que uso. A pesar de que la realidad climática corre a una velocidad endemoniada, trato siempre de poner la gráfica más actual del calentamiento de la atmósfera, el último récord de temperatura, el acuerdo internacional más reciente. Además, he ido retirando aquello que no funcionaba y reforzando lo que más interesaba. También he dejado de hacer los chistes que no tenían gracia. No tendría sentido usar los mismos materiales para explicar los retos del cambio climático en 2013 que en 2023. Sin embargo, entre las pocas imágenes que continúo mostrando desde hace años, hay una que destaca de forma especial, y que ha ido ganando fuerza desde la primera vez que la usé.

Es una fotografía en blanco y negro, y en ella se puede ver a tres niños y una niña, de entre diez y doce años. Es una imagen simpática y veraniega, en la que se aprecia que todos lo están pasando muy bien, mientras se remojan en plena calle. El pie de foto dice así:

Combatiendo el calor bajo una boca de incendios abierta en Dallas, estos niños texanos pueden pensar que hace calor ahora, pero existen muchas posibilidades de que crezcan en un mundo más cálido del que jamás conocieron sus abuelos.

Tras recitar este pie de foto, que me sé de memoria, suelo hacer una pausa dramática. Al cabo de unos segundos le pregunto a la audiencia de qué año se piensa que es la fotografía. Como la foto parece antigua tienen una pista, aunque para alguna gente, la más joven, algo «antiguo» puede ser perfectamente de 1975, e incluso de 1990. Al final, alguien acierta, o en caso contrario lo acabo descubriendo: la foto se tomó en el año 1950.

Encontré esta fotografía estirando del hilo de un excepcional artículo1 de Pedro J. Hernández, uno de los mejores divulgadores actuales de cambio climático en lengua española. Recuerdo leerlo varias veces; a ratos sorprendido y a ratos indignado conmigo mismo por no conocer

algunas de las referencias que Hernández mencionaba. Una de ellas era un reportaje en el Saturday Evening Post de julio de 1950, firmado por Albert Abarbanel y Thorp McClusky. El título, «Is the World Getting Warmer?» («¿Está el mundo calentándose?»), era una pregunta que recibía una respuesta fundamentalmente afirmativa. Una respuesta que cristalizaba en esa fotografía de unos niños jugando al sol, con la advertencia de que durante su vida experimentarían días y semanas cada vez más tórridas e insoportables.

¿Para qué muestro esa fotografía? Para que dejemos de hablar solo de generaciones futuras. Estoy harto, lo confieso. Me resulta previsible y enervante que en cada discurso institucional —con contadísimas excepciones— se apele siempre a las generaciones futuras como motivación para la acción climática. ¿Cuándo nos daremos cuenta de que en realidad esto va también de nosotros y nosotras, de nuestros padres y madres, de nuestros abuelos y abuelas e incluso bisabuelos y bisabuelas? De los niños y la niña de la fotografía, que nacieron a finales de la década de 1930, cuando el ingeniero Guy Stewart Callendar publicaba la primera confirmación experimental del calentamiento, atribuyéndolo al aumento de la concentración de dióxido de carbono en la atmósfera. Niños que ahora, si aún viven, se encaminan ya a ser ancianos nonagenarios. ¡¿Cómo que generaciones futuras?!

Si queremos impugnar el concepto de sostenibilidad y encontrar un sustituto capaz de guiarnos este siglo, estamos obligados a hacerlo con todas sus consecuencias. La primera de ella, romper en mil pedazos la que parece ser la única motivación subyacente de todos los discursos sostenibilistas: hacer las cosas para que los que vengan después tengan oportunidades. Pero en realidad, desplazando el problema al futuro (como ya hemos visto en el caso de la neutralidad climática) desplazamos también las soluciones, y así las generaciones presentes nos lavamos las manos. Si pensamos que esto no va con nosotros, ¿para qué hacer nada?

***

Las personas de una cierta edad que acuden a una charla a aprender y debatir sobre cambio climático suelen mostrar interés y predisposición —muchas veces las que más—, pero también un poso de amargura que siempre me deja triste y abrumado. O bien han llegado a un punto

de decepción tan profundo con el mundo y con la vida que piensan que todo esfuerzo es fútil (y según sea mi estado de ánimo cuesta no darles la razón), o (y esto a veces duele más) están tremendamente motivadas, pero tienen asumido que en realidad esto no va con ellas, que se morirán antes de que «venga el cambio climático». Que es algo que nos tocará a los jóvenes, que su horizonte vital les cercena la vida, pero les protege el futuro.

¿Cómo empujas a alguien de 80 años de edad a actuar si el motivo para hacerlo es que debe hacerlo para las generaciones futuras? Alguien que, en nuestro país, ha vivido una posguerra y una dictadura fascista y, muy probablemente, lo ha tenido muy difícil en su juventud y madurez. Una persona cuya vida puede que haya sido dolorosamente austera y mísera, y que ahora se quede cariacontecida con la retahíla de artículos y consejos de periódicos y webs corporativas para ser «más sostenibles, como nuestros abuelos».

¿Cómo respondo? Puedo citar a Séneca, que siempre ejerce un cierto influjo (la virtud hay que practicarla por sí misma, no por el placer que se obtiene de ella), o tratar de apelar a una solidaridad intergeneracional. Sin embargo, si esa persona mayor siente que el cambio climático no va con ella, acabará desconectando tarde o temprano, por muy buena voluntad que tenga.

Es ahora cuando cabe subrayar que mucha gente mayor sigue interesándose por el mundo; se enfadan por cuestiones de política estatal, reclaman cambios en las calles de su ciudad, asisten a eventos culturales y vibran con competiciones deportivas. Están al día con periódicos e informativos televisivos y radiofónicos, incluso digitales. Entonces, ¿por qué perciben esa enorme desconexión con un tema tan del presente y que incluso forma parte de su pasado? ¿Por qué discuten sobre la reforma del Consejo General del Poder Judicial pero no de la cumbre de Glasgow o los informes del IPCC?

Es una pregunta con varias respuestas, aunque quizás el motivo principal —y lo que es más importante, un error comunicativo que está en nuestra mano subsanar— es haber abusado del mantra de las generaciones futuras, y seguir usando el marco temporal del Informe Brundtland, hecho público en 1987. Ese año, los tres niños y la niña de Dallas podrían haber sido ya abuelos.

Nosotros somos las generaciones futuras... de las generaciones futuras. ¿De qué les estamos hablando, entonces?

***

¿Significa todo esto que debemos dejar de pensar en el futuro? ¡No! Al contrario. Significa que debemos dejar de tratar el cambio climático como algo que solo sucederá en el futuro. Como si los esfuerzos actuales solo condujesen a una meta situada en 2030 o 2050. Tenemos que trasladar el discurso al presente.

Se ha escrito mucho sobre este tema, sobre cómo esta lejanía temporal inactiva los resortes mentales que nos harían reaccionar frente a problemas transgeneracionales. Sin embargo, sigue ahí. Sigue en los discursos institucionales, en los programas electorales y en los planes estratégicos ministeriales. Sigue en los temarios de las facultades y hasta en el discurso activista.

«Si quieres a tus hijos, cuida el planeta» es un lema que puede leerse, con algunas variaciones, en multitud de perfiles de redes sociales. ¿Y si no tienes hijos? ¿Tienes carta blanca? Y si tienes, ¿solo tienes que hacerlo por ellos, y no por el resto de los niños y niñas que conozcas? De hecho, ¿por qué tendrías que conocerlos? ¿Por qué no podemos cultivar la fraternidad entre todas las personas, y recurrimos siempre a la protección visceral de nuestra parcela personal? ¿Qué pasa con los niños y niñas que sufren hoy en día, que son centenares de millones en todo el mundo? ¿Y por qué solo parece importar la infancia? ¿No sabemos de sobra que el cambio climático es ya? ¿Qué pasa con los adultos y los ancianos? ¿Y con los animales? ¿Acaso no podemos cuidar el planeta para los animales que en él habitan hoy y los que lo harán dentro de siglos o milenios? ¿Para las plantas, los hongos, por toda la maravillosa biodiversidad que nos acompaña en esta nave espacial, e incluso por el inmenso legado geológico y cultural que está en peligro?

Sea cual sea el concepto que sustituya a la sostenibilidad, no puede apoyarse en que las transformaciones actuales se tienen que producir únicamente en beneficio de quienes vivan cuando ya no estemos, menos aún en que lo hagan para que nuestra progenie (si la tenemos) viva bien. Se tienen que materializar, en primer lugar, porque no nos queda más remedio. Y en segundo, por quienes estamos aquí y ahora, por responsabilidad; y también porque revertirán en nuestro bienestar. Porque las generaciones que estamos hoy en peligro, las que tenemos un serio problema para satisfacer sus necesidades, ya somos nosotros. Y porque si lo enmarcamos como un examen que realizaremos un día aún por determinar suspenderemos sin duda alguna; siempre

tendremos la vocecilla interior que nos dirá que no pasa nada, que ya estudiaremos mañana.

Ello no implica no pensar en las generaciones futuras. A mí me encanta fantasear con el futuro cercano, que suele ser del que se ocupa gran parte de la ciencia ficción: años, décadas, un par de siglos; también con el futuro profundo, el que se adentra miles de años en lo desconocido, aunque me provoca no pocos escalofríos hacerlo.

El filósofo Roman Krznaric nos invita a que seamos buenos antepasados. A que valoremos todo lo que hacemos en función de cómo se nos juzgará en el futuro. A que pensemos más en cómo será nuestro planeta en cincuenta o noventa años, y tengamos en cuenta hasta la séptima generación a partir de la actual. Yo lo hago con frecuencia. Andando por la calle de mi ciudad, me pregunto hasta cuándo se mantendrá en pie un edificio determinado, hasta cuándo las calles del barrio marítimo permanecerán secas, hasta cuándo podré disfrutar de ciertos bosques cercanos. Quién estará allí después, qué comerá, qué pensará de la ciudad que le hemos legado. Me genera un gran conflicto, me perturba. Me descubro pensando en lo que la filósofa Marina Garcés popularizó como «presente póstumo». ¿Hasta cuándo se mantendrá en pie el andamiaje de mi vida, mis paisajes vitales? A veces, para qué negarlo, me descubro siendo un antepasado algo pesimista, que se arroja en brazos de la solastalgia, tan dañina y a la vez tan adictiva como la nostalgia.

Creo que Krznaric tiene razón. Me gusta pensar que me esfuerzo en ser un buen antepasado para todos los que vendrán, sean o no mi familia biológica, pero eso no tiene por qué ser incompatible con poner el foco en las soluciones presentes. Son estas las que, en realidad, acabarán dando forma a algo tan incierto como el futuro. Las que nos permitirán revertir lo que hoy está cerrando ventanas y posibilidades a varias décadas vista, y alimentarán una motivación clara y duradera para hacer las cosas por el hoy, también por el ayer.

Pero cuidado, el pensamiento a largo plazo tiene trampa. No el que propone Krznaric, sino el que ha aupado el filósofo William McAskill con su libro What We Owe The Future (Lo que le debemos al futuro), publicado en 2022, y que se ha bautizado como «longtermism» (algo así como largoplacismo). Este neologismo nace de un movimiento con un nombre aparentemente inofensivo, «effective altruism» (altruismo efectivo), pero que dista mucho de ser una visión humanamente deseable del futuro. Así lo sintetiza la paleoecóloga Jacquelyn Gill:

El largoplacismo consiste en los peores pedazos de las distopías de ciencia ficción del siglo XX, reensambladas por billonarios tecno-bros que están tratando ahora de rehabilitar ideas que descartamos por un buen motivo, simplemente para conseguir que les ayudemos a hacerse más ricos.

Esas «ideas» abarcan desde la eugenesia, premiando y potenciando «lo mejor» a lo que pueda llegar un ser humano, hasta el colonialismo, estableciendo que debe reforzarse la primacía occidental e impulsar su desarrollo, obviando así los problemas actuales en el Sur Global. Estos son los cimientos de una visión en la cual debemos sobrevivir para garantizar la existencia de miles de millones de entes digitales futuros, enraizando con el transhumanismo y la colonización espacial; todo ello en el marco de un capitalismo hipervitaminado. No es de extrañar que magnates de la tecnología, como Elon Musk, se hayan apuntado al carro y hayan compartido el libro y las reflexiones de McAskill, incluso con un muy aclaratorio tuit: «Merece la pena leérselo. Muy cercano a mi filosofía». Así que cuando McAskill se pregunta qué le debemos al futuro, deberíamos preguntarnos: ¿el futuro de quién? ¿De la humanidad o de Elon Musk? ¿Qué sentido tiene actuar para hacer realidad un futuro si ello implica alimentar lo peor del presente?

Es muy posible que en los próximos años vivamos un encendido debate sobre qué significa pensar a largo plazo, una vez tenemos asumido que el cortoplacismo es una de las causas principales de nuestra incapacidad para abordar los retos fundamentales del siglo XXI. Será un término en disputa y, como tal, quienes pensemos que ese futuro lejano debe incluirnos a todos y todas, y no solo a los millonarios con sus cohetes espaciales, deberemos dar la batalla y ser capaces de llenarlo de contenido.

***

Escribo estas líneas poco después de que el telescopio James Webb, una desconcertante maravilla de la ingeniería y la ciencia, nos regale sus primeras fotografías. Las he repasado muchas veces los últimos días, y he visto un documental del lanzamiento del telescopio, que se encuentra a 1,5 millones de kilómetros de la gente que lo maneja con ordenadores como el mío. He tratado de descifrar alguna verdad

fundamental en los destellos de las estrellas y en los miles de galaxias que se intuyen, pero solo he sentido punzadas afiladísimas de vacío cósmico y una fascinación amorfa y sin límites. Es algo que me pasa también cuando paseo por la montaña, tratando de rescatar los apuntes de geología sepultados en mi memoria: miro las rocas, los estratos, preguntándome cuánto tiempo llevan allí, dónde estaban antes.

Marcia Bjornerud es una geóloga inquieta y sensible que ha escrito un libro para calmarnos a quienes experimentamos estos desvelos, además de para divulgar la fascinante historia geológica de nuestro planeta. Lo ha titulado Timefulness, en una mezcla de mindfulness (atención plena) y time (tiempo). Su intención es ayudarnos a reconfigurar nuestra relación con el tiempo y a aceptar nuestra dimensión temporal. A la manera de Krzarnic pero alejada de McAskill, y en línea con un discurso social afortunadamente cada vez más popular que propugna el ocio, el descanso, la desconexión y una desaceleración de la vida. Que seamos conscientes del tiempo que vivimos, de las coordenadas en las que nos movemos, y que ello, en vez de abrumarnos y paralizarnos, nos ayude a vivir mejor el tiempo que tenemos. Bjornerud rechaza extender el mindfulness a nivel colectivo, aunque admite los beneficios de parar y centrarse en el ahora en un plano individual; cree que estamos demasiado focalizados en el presente como sociedad. Escribe en su libro:

Si se adopta ampliamente, una actitud de timefulness podría transformar nuestras relaciones con la naturaleza, con nuestros semejantes y con nosotros mismos. Reconocer que nuestras historias personales y culturales siempre han estado integradas en historias de la Tierra mayores y más largas, que aún están transcurriendo, podría salvarnos de la arrogancia ambiental. Podríamos aprender a dar menos valor a la novedad y la disrupción, y desarrollar respeto por la durabilidad y la resiliencia. Comprender cómo se escribe la casualidad histórica en cada una de nuestras vidas personales podría hacer que nos tratemos con más empatía. Y una cosmovisión politemporal y consciente del tiempo podría incluso hacernos menos neuróticos sobre el hecho de nuestra propia mortalidad, al cambiar nuestro enfoque de la duración finita de nuestra vida a la rica antología de experiencias que representa una vida.

Y creo que aquí está la clave de todo, también de este capítulo. A lo

que tenemos que llegar no es a desarrollar algo que funcionará en un futuro —menos aún si son los sueños húmedos de cuatro milmillonarios—, o a esperar cualquier invento que nos salve en el último minuto, sino a establecer una relación harmónica con el presente y cuidarla. Solo pensando en el largo (¡y muy largo!) plazo, y aquí coincido con Krzarnic y Bjornerud, encontraremos nuestro sitio entre galaxias lejanas y deshielos glaciares. Necesitamos una visión nueva y distinta, capaz de ofrecernos esa paz y el autoconvencimiento de que, de aquí a unas décadas, no nos mirarán con rabia e incomprensión.

Un buen antepasado no es el que se pasa toda la vida ahorrando dinero y guardando víveres para que sus descendientes los dilapiden cuando llegue su hora; es el que es capaz de organizarse de tal forma que vive una buena vida, preservando los mecanismos que la hacen posible. Suena, es verdad, a desarrollo sostenible. Podría haberlo sido. Lamentablemente no lo es, porque la maraña actual en la que la sostenibilidad se encuentra no deja ver más allá del crecimiento. Su objetivo es encontrar las formas de perpetuar un presente insostenible, no de pensar un nuevo futuro. Vive en una ilusión ajena al tiempo, a la geología; también a las generaciones tanto pasadas como futuras.

CONTRA LA SUPERPOBLACIÓN Y LOS SUPERRICOS

Una de las ideas que suelen ir ligadas al término «insostenible» es la cantidad de gente que hay en el mundo, seguido de signos de exclamación. ¡Somos muchos! Siempre sobran los otros, eso sí; nunca uno mismo o quienes le rodean. Puede parecer un comentario de barra de bar, pero merece que nos detengamos un poco en él. Entre otras cosas, porque personalidades ecologistas, como la etóloga Jane Goodall, han incidido una y otra vez en la idea. En una mesa redonda, que tuvo lugar en el Foro de Davos en 20201, Goodall propuso una reducción drástica de la población de más del 90 %, hasta volver a los 500 millones de habitantes que había hace unos pocos siglos. Este tipo de planteamiento aleja a cualquiera del discurso, y lo tiñe todo de un color muy negro.

Una primera línea de defensa frente a este tipo de argumentaciones es que no tenemos un problema por ser demasiados, sino porque algunos consumen demasiado. Pero eso no nos libra de tener que definir «algunos» y «demasiado».

En 2020 Oxfam publicó un informe, «Confronting Carbon Inequality»2, que tenía algunos datos maravillosamente simples y útiles. Los porcentajes parecían dibujados con rotulador negro: el 1 % más rico del planeta emitía el doble que el 50 % más pobre, y el 10 % de la población más rica emite más que el 90 % restante. Sin embargo, análisis posteriores han demostrado que, pese a que el mensaje permanece —los más ricos contaminan más—, los datos de Oxfam son más que cuestionables, especialmente respecto a la contabilidad del patrimonio y de las rentas. En la Conferencia de Bonn de junio de 2022, el IPCC presentó sus datos, que arrojaban unos porcentajes distintos (pero igualmente escandalosos): el 10 % de las personas más acaudaladas del planeta —entre las que probablemente te encuentres, aunque te parezca mentira— son responsables del 40 % de las emisiones.

En septiembre de 2022, el economista francés Lucas Chancel publicó en la revista Nature Sustainability un artículo3 sobre la desigualdad de carbono (un concepto cada vez más usado) entre 1990 y 2019. Sus resultados iban en la misma línea: en 2019, el 12 % de las emisiones mundiales de gases de efecto invernadero correspondieron al 50 % más pobre, mientras que el 10 % más rico emitió el 48 %. Lo más interesante del estudio es quizás el análisis de la desigualdad dentro

de los países. Según Chancel, el 63 % de la desigualdad global en las emisiones se debe hoy en día a la brecha entre quienes emiten poco y quienes emiten mucho dentro de los países, más que a la diferencia entre países. Asimismo, observa una disminución de las emisiones entre las clases medias y bajas de los países ricos, mientras que las clases altas han seguido aumentando sus emisiones.

¿Qué nos muestran estos porcentajes, más allá de las diferencias de matiz entre estudios? Que unos pocos contaminan mucho más de lo que les correspondería. El 10 % de la población debería emitir, en un mundo mucho menos desigual, alrededor del 10 % de los gases de efecto invernadero. La pregunta, claro, es a qué asimilamos ese 10 %, ¿al nivel de Gambia, de Estados Unidos, de Letonia, de Qatar, de Colombia? ¿Y de qué clase social en cada uno de ellos? Si usamos como patrón un país con una huella de carbono per cápita como la actual de Gambia (0,12 t por persona y año) o Colombia (1,61 t), el cambio climático no se vería agravado por alcanzar los 11.000 millones de personas que se prevé pueblen el planeta hacia finales de siglo XXI, puesto que la huella per cápita mundial actual es de 4,8 t por persona. Si, por contra, nos fijamos en Estados Unidos (15,52 t) o Qatar (37,29 t), incluso una población mucho menor que la actual supondría un problema.

Es decir, al hablar de cambio climático, no debemos atribuirlo a la superpoblación, sino al superconsumo de algunos países y, muy especialmente, de determinadas clases sociales dentro de estos.

***

Una cosa es plantear que sea más fácil abordar determinados problemas ambientales si se reduce la cantidad de seres humanos sobre el planeta y otra afirmar que sobra gente. Tenemos que ser conscientes del escenario en el que se van a jugar las transformaciones socioeconómicas y geopolíticas de este siglo, y no deberíamos permitir discursos que rozan la eugenesia o los rincones más oscuros del colonialismo, menos aún desde el privilegio de un primer mundo que utiliza al resto de naciones como granero, vertedero y fuerza de trabajo. Sin embargo, debemos asumir —es una realidad innegable— que nuestra presencia en el planeta causa un impacto grave, difuso y, en algunos casos, irreversible. Cuantos más seamos, independientemente de la huella de carbono asociada a determinados

usos intensivos de la energía, necesitaremos más terreno para cultivar y para los rebaños, más vertederos, pescaremos más lejos, fabricaremos más objetos. La destrucción de la naturaleza también tiene que ver con nuestra relación directa y física con ella, no solo de los cambios indirectos que se derivan del aumento de las partes por millón de CO2 en la atmosfera. Va de cómo usamos el bosque, el manglar, el arrecife, los ríos... De esa interacción cada vez más intensa y desordenada nació, por ejemplo, la pandemia del COVID-19, una zoonosis que tiene su origen en la destrucción de la naturaleza4. La movilidad de especies transmisoras de virus como los murciélagos, determinada también por la rapidez del calentamiento, será asimismo un factor clave en el surgimiento y dispersión de nuevas pandemias5.

Y a este respecto, ¿somos nosotros un virus? Tajantemente, no, aunque la visión que el agente Smith (un ente virtual) ofrecía de nosotros en Matrix —una plaga que todo lo arrasa a su paso—, está más extendida de lo que parece. Una etiqueta —plaga, virus— que alcanzó su punto álgido justamente durante la pandemia del COVID-19.

«Nature is healing!» (¡La naturaleza se está curando!). Este comentario, con algunas variaciones, se repitió como una cacofonía casi religiosa en los primeros días del confinamiento. Lo acompañaban imágenes del agua limpia de Venecia con cisnes o delfines nadando tranquilamente, jabalíes en las ciudades, civetas en los pasos de peatones indios. Como si se tratara de una ventana a un futuro en el que la naturaleza hubiera recuperado el espacio que le correspondía, las imágenes conmovían e incitaban a la reflexión al mismo tiempo. ¿Qué hemos hecho? ¡Cómo hemos sido capaces de expulsar así la vida de nuestras ciudades! Y entonces llegaba la conclusión lógica: si cuando nos quedamos en casa la naturaleza revive y florece, es que nosotros somos el virus. Sin embargo, muchas de las fotografías estaban descontextualizadas, eran de otro momento o se atribuían a lugares en los que en realidad no se habían tomado.

Las imágenes prometedoras sobre la evolución de nuestro entorno no se limitaron a la fauna que exploraba el asfalto. Los cielos azules y limpios —especialmente llamativos en ciudades de una suciedad atmosférica perpetua, como Madrid o Barcelona— y las bajadas en las emisiones de dióxido de carbono, el más importante de los gases de efecto invernadero, entreabrieron una brecha de optimismo. ¿Y si realmente, a pesar de la calamidad, lo que estaba sucediendo sirviera para darle un respiro al planeta?

Lamentablemente, tampoco es el caso. En julio de 2020, menos de medio año después del inicio de la crisis sanitaria en China, en ese

país ya se habían alcanzado —¡y superado!— los niveles de polución atmosférica previos al confinamiento. En nuestro país, el aire volvía a estar sucio, tanto como antes; reactivar la economía, proceso que no sabemos aún desacoplar de la contaminación del aire, tiene un precio, que se paga con salud y vidas.

Las emisiones de gases de efecto invernadero experimentaron una notable reducción6 en los meses de parálisis social y económica. La mayor, de hecho, desde que se tiene constancia: un 6,4 %. Para contextualizarlo, recordemos que en la crisis de 2009 la caída fue solo del 1,5 %. Pero la lectura detallada de los datos ofrece un inquietante panorama; los días de mayor descenso, con la mayor parte de las grandes economías del mundo paralizadas, las emisiones de dióxido de carbono cayeron solo un 17 %7. El confinamiento sí desnudó la vieja creencia de que con gestos individuales y cambiando pequeñas parcelas de nuestro día a día bastaría para hacer frente al calentamiento global, pues existen emisiones estructurales que no dependen de la acción personal. El dióxido de carbono que escapa a la atmósfera no es coyuntural, sino que forma parte del código genético del sistema socioeconómico en el que vivimos, y es el síntoma más claro de su insostenibilidad. De hecho, durante el confinamiento se alcanzó un récord anual en la concentración de CO2: 417,2 ppm, medido en Mauna Loa, Hawái. Y el 26 de abril de 2022, tras un rebote de las emisiones del 6 % en 2021, se llegó a 422,06 ppm en el mismo observatorio, el récord absoluto en el momento de escribir estas líneas. Nunca ningún ser humano ha vivido en una atmósfera tan cargada de dióxido de carbono. De hecho, durante millones de años ningún ser vivo ha experimentado los valores actuales.

A pesar de todo ello, no somos un virus. Dañar los sistemas de soporte vital que nos mantienen no nos convierte automáticamente en un patógeno; solo en una especie incapaz de entender la dimensión de su huella sobre el planeta y de actuar en consecuencia. Si fuésemos un virus, la responsabilidad recaería tanto en un ejecutivo de Exxon que ocultó pruebas de la relación de los combustibles fósiles con el calentamiento global, como en ti y en mí. Y no es así.

***

Volvamos al debate sobre la distribución de las emisiones según la clase social, y detengámonos en la cuestión de las emisiones del lujo.

Los superricos. En España, donde la huella de carbono media es de 5,4 t de CO_2 por persona, el 1 % más rico emite 64,7 t8, cifra que aún se dispara más en el segmento de ultrarricos que se encuentran en el exclusivo 0,1 %. En países ricos y a la vez desgarradoramente desiguales, como Estados Unidos, la brecha es aún mayor. Estos datos, que vistos en forma porcentual pueden parecer asépticos, se traducen en comportamientos ostentosos por parte de algunos superricos: jets privados, aventuras espaciales, mansiones que devoran kilómetros cuadrados o coches que consumen en cien kilómetros lo que un utilitario en mil. Y ello provoca lo que se conoce como «el tuit de las pajitas», que viene a ser algo como: «Tú reciclando el plástico en casa *yendo a comprar con bolsa de tela* usando una pajita de cartón... y este famoso ha ido a comprar el pan en un avión privado». Como señala9 el activista y diputado Héctor Tejero sobre por qué se viralizan estos comportamientos de los ricos, habitualmente de actores o cantantes:

Es gente conocida, fácil de ponerle cara y de relacionarla con tu propia vida. Los empresarios petroleros de EE. UU., ejecutivos y grandes inversores tendrán una huella de carbono peor que la de Taylor Swift y mucho más poder estructural, pero nadie los conoce. No es casualidad que los que protagonizan estos rankings sean gente de la farándula.

Si a eso le sumamos el escaso impacto en términos absolutos de las emisiones derivadas de estos comportamientos (apenas un 0,06 % de las emisiones de España por lo que respecta a los jets privados, por ejemplo), cabe preguntarse si señalar a los ricos es tan transformador como parece. Desde luego es una cuestión moral, en la que merecen la reprobación pública —no solo por el uso del dinero, sino por lo que implica una acumulación tan aberrante y desigual de capital—, y nuestro enfado está más que justificado. Pero el gran problema de todo esto es que nos parezca que con el escarnio público de un grupo de ricos ya hemos hecho nuestra parte en la transición ecológica. En ese caso, nuestra reacción bloquea la acción y cae en una burda autojustificación: como Tom Cruise se ha ido de vacaciones en avión privado, yo estoy más que legitimado a irme a la República Dominicana.

El mismo Tejero señala en otro artículo10, junto al antropólogo Emilio Santiago, que nos encontramos ante la paradoja de que los jets privados no son muy importantes en lo material, pero sí en lo

simbólico. Y concluyen:

Y como la política no es solo un reflejo de lo material ni una pura gestión técnica, sino que son símbolos, afectos y objetivos compartidos, es algo a tener en cuenta. Los jets privados podrían ser para el nuevo ciclo de transformación ecologista que hemos de hacer brotar algo parecido a los coches oficiales o las tarjetas black del ciclo 15M: ridículos a nivel de gasto público pero un símbolo enorme del privilegio. Sin embargo, ese nuevo ciclo de transformación ecologista no pueden hacerse trampas al solitario. No podemos limitarnos al efectismo simbólico y esquivar la necesidad de abordar un cambio profundo tanto en nuestras estructuras económicas como un cambio sustancial en nuestros modos de vida.

Aún no sabemos si esta indignación alimentará la autoindulgencia o la demanda de acción, o si se quedará en una mera anécdota. Afortunadamente, existen señales esperanzadoras que nos indican que quizá seamos capaces de comenzar a exigir cambios estructurales. En septiembre de 2022, el jugador de fútbol del Paris Saint-Germain Kylian Mbappé y el entrenador de su equipo, Christian Galtier, se mofaron de la posibilidad de viajar en tren a un partido. El presidente de la compañía francesa de tren de alta velocidad (TGV), Alain Krakovitch, había reiterado su ofrecimiento para que el desplazamiento de París a Nantes, donde debían jugar, se hiciese en un tren adaptado a las necesidades del equipo. Un periodista se hizo eco de la oferta y les preguntó el motivo por el que la declinaban, a raíz de lo cual el jugador se rio ostensiblemente mientras el entrenador contestaba, de una manera tremendamente maleducada, que estaban valorando contratar un servicio de carros a vela. Las críticas no se hicieron esperar y llovieron de todas partes, aunque quizá no tantas como cabría esperar entre los aficionados del PSG, que probablemente tendrían más poder de influencia. Pero lo más importante es que, pocos días después y en distintos países, empezaron a conocerse propuestas concretas que incorporaban la cuestión de los vuelos privados e incluso planteaban su prohibición.

Aunque, como explican Tejero y Santiago, no podamos limitarnos al efectismo de la prohibición de los vuelos privados, sin estos cambios simbólicos y emocionales la mayor parte de la sociedad no se sentirá impelida ni espoleada para emprender el camino de las transformaciones estructurales. Prohibirle a los superricos que se

desplacen en avión por placer, contaminando cien veces más que si fuesen en tren, no evitará los inaplazables cambios profundos que nos aguardan, pero estos serán infinitamente más difíciles si la ciudadanía percibe que hay quienes escapan, previo pago, de estos mismos cambios.

***

Desde hace años repito que todo cambio individual suma, pero solo el colectivo transforma. El de los ricos, por emblemático que sea, sigue siendo individual. Necesitamos cambios colectivos profundos para, entre otras cosas, impedir estilos de vida individuales tan dañinos para la sociedad, el clima y el planeta. A su vez, hablar de superpoblación como causa del cambio climático sigue siendo una distracción con poca base científica, y muchas veces conducente a debates que bordean lo moralmente reprobable: ¿Quién sobra? ¿Dónde? ¿Quién lo decide?

Para cambiar estructuras no nos podemos fijar en pajitas de plástico, ni comprarle el discurso a quienes se escudan en el número de personas que habitan en China o India para justificar la inacción climática. Debemos ir más allá de la sostenibilidad individual y también de la autoflagelación colectiva. Es necesario empujar en todos los espacios posibles, evitar las excusas para no actuar, ser conscientes de que la realidad es compleja y no admite recetas mágicas. Tendremos que buscar un horizonte de transformación y bienestar, señalando a quienes lo obstaculizan, no solo a quienes se benefician de la situación actual. Debemos jugar con el hándicap de ser ocho mil millones de personas, no fantasear en lo fácil que sería todo si fuésemos diez veces menos, porque ya sabemos a dónde conduce eso.

CONTRA LA HUELLA DE CARBONO

Para hablar de países ricos y pobres, de quienes vuelan en avión privado y quienes van a comprar en bicicleta y con bolsa de tela, y comparar sus emisiones de gases de efecto invernadero, como lo hemos hecho en las páginas anteriores, necesitamos una herramienta fundamental: la huella de carbono. Un cálculo que es omnipresente en la actualidad; lo podemos encontrar en un tique de tren o en un lineal del supermercado. Y todo ello gracias al empeño de una empresa que dista mucho de ser una oenegé ambiental: la inglesa British Petroleum, más conocida por las siglas BP.

En 2005, siguiendo las estrategias de engaño ciudadano y culpabilización del individuo que tan bien le habían funcionado a la industria tabaquera, la empresa petrolera BP, una de las mayores del mundo, lanzó una magnífica campaña de publicidad, que sigue funcionándoles —y de qué manera— hoy en día. Popularizaron el concepto de huella de carbono, que aún era poco conocido, para —en teoría— ayudar a que cada uno pudiésemos reducir las emisiones que causamos. Generaron una calculadora propia para sumar todos los gramos de CO_2 que emitimos al día, y nos ofrecieron (¡qué magnánimos!) consejos y recomendaciones para reducir el peso de nuestra mochila de gases de efecto invernadero. La empresa que permitió que en 2010 más de 954 millones de litros de petróleo emponzoñasen miles de kilómetros cuadrados de océanos nos advierte: mucho ojo con equivocarnos con el cubo de la basura al que tirar la tapa del yogur. Y lo peor es que nosotros le hemos hecho caso.

El concepto de huella de carbono ha impregnado toda la acción climática, se ha introducido en la mercadotecnia verde hasta la médula; guía estrategias, planes e informes institucionales y es el andamio argumental de gran parte de la educación ambiental actual. Estamos todos bailando al son que British Petroleum quería.

¿Significa eso que debemos dejar de hacer esas pequeñas acciones que, por otra parte, son de puro sentido común? Claro que no. Pero sí significa que debemos empeñarnos menos en conseguir medallas de buen ciudadano verde y más en impulsar cambios estructurales que afecten, de forma clara, a estas empresas que durante décadas han obstaculizado la toma de decisiones políticas y han culpabilizado a la ciudadanía. El concepto mismo de «huella de carbono personal» es una de las piedras angulares de la acepción de sostenibilidad que ni

cuestiona el crecimiento, ni las relaciones de poder, ni la desigualdad estructural. Es una herramienta de sometimiento que nos enfrenta entre nosotros, en una competición aparentemente bienintencionada pero que, en el fondo, consigue que nos enzarcemos en batallas estériles mientras los de siempre hacen caja.

Con la compartimentación de la culpa climática se obvian las soluciones colectivas; ¿para qué vamos a cambiar estructuras y reformular el sistema, si solo es cuestión de que cada uno de nosotros haga pequeños gestos en su día a día? La huella de carbono nos anestesia, impidiendo que nos empoderemos, dibujándonos un horizonte de acción climática que apenas se sitúa a dos palmos de nuestras narices.

***

¿Cómo darle la vuelta a este concepto, tan ampliamente utilizado que es casi imposible evitarlo al hablar de cambio climático y sostenibilidad? Para ilustrarlo, suelo parafrasear un antiguo anuncio de margarina light, que nos decía que la vida no está hecha para contar calorías. Tampoco lo está para ir sumando gramos de dióxido de carbono a cada minuto. No es cuestión de cambiar un producto de nuestra dieta, ni siquiera de escoger la opción con menos calorías: es cuestión de comer menos, más saludable y movernos más. Sin embargo, si nos quedásemos ahí, en nuestra acción individual, estaríamos obviando los condicionantes sociales y económicos que afectan a la alimentación en cada hogar, así como la posibilidad (por tiempo, por lugar de residencia o por obligaciones o cuidados) de hacer deporte de una forma regular. La cuestión no es pues recomendar un determinado estilo de vida, sino generar las condiciones de vida colectivas para que toda la ciudadanía pueda acceder a estilos de vida más saludables.

La información sobre el impacto ambiental de aquello que compramos es necesaria, pero más lo es cambiar un sistema productivo que premia, subvenciona y publicita los productos más contaminantes. Nuestra responsabilidad no es contenernos, como si estuviésemos frente a un paquete de patatas fritas y supiésemos que no nos conviene. Es dotarnos de herramientas colectivas para eliminar o recortar drásticamente aquellas opciones que son más lesivas para el bienestar de la sociedad en su conjunto, y también del individuo. Se

podría argumentar que esto limita la libertad, una de las críticas más recurrentes que se le hace a la acción climática en los últimos años. Y en efecto, así es. Igual que limitamos la libertad de ir sin cinturón en los coches o de fumar en los hospitales: porque ponemos un bien superior por encima del deseo o capricho individual. No existe el derecho a contaminar una calle con un tubo de escape; tampoco a ir en manga corta en invierno en un centro comercial o a coger un avión entre dos ciudades que distan doscientos kilómetros, aunque uno sea multimillonario.

***

Queda un detalle. Como en el inicio de la película Indiana Jones en busca del arca perdida, cuando debe cambiar un ídolo de oro por una bolsa de arena del mismo peso, para evitar que se activen los mecanismos de protección del templo, necesitamos otro término para sustituir la huella de carbono. El término tendrá que abarcar más allá del individuo, y ser capaz de contener relaciones sociales. Deberá alejarse del concepto de calculadora, y ser capaz de incorporar elementos difícilmente cuantificables. Además, necesitará tener un nombre fácil que nos remita claramente a su significado. ¿Se te ocurre alguno?

De entre todas las opciones y propuestas que he podido leer en el proceso de documentación para la escritura de este libro, una ha captado poderosamente mi atención. Es la de «sombra climática», término acuñado1 en 2021 por la periodista de Oregón Emma Pattee. La sombra climática puede separarse en tres apartados, según Pattee: el consumo (que incorpora tanto los deseos como la huella de carbono), las decisiones (sobre cómo invertir el dinero, para quién trabajamos, cuántos hijos o mascotas tenemos) y la atención (cuánto tiempo le dedicamos a la crisis climática o qué grado de implicación tenemos en movimientos activistas). En sus propias palabras:

Creé el concepto de «sombra climática» para ayudarnos a cada uno de nosotros a visualizar cómo la suma de las elecciones de nuestra vida influye en la emergencia climática. Piensa en tu sombra climática como una forma oscura que se extiende detrás de ti. Dondequiera que vayas, ella también va, contando no solo tu uso de aire acondicionado

y el consumo de gasolina de tu automóvil, sino también cómo votas, cuántos hijos eliges tener, dónde trabajas, cómo inviertes tu dinero, cuánto hablas sobre el cambio climático y si tus palabras amplifican la urgencia, la apatía o la negación. El poder de tu sombra climática es que, a diferencia de una huella de carbono, incluye acciones que desafían el cálculo fácil.

La huella de carbono nos permite saborear cachitos de satisfacción al hacer buenas acciones ambientales. Y eso no está mal, especialmente cuando hemos conseguido realizar algún cambio de calado en nuestra contabilidad de carbono. Pero lo peligroso es quedarse ahí, atrapados en un torneo numérico, obsesionados por la obtención de medallas pintadas de verde, que en muchos casos apenas arañan los cimientos de la insostenibilidad sistémica, aunque la publicidad nos repita que lo estamos haciendo fenomenal.

La sombra climática, por contra, nos abre la conversación más allá de la competición. Es cuando levantamos la vista de la calculadora, y dejamos de interpretar la realidad como una adición o resta de números, donde sí podemos impulsar cambios y construir transformaciones profundas y estructurales.

CONTRA LA ENERGÍA QUE SALVARÁ EL PLANETA

Este capítulo será corto.

Ninguna energía salvará el planeta.

Fin.

***

De verdad que no hacen falta más que las tres escuetas frases anteriores para responder a la pregunta, tantas veces formulada, de si estamos cerca de descubrir una energía que salve el planeta y a la humanidad. Sin embargo, si profundizamos podemos encontrar algunos debates interesantes sobre esta cuestión, que entroncan directamente con el concepto vacío de sostenibilidad.

Antes de cualquier otra cosa, debemos tachar eso de «salvar el planeta». Lo pongo entre comillas porque esta es la locución que usan algunos libros o charlas motivacionales para vendernos una panacea: «La dieta *energía* práctica agrícola *hábito* ropa / etc., que salvará el planeta». Entiendo que es un truco de mercadotecnia, ya que nadie con conocimientos sobre el tema hablaría de «salvar el planeta», puesto que al planeta no hace falta que lo salven; llevaba 4.500 millones de años dando vueltas en el Sistema Solar antes de que apareciésemos nosotros, y seguirá existiendo otros tantos hasta que el Sol, convertido en una gigante roja, lo engulla.

A lo que en realidad se suelen referir estas proclamas (no siempre, pero casi) es a encontrar una solución mágica para que todo siga igual. Nada lo simboliza mejor que la energía. Alimentan la ilusión de que con un enchufe nuevo el mundo podrá seguir funcionando como siempre, pero esta vez libre de pecado. Y esa ilusión es lo que hay que desmontar.

En primer lugar, descartaremos cualquier energía fósil como candidata a salvar el planeta. No existe ni existirá forma alguna de hacer que sean limpias, renovables o infinitas, y no pueden por lo tanto ser los pilares de ninguna estrategia de transición energética. Se equivoca la

Unión Europea catalogando al gas como energía verde, se equivocan en Estados Unidos y Canadá impulsando el fracking o la extracción de hidrocarburos de las arenas bituminosas; se equivoca quienquiera que piense que el carbón puede ser limpio o el petróleo puede alimentar un comercio internacional justo y democrático. Las energías fósiles son tóxicas no solo en lo que concierne a la salud humana y las emisiones de gases de efecto invernadero, sino también en cuanto al entramado económico, social y político que las sostiene. Nunca debimos permitir que nuestro presente dependiese tanto de ellas, y menos motivo tenemos aún para otorgarles un papel central en la construcción de un futuro nuevo y esperanzador. Su única función será garantizar servicios, trabajos y transportes que no puedan hacerse mediante otras fuentes energéticas, pero no salvarán ningún planeta; serán simplemente un mal necesario y con unas fronteras muy limitadas. Desengancharse de golpe y por completo de una adicción, como la nuestra con los combustibles fósiles, suele ser problemático. Pero no nos queda más remedio que hacerlo si queremos evitar que el cambio climático transite por el peor de los caminos, aquel que se suele llamar —y no hace falta explicar por qué— escenario Mad Max.

***

Ahora sí, entramos en el peliagudo terreno de las energías que se disfrazan con capa de superhéroe. La que más ruido está generando a su alrededor es la nuclear, a la que la Unión Europea también ha calificado como verde. Resulta curioso —en realidad no tanto— cómo muchos de sus defensores citan sistemáticamente la ciencia y la técnica como valores supremos, y desprecian a la vez lo que ellos denominan ideología. La ciencia, debieran saber, no se produce en el vacío, y por más que ciertos hallazgos y leyes no sean maleables, la investigación está sometida a la presión humana: los intereses personales, las constricciones económicas e institucionales, el mandato social o puramente jerárquico. Quizá su visión se produce, aunque les cueste admitirlo, por un profundo desconocimiento de qué es y cómo funciona la ciencia, que es algo sustancialmente distinto de la técnica. Por otra parte, quien dice que propone hacer las cosas «sin ideología» lo que no quiere es confesar cuál es la suya. Los apolíticos del cambio climático cojean de la misma pierna que los de cualquier otro ámbito. Así, se pueden leer peticiones de conocidos divulgadores que, difundiendo la agenda de partidos abiertamente fascistas, piden considerar sus propuestas «sin usar la ideología». No hay mayor

declaración de intenciones que esa. Y sí, por supuesto: buscar el bienestar de la mayoría es tener ideología. Y a mucha honra.

Pero obviemos la hipocresía y el sesgo de algunos de sus defensores, y concedámosles algo: la energía nuclear es segura1. Mucho más que los combustibles fósiles, que causan millones de muertos cada año. Puede que cueste aceptarlo en función de las ideas preconcebidas que tengamos, pero si miramos los datos no hay discusión al respecto. Las ratios de muertes por teravatio-hora (TWh) de electricidad producida son elocuentes: 32,7 para el lignito; 24,6 para el carbón; 18,4 para el petróleo; 4,63 para la biomasa; 2,82 para el gas; 1,3 para la hidroeléctrica; 0,04 para la eólica; 0,03 para la nuclear; 0,02 para la solar. Es posible (y probable, en mi opinión) que las muertes derivadas de la energía nuclear se hayan subestimado, pero no tanto como para cambiar sustancialmente el orden de la lista.

Debemos reconocer que nuestra percepción de la seguridad de la producción de energía nuclear está fuertemente influenciada por los accidentes de Fukushima y Chernóbil. Es indudable que su potencial catastrófico no tiene parangón en la memoria colectiva. Otra cosa es que ese imaginario tenga ciertos huecos y olvidos. En 1975 se rompió la presa china de Banqiao, construida para proporcionar electricidad, y diseñada para aguantar una inundación de tal magnitud que solo se produciría una vez cada mileno. El tifón Nina provocó unas lluvias el doble de intensas y la presa, que se había construido en los años cincuenta del siglo XX, colapsó. Según las estimaciones de la época, murieron más de 200.000 personas, y más de diez millones se vieron gravemente afectadas. Aunque es muy posible que hubiese leído sobre esta tragedia en algún momento, no la recordaba hasta que me he documentado para este capítulo. Tampoco he visto vídeos sugeridos por YouTube ni una serie en una plataforma de streaming. La cultura popular moldea, y de qué manera, nuestras percepciones sobre política energética y riesgos asociados.

Partamos entonces de la base de que la energía nuclear es razonablemente segura, y desde luego mucho más que la mayor parte del mix energético actual. Pese a ser una energía no renovable (el uranio es finito), las promesas sobre nuevas tecnologías capaces de aprovechar un porcentaje mucho mayor del combustible y de los residuos, así como posibles yacimientos por descubrir, estiran su horizonte temporal varias décadas. ¿De verdad es una alternativa? ¿Nos estamos equivocando al descartarla?

La construcción de una central nuclear es un proceso extremadamente lento y extraordinariamente caro, si queremos que incorpore todas las

medidas de seguridad disponibles hoy en día (y deberíamos querer, por nuestro bien). La lentitud con la que un renacer nuclear —supongamos, siendo optimistas, que con un despegue efectivo a partir de 2035— contribuiría a la mitigación del cambio climático implica que su utilidad sería muy limitada en este momento crucial. Empezarían a tener un efecto significativo de aquí a un par de décadas, una vez hubiésemos sobrepasado varios puntos de no retorno climático. Como las estrategias de neutralidad climática: tarde, muy tarde. Mientras, estaríamos invirtiendo una cantidad desorbitada de dinero en la construcción de las centrales, ante lo cual deberíamos preguntarnos cuál es el coste de oportunidad de todo ello. ¿Qué podríamos hacer con los diez mil millones de euros que cuesta una sola central? ¿Qué acciones de mitigación estaríamos dejando de emprender en los diez, quince, e incluso veinte años que requiere su construcción? Se me ocurren unas cuantas cosas, la verdad. Dedicar tantos esfuerzos financieros a un solo proyecto lo único que provocará es el taponamiento de alternativas presentes, a la vez que se sigue alimentando el oligopolio energético. Tú te puedes juntar con tus vecinos para poner placas solares en los tejados de vuestro edificio, pero ni uniendo a todo el barrio podríais construir una central nuclear; la escala a la que debe implementarse es de tal magnitud que solo está al alcance de las grandes empresas energéticas. Es una energía inherentemente antidemocrática, con mecanismos muy pobres de gobernanza ciudadana (que es muy distinta a la supervisión técnica), y eso sin tener en cuenta el proceso relacionado con la selección del lugar de construcción o el almacenamiento de los residuos.

Queda una pregunta incómoda. ¿Qué hacemos con las centrales actualmente en funcionamiento? Por mucho que el futuro no sea nuclear, ni esta energía vaya a salvar el planeta o sostener la ilusión del crecimiento infinito, es absolutamente imprescindible en el presente. Si apagásemos de golpe las siete centrales operativas en este momento en España perderíamos el 20,8 % del mix eléctrico2, que fue su contribución en 2021. Y lo haríamos sin restar ni un gramo de CO_2 a las emisiones totales, puesto que, cuando están operativas, las nucleares técnicamente no emiten dióxido de carbono (sí lo hacen si consideramos el ciclo de vida completo, pero no en el propio proceso de producción de energía).

Como muchos otros ecologistas, activistas y científicos, rechazo la energía nuclear como panacea a nuestros problemas energéticos y ambientales, pero asumo que la desconexión repentina sería una mala idea. Usemos las centrales hasta donde marca su vida útil y los parámetros más estrictos de seguridad, y luego clausurémoslas para

siempre.

***

Un mantra que repiten los defensores de la energía nuclear es que no se debe enfrentar a esta con las renovables. Puede parecer una alianza esperanzadora y coherente, pero solo si se mira desde el punto de vista de las emisiones asociadas de dióxido de carbono. La energía es mucho, mucho más, y su impacto no se circunscribe a las emisiones de gases de efecto invernadero.

Tras la publicación de mi primer libro sobre cambio climático, en la primavera de 2017, hice más de un centenar de presentaciones en los meses siguientes. En pueblos y ciudades; en museos de arte antiguo y en centros autogestionados; en casas de la cultura y en congresos internacionales. En casi todas las charlas, pese a la diversidad del público, se repetían algunos comentarios y quejas. Una de ellas, quizá la más común de todas, era que por qué en Alemania, donde hace mucho menos sol que en España, tenían más placas solares. Esto casaba con la idea de que «los políticos» —una simplificación maniquea que abre la puerta a la antipolítica— no querían solucionar el problema, casi con total seguridad porque eran corruptos o esperaban ingresar, puerta giratoria mediante, en el consejo de administración de alguna empresa energética.

La explicación de por qué en España, con su apabullante potencial de horas de sol anuales, había tan poca producción de energía solar es múltiple y menos sencilla de lo que parece. Crisis económica, cambios de regulación, incentivos y primas, impuesto al sol (que solo afectaba a instalaciones de más de 10 kW), frenos empresariales o falta de visión estratégica son solo alguna de las causas. La comparación con Alemania, además, pasaba por alto su ocupación del territorio y organización espacial, su densidad de población (más del doble de la española), el desarrollo tecnológico y la orografía del país. En resumen: daba mucha rabia que en la gris y lluviosa Sajonia sacasen más provecho del sol que en la soleada Castilla la Mancha, pero había motivos para ello.

Ahora, por fin, los proyectos de energías renovables (y muy particularmente, de energía solar) han eclosionado a lo largo y ancho de la geografía española. Sin embargo, han generado un debate aún

más amargo, que pocos habían previsto que se desarrollase con tanta crudeza. En centenares de pueblos y comarcas han surgido movimientos de resistencia ante los proyectos de megaplantas solares, habitualmente promovidas por grandes empresas o fondos de inversión extranjeros. Son proyectos que se ubican en campos productivos, cerca de valiosos espacios naturales, en paisajes con una especial vinculación emocional de los habitantes o un claro valor etnológico y cultural. ¿Qué hacemos?

El rechazo que provocan las megaplantas solares es más que comprensible, pero parte de un equívoco o una peligrosa ingenuidad. ¿Dónde se suponía que íbamos a meter todas las placas solares si queríamos igualar o superar a Alemania?

Por mucho que lo intentemos, las ciudades son incapaces de generar toda la energía que consumen (y menos que lo harán con la masiva electrificación del transporte de las próximas décadas). Incluso si consideramos el potencial máximo de producción urbana de energía solar, apenas supondría un tercio de la demanda total, aunque según algunos cálculos3 sí se podría llegar a cubrir la práctica totalidad del consumo residencial. Existen mecanismos para aprovechar todos los resquicios posibles, desde las comunidades energéticas, que ofrecen además herramientas de gobernanza y codecisión muy valiosos, hasta actuaciones en infraestructuras o edificios poco convencionales, como los cementerios. Además, y aquí tocamos uno de los grandes tabúes, no solo deberíamos incidir en la oferta y el suministro, porque ¿qué pasa con la demanda? Las ciudades no pueden resignarse a ser agujeros negros de una glotonería energética superlativa, ajenas al territorio que les proporciona los insumos que diariamente metabolizan. Cuanto más disminuya la demanda energética y particularmente eléctrica de las ciudades, menos espacio tomarán prestado allende su término municipal.

En cualquier caso, no podemos hacernos falsas ilusiones. Vamos a tener que poner muchas, muchas placas solares a lo largo y ancho del país. Lo que sí podemos decidir es cómo lo vamos a hacer, quién se va a beneficiar, cómo se va a escoger el emplazamiento, qué paisajes vamos a salvar, qué empleos se van a generar y dónde, cómo vamos a priorizar los cultivos frente a la energía, aún más en un momento en el que la situación geopolítica ha tensionado al máximo las cadenas de suministro y el flujo energético.

Al mismo tiempo, deberemos ser cautelosos con los modelos energéticos que se usan en la actualidad en la Unión Europea, así como con sus proyecciones y orientaciones de políticas públicas.

Según un reciente estudio4, al no tener en cuenta factores ambientales y sociales, algunos modelos corren el riesgo de generar resultados demasiado optimistas y, en consecuencia, engañosos: sugieren velocidades de transición muy superiores a las observadas, o caminos que se enfrentan a limitaciones de recursos difíciles de superar. Estas sendas de transición no son, por tanto, deseables ni desde la perspectiva ambiental ni social, y los escenarios obtenidos se tornan irrelevantes en la práctica.

Tendremos que tomar decisiones difíciles y navegar por las contradicciones de la transición ecológica, que son muchas y complejas.

***

Imaginemos un futuro cien por cien renovable. Estamos en 2050, ya no quedan centrales nucleares en funcionamiento, ni centrales de ciclo combinado de gas, ni por supuesto de carbón, y el petróleo es testimonial. Pudiera parecer que entonces sí, por fin, somos sostenibles. Y, en cierta manera, es así. Hemos conseguido sostener el sistema que nos ha llevado hasta ahí. Si únicamente ha cambiado el origen de la energía, esta seguirá sin ser un derecho, y la pobreza energética continuará siendo una realidad para millones de familias; lo más probable es que el suministro siga en manos de grandes empresas, y el poder de decisión ciudadano continúe siendo cosmético.

Pero, incluso aunque todo ello se hubiese conseguido redirigir, tendríamos que responder a la pregunta más complicada: ¿qué hacemos con esa energía? ¿De dónde la estamos sacando? ¿Ampliamos carreteras para que circulen más cómodamente los coches eléctricos? ¿Ocupamos cada vez más territorio con un urbanismo disperso e ineficiente? ¿Fabricamos motosierras eléctricas y relucientes para seguir deforestando bosques primigenios en todo el mundo? ¿Los ricos siguen viajando en avión privado, aunque eléctrico, mientras los pobres se achicharran en ciudades inadaptadas e inadaptables a la subida de temperaturas?

No, las energías renovables no salvarán el planeta. Son una pieza fundamental e insustituible en la transformación que debemos hacer, condición absolutamente necesaria pero no suficiente. Cometeríamos

un grave error al pensar que con que representen la mayor parte del mix energético ya estaría todo hecho, porque el peligro es justamente ese: que sean sostenibles, que sostengan el armazón fósil de un sistema inherentemente injusto y depredador. Que ayuden a que parezca que todo ha cambiado para que en realidad nada lo haga: ni el modelo de movilidad, ni el consumo, ni la ocupación de la tierra, ni el ocio, ni las relaciones de poder, ni la desigualdad. Pueden convertirse, pese a su condición de pilar insustituible de la transición ecológica, en uno de sus espejismos más peligrosos.

Y ahora, claro, toca preguntarse: ¿y qué diantres es la transición ecológica?

CONTRA LA TRANSICIÓN ECOLÓGICA

Érase una vez un departamento del gobierno estatal que se llamaba Ministerio de Medio Ambiente. En España lo creó un gobierno conservador, el de José María Aznar, y puso al frente a una especialista en derecho nuclear, Isabel Tocino, que luego acabaría en el consejo de administración de Enagás, Ence y Banco Santander. Tuvo que lidiar con bromas sobre su peinado y la cantidad de laca que se suponía debía utilizar; chascarrillos machistas que se le hacían por ser mujer, puesto que nadie cuestionaba el aspecto físico o las elecciones de vestuario de sus compañeros de gobierno. Han tenido que pasar veinte años para que se haga la misma broma sobre un hombre, Donald Trump. En lo político e institucional, su trabajo fue desastroso y su legado una bomba de relojería; casi siempre se posicionó a favor de las peores soluciones ambientales, tomando partido por empresas e intereses económicos, como era esperable en un gobierno neoliberal para el que la gestión del medio ambiente era tan solo una herramienta encubierta en pro de la desregulación.

El Ministerio de Medio Ambiente duró hasta la segunda legislatura de José Luis Rodríguez Zapatero, en 2008, cuando pasó a ser «Medio Ambiente y Medio Rural y Marino»; no debía haber nadie que supiese de comunicación política cuando lo bautizaron así. En 2011, el medio ambiente, que ya era un concepto mainstream para la ciudadanía, volvía a juntarse con otros departamentos, y hasta 2018 fue encajado en las carteras ministeriales mediante la fórmula de «Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente», con el añadido de la pesca entre 2016 y 2018. Y de repente, un buen día de 2018, desaparece del todo, por primera vez en más de veinte años. Lo sustituye un término extraño para multitud de personas, un concepto que necesitaba pedagogía pese a que generó —cómo no— el impacto mediático deseado. «Transición Ecológica». Y eso, ¿qué es?

El término parece haber sido acuñado en 2005 por el activista y escritor inglés Rob Hopkins, dentro del «Movimiento por la Transición». Sin embargo, esto es anecdótico. La noción de transición ha estado entre nosotros desde hace mucho tiempo; ¿qué fueron si no los informes como «Los límites del crecimiento», que nos decían bien claro que el cambio era inevitable si no queríamos dirigirnos hacia el desastre? La transición era el camino hacia ese nuevo escenario de relación harmónica con los límites.

Otra cuestión bien distinta es, más allá de la inscripción con letras doradas en las carteras ministeriales, la traslación efectiva que este magma académico y activista ha tenido en los resortes de poder institucional, en los que solo en los últimos años ha permeado con cuentagotas. Y, en demasiadas ocasiones, como un simple barniz cosmético.

***

Cuando escribo sobre mi época de estudiante trato de insertar anécdotas que muestren la suerte que tuve en el aula. Coincidí con profesores maravillosos y gracias a ellos hoy estoy aquí sentado frente al ordenador. Sin embargo, en ocasiones también los malos recuerdos se cuelan en el relato.

Le tenía mucha manía a mi profesor de lengua castellana del instituto, que nos recitaba las lecciones con un retintín que oscilaba entre la desgana y la soberbia. Un día, en medio de una explicación sobre las figuras retóricas, hizo una broma de mal gusto sobre un compañero y, pese a lo desagradable del asunto, fue lo único que entendí en aquella hora de clase. La figura en cuestión era el totum pro parte, un tipo de sinécdoque que designa el todo por la parte. Hoy, con mi capacidad para recordar El Mal™, ha vuelto a mi memoria por un motivo muy concreto: la distorsión que está ejerciendo en el debate sobre la transición ecológica.

Hagamos ahora un ejercicio mental. Piensa en el concepto «transición ecológica», pero no trates de definirlo. En vez de eso, dibuja en tu cabeza cómo se materializa, en cómo te la imaginas en el mundo real, en qué objetos, situaciones o paisajes la encapsulas. ¿Ya? Probablemente te han venido a la cabeza imágenes de placas solares, aerogeneradores o coches eléctricos. Si es así, no te preocupes: has reproducido la imaginería que tenemos al alcance de la mano, la que nos están ofreciendo en bandeja día tras día. Y sí, efectivamente, todo ello forma parte de la transición ecológica, pero no es lo único que la compone. Ni mucho menos.

En noviembre de 2021, más o menos cuando Emma Pattee ideaba el concepto de «sombra climática», el consultor en sostenibilidad Jan Konietzko colgó1 en su LinkedIn uno de los escasos posts útiles e interesantes que se deben haber publicado en esa red social, tan dada

al autobombo. El post en cuestión era una infografía cuyo título en inglés, «Carbon Tunnel Vision», hacía referencia a la visión de túnel en la cual nos fijamos en un solo elemento, desatendiendo el resto (como cuando cogemos un rollo de cartón de papel de cocina y miramos a través de él: nos centramos mucho en lo que vemos, pero dejamos de prestar atención a lo demás). En la infografía (muy fácil de encontrar con una búsqueda de Google) vemos una cara humana inserta en un círculo que contiene múltiples conceptos relativos a la transición ecológica, pero que solo mira hacia «Emisiones de carbono», algo que se ilustra con una estrecha franja gris. Alrededor se agolpa la pobreza, la pérdida de biodiversidad, la salud, los contaminantes del aire, la desigualdad o el consumismo, entre otros. A pesar de que la intención de Konietzko era enfocarlo a la gestión empresarial y a sus indicadores de sostenibilidad (para que fuesen más allá de una simple contabilidad de carbono), la imagen despertó un gran interés, y empezó a compartirse inmediatamente. Condensaba algo que muchas personas intuían, pero a lo que no sabían poner nombre: que la transición ecológica va mucho más allá de placas solares, aerogeneradores y coches eléctricos.

La infografía es, sin duda, extraordinariamente potente para comunicar la transición ecológica, al margen de quienes se han sentido molestos por percepciones absurdas, como que esta imagen transmite que a quienes trabajan directamente en la reducción de las emisiones de carbono no les importa el resto de las cuestiones (¿dónde dice eso?). Sirve, además, para romper de una vez por todas la perversa e interesada sinonimia con la transición energética: esta es solo una parte de aquella. En este caso no se puede designar al todo por la parte.

***

Konietzko no ha inventado nada, aunque tuvo el talento para plasmarlo de una forma diáfana y accesible, y le tocó la lotería de la viralidad. Que la crisis ambiental global que vivimos excede a la climática, y que esta va mucho más allá del uso de energía, es algo que queda claro para cualquier persona con un mínimo de formación o interés en la materia.

Sin embargo, los departamentos de transición ecológica o sostenibilidad, tanto en el sector privado como en el público, analizan

la realidad a través del túnel de carbono, cuya máxima expresión es la huella de carbono, ya sea personal o corporativa (y que, como hemos visto, presenta limitaciones y sesgos que la ponen en cuestión). Es posible que sea porque, al ser cuantificable, puede medirse y arrojar resultados inmediatos; o bien porque muchos de los profesionales que están en puestos de responsabilidad en realidad no son expertos en transición ecológica, sino en la energética. También puede ser porque, sencillamente, no saben qué hacer con el resto de los elementos que dibujaba Konietzko y otros muchos que se dejó fuera.

Pero vayamos más allá de un post de LinkedIn, por ingenioso que sea. Debemos hacer una parada en la que quizá sea la representación científicamente más coherente y sólida del cambio global: los límites planetarios. En 2009, un grupo de investigadores del Centro de Resiliencia de Estocolmo, liderados por Johan Rockström, hizo público un estudio2 sobre las condiciones necesarias para que la humanidad se desenvuelva de forma segura en el planeta. En él, se identificaron las nueve fronteras que definen el cambio global: la integridad de la biosfera, la contaminación química, la disminución del ozono estratosférico, los aerosoles atmosféricos, la acidificación de los océanos, los flujos biogeoquímicos del nitrógeno y el fósforo, el uso de agua dulce y los usos del suelo. Propusieron tres niveles de alerta: verde, por debajo del límite; amarillo, al cruzar el límite, pero aún en la zona de incertidumbre y riesgo creciente; rojo, mucho más allá del límite y con alto riesgo.

De algunas de estas fronteras teníamos más datos y de otras la investigación aún no había arrojado resultados concluyentes, así que se dejaron provisionalmente en blanco. En el momento de la publicación inicial, que puede consultarse libremente en internet, habíamos traspasado dos fronteras, la de la integridad de la biosfera, en su vertiente de pérdida de biodiversidad; y la del ciclo del nitrógeno, que los humanos hemos alterado a escala planetaria debido a las necesidades de la agricultura. En la última revisión del estudio3, que se llevó a cabo en 2022, solo el uso de agua dulce, el ozono estratosférico y la acidificación de los océanos (por poco) se mantenían en la zona verde; el resto había sobrepasado claramente el límite marcado por el equipo de investigación. Algunos huecos, como el de la contaminación química, se rellenaron súbitamente con un color rojo intenso, al haber podido establecer que la humanidad ha sobrepasado también el espacio operativo seguro por lo que respecta a los compuestos químicos de síntesis.

Mientras sigamos mirando únicamente los gramos de CO_2 que emitimos, seguiremos ganando quesitos en nuestra ficha de este

perverso trivial. La sostenibilidad como sublimación de la contabilidad de carbono, bien sea empresarial o institucional con sus estrategias de neutralidad climática, bien sea personal con nuestra calculadora individual de huella de carbono, es la peor estrategia que podemos adoptar. Inmersos en una espiral de distracción y procrastinación, la fijación por sostener el sistema que nos ha traído hasta aquí será lo que nos hará completar nuestra ficha con todos los sectores de color rojo, y ganar así una partida en la que deberíamos perder.

***

Pasado el impacto inicial por el nombre del nuevo ministerio, se evidenció que el grueso de las políticas, propuestas y mensajes se centraría en la parte puramente energética; a los otros quesitos les tocaban las migas del presupuesto y de la atención política y mediática. ¿Dónde quedaba el medio ambiente? Relegado a un papel secundario, de comparsa, como ha sido casi siempre. Sin embargo, tras la pandemia de la COVID-19, ha vuelto a la primera línea con la implosión de una de las grandes tensiones de la transición ecológica: el uso del territorio.

Si la realidad fuese tan simple o cuadriculada como algunos piensan no habría dilema alguno; se instalaría la potencia necesaria allá donde las condiciones fuesen óptimas, y arreglado. Pero la realidad es tozuda y caleidoscópica, y no se mide en gramos de dióxido de carbono. Los conflictos por la instalación de plantas renovables, que vimos en el capítulo anterior, así lo atestiguan.

Más allá de ello, ¿dónde quedan los flujos biogeoquímicos? ¿Dónde el papel de la agricultura y la ganadería? ¿Dónde la extinción de especies, la fragmentación de hábitats, la gestión de zonas húmedas, el estado de los océanos, la artificialización de los ríos, la contaminación que nos mata en las ciudades, la gestión de los residuos urbanos e industriales? Corremos el gravísimo peligro de que la transición ecológica, en el perverso ejercicio de totum pro parte que la asimila con la transición energética, descuide elementos cruciales sin los cuales nunca saldremos de la crisis ecosocial en la que estamos inmersos.

***

Lo que debemos preguntarnos, por último, es si la transición ecológica es un fin en sí mismo. La respuesta debería ser un «no» tajante. Es un proceso que debe apoyarse en determinadas herramientas legislativas y económicas —por ejemplo, una versión realmente transformadora del Green New Deal capaz de alejarse de las dinámicas de acumulación de capital—. No es el estadio final al que debemos dirigirnos; ¡por algo es una transición! No obstante, sí puede simbolizar el camino (no exento de obstáculos) que nuestra sociedad debería emprender para asegurar una nueva relación harmónica con los límites biogeofísicos del planeta, y también el nuevo contrato social que lo posibilitará.

De todo ello, se deduce algo que podría parecer inquietante, pero que no lo es en absoluto. La sostenibilidad no tiene ningún papel en esta transición. Cualquier tránsito es cambio, tensión, movimiento, distancia; nada que ver con el concepto actual de sostenibilidad, que pretende mantener el presente sin impugnarlo. Un concepto que busca recovecos legales, tecnológicos y sociales para sostener sin cuestionar una manera de consumir, comer o invertir dinero, que no puede —y no debe— prolongarse en el tiempo. La transición ecológica es incompatible con la sostenibilidad, puesto que aquella demanda una transformación radical y esta centra sus esfuerzos en construir barreras para preservar el sistema actual, buscando desesperadamente una piedra filosofal que le permita replicar el tejido socioeconómico del presente sin impacto ambiental. Como en el caso de los alquimistas, la búsqueda será por siempre infructuosa, puesto que se quedará en el reino de la fantasía y la ciencia ficción.

CONTRA LA DOMINACIÓN DE LA NATURALEZA

«Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza; y que le estén sometidos los peces del mar y las aves del cielo, el ganado, las fieras de la tierra, y todos los animales que se arrastran por el suelo».

GÉNESIS 1:26

Leyendo esta cita de la Biblia se puede apreciar que no hemos cambiado tanto en los últimos miles de años. Seguimos usando a los animales —y también las plantas, algo que se le olvidó mencionar a Dios— para nuestro disfrute. Los sometemos sin piedad, convencidos de una superioridad otorgada por la divinidad. Como en 1997 sintetizaron el ecólogo Peter M. Vitousek y sus colaboradores en uno de los artículos1 más famosos de la Ecología, «La dominación humana de los ecosistemas terrestres», resulta evidente que vivimos en un planeta bajo el yugo del Homo sapiens. Ya entonces los principales indicadores así lo apuntaban: más nitrógeno era fijado por la humanidad que por procesos naturales; entre un 33 % y 50 % de la superficie terrestre había sido transformada por la acción humana; usábamos más de la mitad del agua dulce accesible. Esos, entre otros síntomas. Veinticinco años después de que se compilasen esos datos, los superamos con creces y estamos empujando hasta la grieta las fronteras planetarias. Hemos pasado de 280 a 420 partes por millón (ppm) de CO_2; la concentración era de 362 ppm cuando se escribió el artículo. La alteración humana ha llegado ya al 75 % de la superficie terrestre, lo que quiere decir que perturbamos sitios en los que ni siquiera hemos estado. Si pusiéramos a todos los mamíferos del planeta, los seres humanos y el ganado en una báscula gigantesca, nosotros y los habitantes de nuestras granjas sumaríamos el 96 % del peso total, mientras que los mamíferos salvajes solo representan el 4 % de la biomasa2. El 70 % de las aves que existen hoy en día en todo el planeta tienen una única función: servirnos de alimento. Nos comemos 60.000.000.000 pollos al año. Sesenta mil millones. Todo lo

que hemos construido hasta la fecha pesa, recordemos, más que todo lo vivo. La esfera artificial pesa más que la biológica.

Hemos provocado la puesta en marcha de la sexta extinción masiva de la historia de la vida pluricelular compleja, que abarca centenares de millones de años. Las tasas de extinción de especies son actualmente entre 100 y 1000 veces superiores a las normales en los periodos de estabilidad. Y no es un proceso que esté sucediendo solo en una parte del mundo: es síncrono y global. ¿Cómo lo estamos haciendo? O bien expulsamos a las especies de su casa, o llenamos esta de contaminantes, o nos las comemos, o las esclavizamos, o las matamos porque pensamos que nos perjudican. Estamos actuando como si nuestra civilización pudiese mantenerse en el vacío. Como un equilibrista que quiere hacer un truco con la cuerda y para ello la corta, sin darse cuenta de que caerá irremediablemente a una pista sin red. ¿Dónde está la sostenibilidad aquí?

Hablamos mucho de cambio climático, y debemos hacerlo, pero este es solo el síntoma de una civilización grotescamente glotona, de un sistema económico ineficiente, criminal, caníbal y desigual, de la miopía galopante con la que miramos aquello que nos mantiene en pie. La pérdida de biodiversidad es quizá la muestra más evidente y dolorosa de ello. Durante demasiado tiempo hemos confundido especie valiosa con peluche simpático en las tiendas, la protección de la naturaleza con pintar un mapa de verde, la conectividad con infraestructura y la contaminación con progreso. Mientras tanto, seguíamos dando bocados a la biosfera, excretando un desierto gris. No niego el progreso material, cultural y social de la humanidad; al contrario, lo celebro. Pero esto va de que seamos capaces de darnos cuenta de que las recetas que nos han traído hasta aquí ya no valen. Ni se nos debería pasar por la cabeza sostenerlas en el tiempo.

La magnitud de los cambios es tan descomunal que está deformando la geografía de la vida y constriñendo las posibilidades de futuro. Por ello, le hemos dado un nuevo nombre a esta época, tan abruptamente diferenciada de aquellas en las que los humanos no habíamos colonizado el tapiz completo del planeta. La hemos llamado Antropoceno, la época humana, aunque está sobre la mesa la propuesta de llamarla Capitaloceno, un debate de calado pero que a veces dispersa el foco. Más allá de que esta sea una discusión profunda y aún en marcha, cabría ir con mucho cuidado con las etiquetas. Que el capitalismo sea un sistema económico inherentemente incompatible con los límites de la biosfera no significa que sea el único sistema insostenible. Cualquiera que esté basado en el crecimiento continuado será, por definición, insostenible. También la forma de comunismo

que se dio en la URSS, más próxima a un capitalismo de Estado que a un cuestionamiento profundo de las dinámicas capitalistas; la idea de un crecimiento constante, alimentado por recursos naturales abundantes y baratos, recorrió todas las décadas de su existencia.

Ya no estamos en el Holoceno, con sus apacibles temperaturas de periodo interglaciar, sino en terra incognita. Las balizas que delimitan esta nueva época son la subida de temperaturas, el plástico ubicuo, el rastro de las pruebas nucleares... e incluso los huesos de pollo, los más abundantes del mundo y que permanecerán durante mucho tiempo en el registro fósil.

***

La naturaleza necesita espacio, pero no cualquier espacio. No es lo mismo conducir que conducir, que decía un famoso anuncio de coches hace años. No vale que ese espacio que le reservemos esté emponzoñado, que lo cortemos a cuchillo y fragmentemos, que desarrollemos actividades extractivas para las que nos molesta la fauna autóctona.

¿Existe la naturaleza prístina? Queda poca, es cierto. Muy, muy poca en la península Ibérica, de hecho. Algo más en algunas partes remotas del mundo. ¿Pero acaso eso debería ser una excusa para no pensar en devolverle parte del espacio que le hemos arrebatado? ¿Acaso la historia de la vida y de los paisajes no va mucho más allá de los 12.000 años del Holoceno, incluso de los 200.000 años de nuestra especie? Sorprende siempre la voluntad más tradicionalista que conservacionista de algunos gestores ambientales, más preocupados por mantener cotos de poder y relevancia que en pensar cómo debería ser la realidad biológica y territorial del siglo más crucial de la historia de la Humanidad. La naturaleza no tiene tradiciones, ni tampoco una espina dorsal trazada con escuadra y cartabón. Segmentar la realidad en parcelas cuadriculadas siempre conduce a la incomprensión, porque la vida es dúctil, permeable e imprevisible.

Desde distintos ámbitos, tanto científicos como ecologistas, se está impulsando una agenda ambiental cuyo objetivo primordial es retornar espacios a la naturaleza, que cristaliza en la llamada resalvajización o rewilding; algunos gestores e investigadores abogan por denominarla simplemente como «recuperación de la naturaleza»,

evitando términos que conducen frecuentemente al equívoco o son usados en polémicas estériles. A pesar de que es una práctica aún controvertida y no demasiado extendida, ha conseguido aglutinar ya una legión de virulentos opositores. Quienes se rebelan frente a esta visión de retornar espacios a la vida salvaje suelen tener una visión extractivista —sostenibilista— de la naturaleza, o bien albergan una concepción bucólica y distorsionada de la relación entre nuestra especie y su entorno, lo suficiente como para no entender la necesidad de hacer las cosas de otra forma. Al más puro estilo utilitarista de la tradición judeocristiana, para muchos de ellos la palabra «sostenibilidad» solo incluye la vertiente de poder seguir extrayendo recursos monetizables de forma sostenida; en qué estado quede el entorno es secundario. Con afán paternalista (¡la naturaleza nos necesita!), claman por la gestión técnica, que no científica, como única forma de preservar la biodiversidad, incapaces de entender los mecanismos subyacentes a la realidad ecológica, no digamos ya de maravillarse ante ellos.

La visión del Génesis, inserta de una forma u otra en casi todas las épocas y sociedades, se apoya en un error de base fundamental. No existe un «nosotros y la naturaleza»: es nosotros, la naturaleza. La excepcionalidad humana es un espejismo. Los seres humanos nacemos, vivimos y morimos en sistemas ecológicos interdependientes, aunque seamos capaces de mantener la ilusión de que ya no necesitamos nada de la naturaleza, más allá de cosechar sus frutos. Aunque parezca una obviedad de parvulario, conviene recordar que necesitamos respirar, beber, comer y eliminar desechos, pese a que hoy en día muchos urbanitas crean que la comida se materializa en los supermercados y la basura se vaporiza en los contenedores. O empezamos a funcionar como un todo, o seguiremos recorriendo el camino del colapso ecosistémico.

La pandemia de la COVID-19 nos ha mostrado con dolorosa claridad qué pasa cuando nos olvidamos de todo esto. Cuando pensamos que ya está bien con preservar algunos parches dispersos de bosques o marjales. Cuando cortamos con hacha las redes tróficas que sustentan la vida salvaje. Cuando vamos quitando tornillos al coche que vamos conduciendo. Uno, no pasa nada. Dos, tampoco. Al tercero se oye un traqueteo. Y al vigésimo se rompe la suspensión y tenemos un accidente. ¿Era ese tornillo la pieza fundamental que mantenía unida al vehículo? No, por supuesto: sencillamente habíamos quitado ya diecinueve tornillos, pero como no pasaba nada hemos seguido haciéndolo.

En la realidad física y biológica del planeta existen límites, umbrales

que si se sobrepasan producen cambios no lineales. La gota que colma el vaso. Por eso es crucial mantener a raya el calentamiento global y que no pase de 1,5 ºC. Y por eso debemos evitar que los ecosistemas colapsen y sobrepasen puntos de no retorno. Porque una vez lo hagan, ya no sabemos volver atrás. ¿En qué congelador gigante ponemos a Groenlandia si se funde? ¿Con qué manguera kilométrica regamos el Amazonas si se transforma en un bosque seco a causa de la subida de temperaturas? Los cambios profundos de nuestro planeta son irreversibles en tiempo humano, algo que debemos ser capaces de entender para actuar ya.

Para evitar futuros apocalípticos no hay receta mágica. Pero sí una premisa fundamental: la vida salvaje está embutida en un cuarto terriblemente estrecho, sin luz y sin alimento. Tenemos que abrir la puerta y ofrecerle más espacio de la casa común que es la Tierra. Debemos cambiar nuestra presencia en el territorio, replegándonos allí donde sea posible. Tendremos debates encendidos sobre la intensificación de procesos industriales y agrícolas —lo que se ha venido en llamar ecomodernismo—, sobre si debemos o no prepararnos para el colapso o la adaptación profunda, o a dónde nos lleva la transición ecológica que, al fin y al cabo, es solo eso: un tránsito de un sitio a otro, del cual aún desconocemos el destino final (y justo por ello estamos a tiempo de decidirlo). Pero todo ello deberá ser con la conciencia irrevocable de que la época de expansión sin límites ha terminado y es insostenible. De que quitarle espacio a la vida salvaje es quitárnoslo a nosotros y nosotras, además de jugar a una peligrosa lotería, la de zoonosis como el coronavirus actual.

***

Hace un par de años el mundo se sorprendía ante la posibilidad de vida en Venus, supuestamente detectada a través de compuestos químicos de su atmósfera. Pruebas parciales y muy débiles, pero que llenaron portadas. Y es que el descubrimiento, de confirmarse, sería un hallazgo fenomenal que quedaría para siempre en los libros de historia. Al fin y al cabo, no conocemos otra vida que la que nos acompaña en esta nave espacial que llamamos Tierra. Es por ello por lo que deberíamos recuperar la capacidad de maravillarnos y asombrarnos, como predicaba Rachel Carson3. La historia de la vida es fascinante, una apabullante cornucopia de formas y seres, de ramificaciones y calles sin salidas, de triples saltos mortales de la

evolución. Nos ha tocado la lotería cósmica de estar aquí y ahora, de ser y compartir espacio con la más maravillosa de las casualidades de la termodinámica y la química orgánica. Aprendamos a entender y amar la vida que nos rodea, porque solo así la dejaremos respirar.

El astrónomo y divulgador Carl Sagan, a diferencia de Stephen Hawking, tenía muy claro que nuestro planeta es irreemplazable. Frente a las profecías de ciencia ficción del astrofísico y especialista en agujeros negros, que fantaseaba con la colonización de Marte en el corto plazo, Sagan proclamó4 la belleza y la singularidad de la Tierra, el único sitio con vida del universo conocido.

Mira de nuevo ese punto. Eso es aquí. Eso es nuestra casa. Eso somos nosotros. En él todos a quienes amas, todos de quienes alguna vez oíste hablar, todos los seres humanos que alguna vez fueron, vivieron sus vidas.

[...]

No hay quizá mejor demostración de la locura de la arrogancia humana que esta distante imagen de nuestro minúsculo mundo. Para mí, subraya nuestra responsabilidad de tratarnos mejor los unos a los otros, y de preservar y querer ese punto azul pálido, el único hogar que jamás hemos conocido.

CONTRA EL ECOMODERNISMO

Quizá no te suene su nombre, pero el ecomodernismo está modelando, hoy, la mayor parte de los debates ambientales. Y lo hace, además, reforzando la sostenibilidad débil y el paradigma del crecimiento infinito.

El Manifiesto Ecomodernista1, redactado en 2015 por dieciséis hombres y tres mujeres, propone intensificar, no reducir, nuestra transformación del planeta. Según ellos, hacer más intensivos los procesos agrícolas o energéticos quebraría la correlación entre el crecimiento económico y los impactos ambientales, muchas veces simbolizados por las emisiones de gases de efecto invernadero y, en particular, por el dióxido de carbono. Esto es lo que se conoce como desacoplamiento y, durante muchos años, ha sido la apuesta para sostener el crecimiento verde como una opción viable de desarrollo. Si podemos ser cada vez más ricos usando menos energía, ¿no es acaso la hoja de ruta que estábamos buscando?

Durante las últimas tres décadas se ha dado el fenómeno, en muchos países occidentales, de un aumento más o menos sostenido de Producto Interior Bruto (PIB), a pesar incluso de las crisis económicas. Durante ese periodo, las emisiones de CO2 han disminuido de forma sensible en algunos países, produciendo un desacoplamiento entre aumento de riqueza e impacto ambiental, que toman así caminos divergentes.

El Reino Unido es uno de los que se suele poner como ejemplo del desacoplamiento. De 1990 a 2020 el PIB aumentó un 80 %, mientras que las emisiones de dióxido de carbono cayeron alrededor de un 50 %; una disminución realmente pronunciada. Una situación similar se ha producido en Estados Unidos, dado que desde 1990 el PIB ha aumentado casi un 50 %, y las emisiones se han recortado un 20 %. ¿Cuál es el truco? No hay uno solo: como en un buen espectáculo de magia, hay múltiples triquiñuelas y engaños.

La primera trampa es que esta contabilidad estatal de carbono solo incluye ciertos ámbitos, como vimos que pasaba con los planes de neutralidad climática y sus alcances. Excluye el transporte marítimo y la aviación, así como los bienes importados o producidos por empresas fuera de las fronteras estatales. En el caso del Reino Unido2, la reducción es de únicamente el 15 % en las emisiones importadas, muy

lejos del 50 % doméstico que exhibe ufano el gobierno. Además, estas emisiones imputables a productos consumidos en el Reino Unido (o producidos por empresas británicas en el extranjero), han pasado de suponer un 14 % del total de las emisiones del país en 1990 a un 46 % en 2016. Ello implica que el alcance de las políticas climáticas del Reino Unido, que solo afectan a las emisiones que se han producido en su territorio, se ha visto drásticamente limitado. Las leyes que promulgue el gobierno afectan cada vez a una proporción menor de la huella climática real del país.

El segundo truco reside en el olvido consciente de la vertiente social de la sostenibilidad. Fijémonos en el Coeficiente de Gini, que mide la desigualdad en la sociedad. Se expresa como un número que va del «0» al «1», siendo «0» una sociedad completamente igualitaria en la que los ingresos están distribuidos por igual, y representando el «1» una sociedad en la que una sola persona percibe todos los ingresos, mientras que el resto no tienen nada. El Reino Unido había sufrido un incremento rampante de la desigualdad tras los sucesivos gobiernos de Margaret Thatcher (pasaron de un coeficiente de 0,25 a 0,345 de 1979 a 1990), y fue incapaz de redistribuir el aumento de su PIB de 1990 a 2020 para revertir los efectos de la desigualdad: el coeficiente apenas se movió hasta el 0,344. En Estados Unidos, que también vio escalar la desigualdad durante los años ochenta y los mandatos de Ronald Reagan, el coeficiente pasó de 0,382 a 0,415. Pese a que las políticas aplicadas consiguieron disminuir las emisiones —aunque no lo suficiente— y generar riqueza, se han demostrado incapaces de redistribuirla, y por tanto la aspiración a la sostenibilidad queda más que comprometida.

El tercero, por último, reside en el gusto tan orwelliano por los porcentajes, cuando lo que en realidad importa son los valores absolutos. En el caso de la Unión Europea, y según datos de la Agencia Europea del Medio Ambiente3, entre 2010 y 2018 el total de residuos se incrementó un 5%. Esto representa un desacoplamiento relativo del crecimiento, cuya cifra fue del 23 % para el mismo periodo. Crecemos más rápido de lo que contaminamos. Nos podríamos quedar en esa buena noticia, o reconocer que producimos cada vez más residuos, que siguen siendo demasiados y que, como dice la propia agencia en su informe, esta tendencia ascendente ha sido impulsada principalmente por el crecimiento económico.

En la misma línea se expresa el European Environmental Bureau, la mayor red europea de organizaciones ambientalistas ciudadanas, en su informe4 de 2019 «Desacoplamiento desmontado: evidencias y argumentos contra el crecimiento verde como única estrategia para la

sostenibilidad». En él, remarcan que «la validez del discurso del crecimiento verde se basa en la suposición de un desacoplamiento absoluto, permanente, global, profundo y lo suficientemente rápido del crecimiento económico de todas las presiones ambientales críticas». Según la literatura científica y la evidencia empírica disponible, afirman que no hay evidencia alguna de que tal desacoplamiento esté ocurriendo en la actualidad. Y hacen extensiva la afirmación para el consumo de materias primas, energía, agua, gases de efecto invernadero, usos de la tierra, contaminación del agua y la pérdida de biodiversidad; para todos estos elementos estudiados, el desacoplamiento es solo relativo y no absoluto, observado solo temporalmente o de forma local. El informe concluye que:

Considerada en conjunto, la hipótesis de que el desacoplamiento permitirá que continúe el crecimiento económico sin un aumento de las presiones ambientales parece muy comprometida, si no claramente poco realista.

Las investigaciones realizadas desde ese momento siguen apuntalando estas conclusiones. Se está observando, en algunos lugares y durante periodos de tiempo que fluctúan en función de los países y elementos considerados, un desacoplamiento limitado del crecimiento y de algunos impactos ambientales. Sin embargo, y pese a la pirotecnia ecomodernista que rodea alguno de estos desacoplamientos relativos, resultan claramente insuficientes. Debemos apartar la vista de la luz cegadora de los porcentajes y concentrarnos en valores absolutos.

En una revisión sistemática5 de la evidencia del desacoplamiento del PIB, emisiones de gases de efecto invernadero y uso de recursos, publicada en 2020, se concluía que:

Las reducciones absolutas grandes y rápidas del uso de recursos y las emisiones de GEI no se pueden lograr a través de las tasas de desacoplamiento observados, por lo tanto, el desacoplamiento debe complementarse con estrategias orientadas a la suficiencia y una aplicación estricta de los objetivos de reducción absoluta. Se necesita más investigación sobre las interdependencias entre el bienestar, los recursos y las emisiones.

La última frase nos da una pista fundamental: no podemos dar por hecho, como hacen los ecomodernistas y muchos de quienes compran su discurso sin saberlo, que el crecimiento per se —y más si lo evaluamos únicamente con el PIB— aporte un mayor bienestar y que, a la vez, sea capaz de reducir el consumo de recursos y limitar las emisiones.

***

En julio de 2020 se publicó un libro llamado a generar polémica: Apocalypse Never: Why Environmental Alarmism Hurts Us All («No hay apocalipsis: Por qué el alarmismo medioambiental nos perjudica a todos»). Su autor, Michael Shellenberger, es un viejo conocido de los ecologistas y científicos ambientales de Estados Unidos. En 2004 coescribió, junto a Ted Nordhaus, un manifiesto6 que llevaba por título La muerte del ambientalismo: la política del calentamiento global en un mundo posambiental. En él se mostraron muy críticos con el movimiento ecologista, criticándolo por ser incapaz de lidiar con las transformaciones socioeconómicas necesarias para luchar frente al calentamiento global. Desde entonces, Shellenberger ha profundizado en un discurso cuya piedra angular es el manifiesto ecomodernista, de cuyo alumbramiento formó parte años después.

El libro de Shellenberger compartió —y comparte— estantería con otros textos que prometían salvar el planeta desde el pedestal de los datos científicos, convenientemente revestidos de una pátina de barniz apolítico. Manuscritos que se afanan, a veces desde las mismas fajas promocionales, en lanzar pedradas al ecologismo tradicional y sus pancartas, en criticar su sed de catástrofes, en tildarlo de religión. No son planteamientos novedosos, en absoluto; se enmarcan en una larga tradición de desacreditación del ecologismo por lo que tiene de movimiento social transformador.

Pese al éxito de ventas, el libro cosechó duras críticas también por parte de científicos e investigadores, no solo de activistas. En todas ellas se señalaban las omisiones intencionadas y las exageraciones infundadas, el cherrypicking constante (esto es, escoger únicamente aquellos estudios que dicen lo que queremos contar) y una agresividad frente al movimiento ecologista llena de prejuicios y rencillas personales. Nada es más fuerte que la fe del converso: dibujándose a sí mismo como ecologista que ha visto la luz, Shellenberger se siente

legitimado para cargar contra todo y contra todos. Con el título «No hay apocalipsis» el autor cuestiona y ridiculiza la voz de alarma de los movimientos ecologistas, de miles de científicos y de organizaciones ciudadanas, movimientos sociales y ciudadanos individuales. Jamás veremos un apocalipsis bíblico de un día para otro, y él, como el resto de quienes se burlan del asunto, lo sabe; atizar a un hombre de paja, lamentablemente, resulta demasiado tentador.

***

Recordemos lo realmente importante: cada vez que se revisan los datos, el cambio climático es peor de lo que se pensaba, y los modelos aciertan en sus predicciones7; cuando no lo hacen es porque se quedan cortos. Entonces, ¿por qué los ecomodernistas, disfrazados de defensores del medio ambiente, niegan estas evidencias? Porque vende más. Porque siempre hay quien comprará ese discurso, especialmente cuando viene de alguien con un pretendido pedigrí ecologista. Alejados del negacionismo climático tradicional, e incluso de lo que se ha venido en llamar retardismo (retrasar la acción sin negar el aumento de temperaturas, que suelen atribuir a ciclos naturales), consiguen colarse en el imaginario como discursos formalmente sensatos, aparentemente sólidos y que promocionan un ecologismo que se autodenomina racional y que, casualmente, no cuestiona el sistema productivo ni implica cambios de calado. Es por ello por lo que resulta fácil identificar las costuras de esta estrategia: el ecomodernismo ha devenido en un simple y triste culto al tecnooptimismo y, muy particularmente, a la energía nuclear. Si ya era significativo el menosprecio de la solar fotovoltaica en el Manifiesto Ecomodernista, más lo es la ausencia de las energías renovables en su discurso público. Rayano en lo cómico es que, en el caso de la nuclear (una energía que no salvará el planeta ni frenará a tiempo el cambio climático), sus máximos defensores son muchas veces también quienes flirtean o directamente se encuentran detrás del negacionismo climático.

Gracias a esta autoasignada posición de voz cabal frente a la histeria colectiva, sustentada sobre los sesgos que critican en otros, los ecomodernistas se permiten otorgar carnés de buenos y malos ecologistas, en función de si se muestran de acuerdo con sus postulados. Una estrategia pueril, como cuando en el recreo un compañero de escuela no dejaba jugar con su balón al resto de la clase

si no decías exactamente lo que él quería, o le dejabas escoger a su amigo en su equipo.

***

Cualquiera de nosotros preferimos escuchar buenas noticias y no verdades incómodas. Que nos digan que podemos seguir como hasta ahora, con apenas cambios cosméticos en nuestro día a día. Que quienes nos avisan del desastre están equivocados. ¿A quién no le gusta que le ordenen que se ponga cómodo, que prosiga con su consumo —simplemente tendrá que buscar un sello verde cuando vaya a comprar— y que construya su vida y su cotidianidad sin pensar en el oso polar, las olas de calor de 2050 ni en los informes del IPCC? ¿Es eso la ansiada sostenibilidad? No, en el sentido más literal del término: no se puede sostener en el tiempo.

El ecomodernismo parece incapaz de asimilar algo tan simple como que no puede haber un crecimiento infinito en un planeta finito, algo que solo podría suceder en el inalcanzable escenario de un desacoplamiento absoluto. ¿Por qué califica al ecologismo de religión, cuando por otro lado aplaude la supuesta racionalidad de quien confía en planteamientos económicos que van en contra de los postulados más básicos de la física? ¿Por qué califica de «pensamiento mágico» a la posibilidad de frenar el crecimiento, cuando lo que sí requiere de un buen truco de magia es pensar que un crecimiento constante e infinito es factible? Los cambios tecnológicos no serán nunca suficientes para abordar las transformaciones venideras y el crecimiento sostenido no es la panacea que proclaman, como ha venido demostrando la evidencia científica una y otra vez desde hace décadas.

Solo cuestionando el sistema que nos ha traído hasta aquí podremos pensar de verdad en qué significa el progreso, y también en cómo navegamos en el Antropoceno. Y eso, les guste o no, requiere de ideología, política y cooperación humana. No solo de centrales nucleares.

***

Vivimos en un planeta dominado por el ser humano. Borrachos de poder y tecnología, hemos alterado prácticamente toda su superficie y apenas queda espacio para la naturaleza tal y como era antes de que empezásemos a cultivar —y comernos— el mundo. En sus líneas iniciales, el Manifiesto Ecomodernista afirma que:

Reafirmamos un viejo ideal ambientalista que dice que la humanidad debe reducir su impacto sobre el medioambiente para dejar espacio a la naturaleza, al tiempo que rechazamos otro: que las sociedades deben vivir en armonía con la naturaleza para evitar el colapso ecológico y económico.

Creo que muchos estaríamos de acuerdo en la primera parte de la frase: la reducción del impacto ambiental de la humanidad es imperativa. Sin embargo, es en la segunda donde entra en disputa la cuestión de la armonía con la naturaleza —o, lo que es lo mismo, la inscripción de las esferas económica y social dentro de la ambiental— como eje o no de un futuro habitable.

La propuesta ecomodernista es, pues, pisar el acelerador a fondo: ya que hemos perturbado la mayor parte del planeta —qué mejor muestra que encontrarnos en el Antropoceno—, hagámoslo del todo, cambiémoslo por completo, apropiémonos de él sin tapujos. A pesar de su declarado propósito de intensificar la actividad humana para dejar más espacio a la naturaleza, en todas sus propuestas podemos ver que el núcleo conceptual consiste en reestructurar el planeta y la biosfera a nuestra conveniencia para construir un buen Antropoceno; el verbo en inglés engineer, que es prácticamente intraducible en esta acepción, sintetiza su visión.

La Tierra como una mesa de bricolaje en la que podemos encolar y atornillar a placer, con el único fin de crear aquello que nos proporcione utilidad. Una visión tan limitada como ineficaz. Tan deshumanizada como pobre intelectualmente. Y profundamente insostenible.

CONTRA EL CATASTROFISMO

¿Debemos adaptarnos a la nueva realidad biofísica y los límites que estamos ya resquebrajando, incluso abandonando por el camino las políticas de mitigación? Esto es lo que piensa Jim Bendell, profesor de la Universidad de Cumbria. Lo explicó en un largo artículo1 de 2018: «Deep Adaptation: A Map for Navigating Climate Tragedy» (Adaptación profunda: Un mapa para navegar la tragedia climática), que dio lugar a toda una corriente de pensamiento. Ante la inevitabilidad de un colapso social, que se inscribirá en un mundo más caliente, con un clima extremo y caótico, lo único sensato según el autor sería plantear estrategias de adaptación realmente disruptivas. Sin embargo, la realidad es que la adaptación profunda supone renunciar a la lucha por el futuro, aceptar escenarios deterministas y aspirar a la derrota. Ello es muy distinto de asumir con crudeza las posibilidades reales de transformación, que cada vez son menos, pero que desde luego van mucho más allá de cruzarse de brazos y esperar la catástrofe.

Sobre este debate cuajó otra importante polémica en el mundo anglosajón, aunque tuvo poca repercusión en España fuera de los círculos ecologistas. «Shut up, Franzen» («Cállate, Franzen»), escribía2 la climatóloga Kate Marvel en septiembre de 2019 en la prestigiosa revista de divulgación Scientific American. Se estaba refiriendo al artículo que el escritor Jonathan Franzen había publicado3 un par de días antes en la revista The New Yorker, una de las de mayor tirada y reconocimiento en Estados Unidos. El título, «What if we stopped pretending?» («¿Y si dejamos de fingir?»), hacía referencia a que, según él, deberíamos asumir que no podemos frenar el apocalipsis climático y que, por consiguiente, nuestro deber es prepararnos. Las reacciones, como la de Marvel, no se hicieron esperar. Tampoco las de quienes apoyaban al autor del artículo desde el movimiento de la Adaptación Profunda, como Bendell, dado que compartían la visión de que lo único que tiene sentido es apostar por la adaptación.

Un texto4 particularmente hermoso y conmovedor es el que compartió la escritora y activista en justicia climática Mary Annaïse Heglar, «Home is Always Worth It» («El hogar siempre vale la pena»). En él afirmaba que:

No tenemos que ser ni unas ciegas optimistas ni unas fatalistas. Podemos ser humanas. Podemos ser desordenadas, imperfectas, contradictorias, frágiles. Podemos reconocer que desesperanza no significa impotencia. [...] No sabemos cómo va a terminar esta película, porque ahora mismo estamos en la sala de guionistas. Estamos tomando las decisiones ahora mismo. Abandonar la sala no es una opción. No podemos rendirnos. Este planeta es el único hogar que vamos a tener. No hay otro lugar como este. Y un hogar siempre, siempre, siempre vale la pena.

Cada año que pase se hará más patente la tentación de abandonar toda acción realmente transformadora frente al cambio climático, y optar por fiarlo todo a la adaptación futura o a una tecnología desconocida. Pese a que humanamente podamos entender el desánimo y la sensación de derrota permanente, Heglar da en el clavo cuando afirma que la desesperanza no es sinónima de impotencia. Recuperando la cita de Sagan, este punto azul pálido es nuestra única casa, y no existe situación alguna en la que la renuncia a luchar por el hogar tenga sentido. Franzen y quienes sostienen un discurso apocalíptico —doomism— le hacen el juego a la industria fósil, queriendo o sin querer. Dado que no hay nada que podamos hacer, ¿para qué recortar emisiones? Sigamos como hasta ahora, alarguemos lo posible esta bonanza antes del precipicio, y quienes vengan (o nuestro «yo» del futuro) ya encajarán los golpes.

Tal y como resaltaron muchas de las críticas, esta visión catastrofista es solo posible desde una posición de privilegio. La mayor parte de sus voces más mediáticas son hombres blancos con un estatus socioeconómico medio-alto. Heglar los etiqueta, no sin humor, como «machotes catastrofistas»; Brynn O'Bryen, director ejecutivo del Centro para la Responsabilidad Corporativa de Australasia, los define5 como «una tropa rica, blanca y catastrofista». Una troupe que en no pocas ocasiones muestra perturbadoras señales de regocijo cuando sus previsiones se cumplen, cuando se supera un récord de temperatura o surge algún problema de suministro material o energético.

La lucha climática no va de darse golpes en el pecho mientras proclamamos «¡Esto ya lo dije yo!», sino de usar esa fuerza, también la rabia, para transformar una realidad que no nos gusta en absoluto. Con la decisión de acoplar un megáfono a la desesperanza y tratar de convencernos de la futilidad de las acciones actuales y futuras, los catastrofistas se convierten en activistas del cambio climático.

***

Existe una falsa dicotomía que está enrareciendo el debate sobre lo que es o no posible hacer frente al cambio climático. Se puede y se debe asumir el hecho de que nos encontramos ante una subida de temperaturas irreversible de 1,3 ºC, una virtualmente inevitable de 1,5 ºC en los próximos lustros, y una posible de hasta 3-4 ºC a final de siglo. Ello, sumado a otros impactos de origen antrópico, provoca que estemos muy cerca de superar distintos puntos de inflexión. De hecho, algunas líneas rojas planetarias, según una investigación6 de 2022, se encuentran dentro del rango del Acuerdo de París. Esto significa que, incluso cumpliendo los objetivos del pacto, tendríamos un gravísimo problema con la circulación oceánica, el deshielo del permafrost, el blanqueamiento y muerte del coral o el derretimiento de glaciares y casquetes polares.

Saberlo no debería retrasar la toma de medidas ni hacernos bajar los brazos; ¡justo al contrario! Es la situación en la que nos encontramos la que debería espolearnos para encontrar formas de potenciar y amplificar la acción climática. Es hora también de desechar la falsa dicotomía entre acción individual y colectiva, contraponiendo lo que son en realidad dos caras de la misma moneda. Somos individuos insertos en una sociedad y, por lo tanto, cualquier cambio en una de las dos esferas tendrá un efecto en la otra. De lo que se trata es de no quedarnos enjaulados en nuestra parcela individualista, buscando únicamente el sosiego que nos proporciona la disminución del cálculo de la huella de carbono personal, sino, al contrario, luchar para posibilitar transformaciones colectivas que, a su vez, impulsen y faciliten la toma de decisiones personales.

Un punto clave, que deberían considerar quienes abogan por la Adaptación Profunda en particular y por la asunción de la derrota climática en general, es que la mitigación y la adaptación no son moralmente equivalentes. Mientras que los beneficios de la mitigación se reparten en todo el mundo (las políticas climáticas de reducción de emisiones de Europa favorecen también a países vulnerables a miles de kilómetros), la adaptación implica protección únicamente a escala local, allí donde se ha realizado la inversión. Apostar únicamente por la autoprotección local o regional, más aún desde países ricos, es una estrategia equivocada y una muestra de un impúdico egoísmo.

Sí, es tarde para recuperar el clima de 1940, en el que nacieron los niños y la niña de Dallas. Es más que posible que ya sea técnicamente —no solo social o políticamente— inviable quedarse por debajo de la barrera de seguridad de 1,5 ºC, pero ello no significa que ignoremos el aumento que se produzca tras sobrepasar esa línea roja. Cada décima de grado cuenta. Esto no va de salvar el planeta, sino de limitar el sufrimiento de millones de personas, de preservar una biosfera tan funcional como sea posible. Tanta vida como podamos. Solo desde una atalaya privilegiada se puede anunciar el fin del mundo sin pensar en qué significa ello para quien escucha, en el terror y la ansiedad que generará, en el desánimo que sembrará.

La Adaptación Profunda y el catastrofismo socavan la acción por el clima y suponen una coartada para quienes quieren orientar el futuro hacia un escenario de repliegues nacionales y competencia despiadada por los recursos. Aunque se basen en proyecciones solventes, parten de un determinismo social que las invalida, y suponen un freno terrible para el cambio. Muchos de quienes defienden estos planteamientos comparten cosmovisión, paradójicamente, con los responsables de sostenibilidad de las grandes empresas: ven la realidad a través de un túnel de carbono. En muchos casos, porque su formación técnica o científica les conduce a ello —e ignoran o menosprecian el resto de los problemas ambientales—; en otros, porque tienen un conocimiento pobre de lo que implican los puntos de inflexión climáticos y cómo funcionan los sistemas complejos. En ocasiones (las menos) flirtean con una suerte de pornografía del colapso, de índole similar a la que emana de los foros de los preparacionistas, quienes esperan el fin del mundo y hacen de su vida un trámite de espera y preparación para el momento en el que el apocalipsis se materialice, deseándolo sin desearlo.

En suma, lo que consiguen es sostener el statu quo, impugnando cualquier posibilidad de transformación del sistema y legitimando a quienes lo defienden con el planteamiento de que debemos escoger entre la situación actual o el caos absoluto. No nos sirve.

***

A menudo me preguntan cómo puede comunicarse algo tan terrible como el cambio climático sin caer en la desesperanza. ¡Si es que todos caemos! Más aún quienes nos dedicamos a investigar y escribir sobre

ello. Nos hundimos a menudo, y salir del pozo de los lamentos climáticos resulta una tarea agotadora. Pero debemos tener cuidado con no bascular hacia el otro extremo: si nuestra esperanza es demasiado efusiva («¡Aún hay tiempo!»), damos la sensación de que esto no es tan grave. Por contra, si comunicamos con demasiada dureza la realidad de las proyecciones actuales —que son poco halagüeñas—, dando a entender que se materializará el peor de los futuros, estamos alimentando el nihilismo climático y la desconexión («¡Para qué voy a hacer algo, si está todo perdido!»). Transitar esa delgada línea requiere dotes de equilibrista, puesto que la voluntad es potenciar la acción desde el conocimiento riguroso de la situación, pero sin resbalar y caer hacia uno u otro lado. Confieso que tropiezo constantemente, y examino lo que digo y escribo para asegurarme de que transmito siempre, de una forma u otra, la valía de la acción sea cual sea. Seguramente no siempre lo consigo. Parafraseando a Emma Pattee, debemos cuestionarnos si nuestras palabras amplifican la urgencia de actuar, la apatía o la negación.

***

En agosto de 2022 Emmanuel Macron, presidente de Francia, advirtió de que el país galo tendría que realizar sacrificios debido al fin de la era de la abundancia, marcada por el cambio climático y por la invasión rusa de Ucrania. Podría parecer que, por fin, algunos dirigentes eran capaces de admitir turbulencias serias y estructurales en el modelo de desarrollo, y hubo quien saludó el comunicado de prensa como una victoria personal, como la confirmación de una profecía al fin cumplida.

Etiquetar como «sacrificios» los cambios, en un contexto de épica belicista, nos arroja una imagen en la que las penurias recaen sobre quienes no pueden pagar para librarse de ellas. Debemos hablar de construcción, de esfuerzos diferenciales, de redistribución. Si escuchamos que nos tendremos que sacrificar, pensamos en que vienen tiempos muy duros en los que, como en crisis pasadas, quienes menos tienen cargarán con el grueso de los sacrificios, mientras los Mbappé de turno se escaparán de las restricciones. Es necesario imaginar un horizonte conformado por transformaciones estructurales, redistribución de la riqueza y esfuerzo colectivo. Una visión lejana que nos haga avanzar, no una instrucción militar que nos obligue a resistir en una fortificación que se derrumba.

Frente a la catástrofe podemos aceptar la inevitabilidad y, quienes puedan, esconderse en un búnker, que no obstante siempre tendrá túneles y estancias de primera clase para los privilegiados. O bien podemos desafiar lo que se presenta como inevitable, desligar la lucha del ámbito individual, inscribir nuestra acción personal en una transformación colectiva y forzar a que esta afecte de forma prioritaria al statu quo del sistema que nos ha traído hasta aquí. Somos una especie que coopera, cuyas dinámicas sociales son complejas y hasta cierto punto imprevisibles. Aceptar la catástrofe, sin embargo, avivará el proteccionismo —estatal y personal— más visceral, y nos impondrá un marco de desconfianza y competición permanente, heredero de lo que se llamó darwinismo social y que emana, a su vez, de una pésima comprensión de la teoría evolutiva.

El mañana, pese a que no todas las posibilidades estén ya al alcance de nuestra mano, está todavía por construir. Un mundo más justo y solidario es posible y necesario.

Renunciar a ello es renunciar a lo que nos hace humanos.

CONTRA LA ECONOMÍA CIRCULAR

«¿Pero qué es la basura, qué es basura, entonces? No es una pregunta retórica. Muy al contrario, hay que responderla muchas veces al día, se la hacen muchos millones de seres diariamente alrededor del globo: ¿son basura los veinte tomos de aquella enciclopedia comprada hace veinte años? ¿Y la caja llena de cables? ¿Y el verde de los puerros? ¿Y las carpetas de dibujos del niño, que era un genio? ¿Y los zapatos viejos, y la ropa vieja?»

ÓSCAR CALAVIA

La sostenibilidad no viaja sola. En los últimos años se ha rodeado, como hemos visto, de un batallón de términos que la rodean y la protegen, nutriendo su aura de paraguas del futuro. El más popular entre ellos es, sin duda, «economía circular».

Si hacemos la búsqueda en Google, veremos una panoplia de círculos perfectos, convenientemente segmentados. En ellos se repite el esquema: diseño del producto, elaboración, distribución, consumo, recogida, reciclado y vuelta a empezar. Sobre el papel —o la pantalla — es perfecto: los residuos pasan a ser recursos, con lo cual necesitaremos extraer mucho menos material y evitaremos los deshechos. La economía circular se erige así en la defensa más férrea de la sostenibilidad, el engranaje milimétrico mediante el cual alcanzaremos la eterna juventud de los materiales y, lo que es más importante todavía, de la sociedad de consumo capitalista.

Sin embargo, la economía circular es una entelequia al nivel de la piedra filosofal de los alquimistas. Es, simple y llanamente, pseudociencia. Etiquetando cualquier avance en la eficiencia como economía circular —hecho que se repite a menudo en los suplementos económicos de los periódicos o en el contenido patrocinado de los dominicales— lo que se consigue es banalizar el término y deslegitimar la acción presente. La economía es inherentemente no circular, puesto que siempre necesitará insumos de algún tipo: energía, materiales, fuerza de trabajo. Siendo benevolentes con la definición, podemos llegar a acercarnos a una economía espiral, en la cual necesitaremos un flujo constante de insumos, aunque seamos capaces de recircular algunos de ellos. Pero nunca llegaremos a cerrar el círculo.

El economista Joan Martínez Alier viene alertando de esta imposibilidad desde hace tiempo, en sus libros y conferencias. Lo expresa en estos términos en una entrevista1 con la periodista Laura Villadiego:

Esa moda de la economía circular es ridícula. Sabemos que, si cada año entran en la economía, en números redondos, unas diez toneladas por persona (combustibles fósiles, biomasa, materiales de

construcción, metales), de esos materiales solamente una tonelada es reciclada, todo lo otro es material «fresco» que viene de las fronteras de la extracción. Es lo que se llama el Circularity Gap, la brecha en la circularidad. La economía industrial es entrópica, no es circular. Es cada vez más entrópica. [...] La energía no se recicla. Los materiales se reciclan solo en una pequeña parte. Muchos de ellos van a las infraestructuras urbanas, a los edificios y allí están unas décadas, y luego a residuos. Mantener los edificios y sistemas de transporte gasta energía y materiales. La economía industrial no es circular, es entrópica.

Tiene razón Alier: es una moda, pero no ha surgido de la nada. Ha sido convenientemente fabricada y diseminada. Aunque ahora nos parezca un término habitual en noticias y charlas sobre medio ambiente, no se empezó a popularizar hasta hace pocos años, tras la presentación del Plan de Acción de Economía Circular de la Unión Europea, en 2015. Este fue fruto del esfuerzo de lobby de un grupo de empresas, que integraban la red «Circular Economy 100», constituida en 2013 y liderada por la fundación Ellen McArthur. Esta fundación, creada en 2010 por la exregatista británica Ellen McArthur, tiene como misión impulsar la economía circular, y cabe reconocer que ha tenido un éxito arrollador. En menos de cinco años consiguió que la Unión Europea adoptase su marco de pensamiento empresarial y ambiental, mimetizando el lenguaje propuesto. Pero la pregunta clave es: ¿quién está detrás de esa fundación? Entre otros socios estratégicos y según su propia web, Nestlé, Unilever, Renault, Gucci, Coca-Cola, Visa o BlackRock, el fondo de inversión más grande del mundo.

No hace falta buscar conspiraciones cuando la realidad es el mejor complot. Nadie está urdiendo un plan a espaldas del mundo para controlar los resortes ocultos del poder. Está ahí, a un clic, a dos enlaces de distancia en tu teléfono móvil o tu ordenador. La organización responsable del auge y ubicuidad de la economía circular en el discurso político, económico y ambiental está sostenida por algunas de las compañías más contaminantes y destructivas del mundo. Si se han unido a la cruzada sostenibilista no es por convicción o una súbita reconversión al ecologismo, sino porque, simple y llanamente, les sale a cuenta. Es una oportunidad de negocio, además de un lavado de imagen sin igual.

***

En algún momento habrá que asumir que la economía jamás puede ser circular, como también es imposible fabricar un perpetuum mobile, una máquina que no se pare nunca sin impulso o energía externa. La termodinámica impone constricciones muy claras a la realidad, y una de ellas es la disipación de la energía inicial en otras formas menos aprovechables cuando se realiza un trabajo.

Aun así, podría argumentarse que quizá la economía circular, pese a su origen interesado, puede situarse en el mismo plano inspirador en el que se inscribía la utopía de Galeano: nunca llegaremos a cerrar el círculo, pero podemos acercarnos, mejorando paso a paso en el camino. Esto, es verdad, es un argumento a favor. Sin embargo, presenta varios problemas. En primer lugar, los insumos. Más que cerrar los ciclos, necesitamos disminuir los insumos de materiales y energía, tanto por el impacto ambiental de su extracción y posterior uso, como por la pronta escasez de alguno de ellos si persistimos en consumirlos al ritmo actual. En segundo lugar, no nos dice nada sobre quién produce, de dónde se extraen los materiales o para qué sirven los productos, por muy circulares que sean. En tercer lugar, es el apuntalamiento perfecto para un sistema que ha creado las ineficiencias y los problemas que ahora pretende solucionar con un mero juego de palabras. Es el vestido perfecto para la ilusión que nos vende la sostenibilidad. Y quienes están detrás, por supuesto, lo saben.

Ilustrémoslo con un ejemplo concreto y mundano. Apple es una de las compañías punteras a nivel mundial en compromiso medioambiental. Su horizonte para la neutralidad climática es 2030, avanzándose dos décadas a muchos de sus competidores y grandes empresas; solo Microsoft clama ser más ambiciosa, en una reedición climática de su perpetua competición informática. A pesar de ello, tanto Apple como Microsoft, junto con Disney o Amazon, han sido acusadas de bloquear legislación climática en Estados Unidos2. ¿De qué nos valen las estrategias corporativas si luego el daño realizado en estructuras comunes —leyes e instituciones— es muy superior?

Ahora miremos un pedazo de realidad tangible: según la propia Apple3, el 81 % de las emisiones de un iPhone se generan en su producción; solo un 16 % corresponden al uso durante su vida útil. De todos los elementos de la tabla periódica, en el móvil se utilizan 50, de los cuales solo 12 pueden ser reciclados con garantías. El resto acaba en una montaña de desechos. Se necesitan 113 kg de materias primas para hacer un móvil de algo más de ciento cincuenta gramos. ¿Es esto sostenible?

Puesto en términos globales: cada europeo, de media, consume 14 t4 de materias primas al año, y produce casi 5 t5 de residuos. Gran parte de esas materias primas corresponde a energía en distintas formas (gas, carbón, petróleo o madera, fundamentalmente), que no se pueden reincorporar al ciclo. De los residuos, como afirmaba Martínez Alier, apenas se podrá reutilizar o reciclar un pequeñísimo porcentaje.

La economía lineal, en la que los bienes se producen, se utilizan y se desechan es un sinsentido económico, ambiental y social; el propósito de convertir los residuos en recursos debería ser un imperativo. Empezamos por fin no solo a tratar de recuperar una pequeña parte de lo que producimos, sino también a intentar que duren más, que se puedan reparar, que desde las etapas iniciales del diseño del producto se minimicen los materiales utilizados y los probables desechos. Son avances impulsados por un análisis coste-beneficio, no por activismo o sincero arrepentimiento de las grandes corporaciones, compungidas ante la contemplación de décadas de vertederos llenos por su nulo interés en facilitar la recuperación de materiales.

Análogamente al caso de las tecnologías futuras de captura de carbono, que requieren de una escala tan descomunal que las hace prácticamente inimaginables, muchas de las soluciones actuales basadas en reconvertir residuos en recursos solo funcionan a pequeña escala. Hay casos de éxito, personas voluntariosas y empresas visionarias; incluso algunas grandes corporaciones que genuinamente han conseguido minimizar de forma significativa los subproductos de su actividad, o aprovecharlos casi por completo. Sin embargo, todo ello es posible porque, en primer lugar, no cuestiona el modelo de negocio de quienes lo aplican —cuando en muchos casos sí debería hacerlo—, y porque al sistema productivo sigue entrando una cantidad desorbitada de materia prima recién extraída.

El proceso es imposible de mantener. De la misma forma que sucede con la sostenibilidad, la economía circular no se puede medir en grados: es binaria. O es circular, o no lo es. En lo que nos tenemos que fijar no es en la forma que adopta el metabolismo económico, sea en forma de círculo, meandros, triángulos u ondas, sino en las entradas y las salidas del sistema. Si la recirculación de los materiales sigue necesitando unos insumos de recursos superiores a la tasa a la que se renuevan, será insostenible. Si los desechos producidos por el aparato digestivo del sistema productivo —como los gases de efecto invernadero— siguen siendo superiores a la capacidad del sistema Tierra para absorberlos —incluso con la ayuda de nuestra tecnología más avanzada—, será también insostenible.

El triunfo rapidísimo del término «economía circular», plasmado en su uso generalizado por parte de grandes empresas y todo tipo de instituciones, certifica que se inscribe de pleno en el sistema productivo y socioeconómico actual, al que no cuestiona. Se limita a tratar de sostenerlo mediante la ilusión, físicamente imposible, de una recirculación cuasi infinita de los nutrientes que el sistema necesita para mantenerse en funcionamiento. El sistema capitalista, que solo es capaz de mover sus engranajes mediante el crecimiento continuado, está condenado a requerir cada vez más materias primas, dado que el desacoplamiento observado entre PIB y consumo de energía y materiales, como hemos visto, no es ni será suficiente para garantizar la sostenibilidad ambiental.

La ilusión de la economía circular, que no deja de ser una economía lineal con meandros más o menos pronunciados, es pues tan insostenible como la sostenibilidad.

CONTRA EL RECICLAJE

«Nothing reminds the mind of power *like the cheap odor of plastic* Leaking fumes we crave, consume *the rush it feels fantastic* But like power turns to mold *like a junkie going cold* I need the fix of a little tenderness».

PARQUET COURTS

Estoy harto del plástico, pero no del material, sino del discurso que lo rodea. Cada vez que doy una charla o converso sobre cambio climático sale a colación el plástico y, en particular, el sistema de retorno de envases como panacea para solventar el problema de todos los residuos y del calentamiento. Creo que es necesario cuestionar la omnipresencia del plástico en el discurso ambiental, algo que comparto con el escritor David Wallace-Wells, quien lo califica de «distracción climática» en su libro El planeta inhóspito.

Para desmontar esta errada ilusión, y también para abordar la cuestión del plástico en su globalidad, tendremos que empezar por el principio. En 1950 se produjeron 2 millones de toneladas de plástico; en 2015, 380 millones. El acumulado de esos 65 años es de 8.300 millones de toneladas, de los cuales la mayor parte son envases y embalajes. De los 6.300 millones de residuos plásticos que esa producción ha provocado1, solo el 9 % se ha reciclado, el 12 % ha sido incinerado y el 79 % restante ha acabado en vertederos y entornos naturales. Las últimas estimaciones sobre la contaminación marina por plásticos arrojan un dato estremecedor: cada año llegan hasta los océanos entre 8 y 16 millones de toneladas de desechos plásticos. Llega hasta allí a través de múltiples vías y, en especial, de centenares de ríos, pero tan solo diez de ellos son responsables del 90 % del flujo de la basura plástica que se produce a través de los cursos de agua2: el Ganges, el Indo, el Yangtzé, el Río Amarillo, el Amur, el Hai, el Río de las Perlas, el Mekong, el Nilo y el Níger. Desde los océanos se dispersan por todo el globo, hasta el extremo de encontrarse, empujados por las corrientes marinas, en el círculo polar3. Tanto el plástico que se queda en tierra firme como el que llega a los ecosistemas acuáticos acaba incorporándose a la cadena trófica, y cada vez está más presente en un gran número de especies; es particularmente dramático el caso de los peces y las aves marinas. El que flota en el aire, por último, también tiene otro destino: nuestros pulmones4.

Visto así, parece un desastre absoluto. Una emergencia. Y lo es, pero no exactamente por cuestiones climáticas; o no las aparentes. Es cierto que todas las etapas de la industria del plástico contribuyen a las emisiones de gases de efecto invernadero, y también lo hace la descomposición del material5 (especialmente los compuestos de

polietileno, dado que liberan metano y etileno, dos gases que contribuyen al calentamiento). Sin embargo, la vinculación está en el origen: detrás del auge del plástico y del petróleo están las mismas empresas. Big Oil, las grandes petroleras. Es ahora cuando debemos hilar la segunda versión de los hechos.

El aluvión de plástico, más allá de su uso para cometidos muy específicos en los que su utilidad resulta innegable, no era una inevitabilidad. Tampoco el sofocante flujo de residuos, ni la contaminación de todo —todo— el planeta. Como en el caso de los combustibles fósiles, los responsables de poner en el mercado un producto tóxico y peligroso eran perfectamente conscientes de lo que hacían. En una investigación conjunta6 de las cadenas públicas de radio (NPR) y televisión (PBS) en Estados Unidos, realizada en 2020, se revela que los directivos de las empresas involucradas sabían, al menos desde 1973, que el reciclaje nunca sería una opción para evitar los residuos plásticos. Sin embargo, citando las palabras de Larry Thomas, expresidente de la Society of The Plastics Industry que se recogen en el reportaje, «si la ciudadanía piensa que el reciclaje funciona, entonces no estarán tan preocupados sobre el medio ambiente». Había que hacer que se lo creyesen, fuera como fuera. Y eso, en Estados Unidos, implica una sola cosa: anuncios. Muchos anuncios.

A finales de la década de 1980 la opinión pública estadounidense empezó a cuestionar la ubicuidad, la utilidad y los impactos del plástico. Fue entonces cuando el mismo Thomas, entonces presidente en activo de la patronal de los plásticos, urgió a través de un memorándum interno a montar una potente campaña de publicidad. La noticia, que se puede consultar en la versión en línea de The Washington Post7, resulta tremendamente esclarecedora. En el memorándum que envió Thomas, se subrayaba que los estadounidenses que consideraban al plástico dañino para el medio ambiente habían pasado del 56 % en 1988 al 72 % en 1989. «A esta velocidad pronto llegaremos a un punto en el que será imposible recuperar nuestra credibilidad», admitía el entonces presidente.

La reacción no se hizo esperar: 150 millones de dólares para una campaña de publicidad colosal que, como en el caso de la huella de carbono, consiguió cambiar las tornas. El plástico empezó a aparecer como un recurso y no como un residuo, y las empresas que lo producían pasaron a ser percibidas como sostenibles e innovadoras. Mientras distraían a los legisladores y a los consumidores con trucos de prestidigitador, seguían con un negocio que se expandía de manera exponencial. De la docena de proyectos innovadores que la industria

publicitó a partir de 1989, ninguno sobrevivió más de unos pocos años. No hubo ni uno solo que cumpliese los objetivos iniciales.

La industria maniobró para poder producir todo lo que deseaba, para poder continuar produciendo sin límites y para no tener que hacerse responsable de sus residuos y los impactos derivados. Durante décadas nuestro plástico ha tomado el camino de China, nutriendo una hambrienta industria. Sin embargo, tras años de problemas de salud pública, y con un suministro interno de plástico más que suficiente para satisfacer su demanda, el gigante asiático anunció en 2017 que no aceptaría más residuos foráneos —entre ellos el plástico—, decisión que acabó de implementar el 1 de enero de 2021, fecha a partir de la cual solo acepta materiales que ya hayan sido reciclados en el extranjero. La industria occidental del plástico ha virado hacia otros países menos restrictivos, inundándolos de plástico que resulta imposible reciclar. Y, en el caso de los países que se resisten, como Kenia, esta industria tóxica emprende una agresiva campaña de acoso y derribo hacia sus gobiernos. Campañas de las que también participa la fundación Ellen MacArthur, cuya fundadora recibió el Premio Princesa de Asturias a la Cooperación Internacional en 2022. Esta fundación, según organizaciones keniatas, deslegitima sistemáticamente los esfuerzos gubernamentales para imponer su propio esquema de gestión de residuos8, ejerciendo un tóxico colonialismo plástico sobre el país africano.

Sin embargo, es posible que estas maniobras empiecen por fin a enfrentarse a algunas cortapisas. El fiscal jefe de California, Rob Bonta, inició en abril de 2022 una investigación9 a empresas de combustibles fósiles y petroquímicas, por su papel en la crisis global de contaminación por plástico. ¿Sentará un precedente?

En su imprescindible libro Plastic Unlimited («Plástico sin límites»), la socióloga Alice Mah destripa de forma implacable cómo las grandes corporaciones están alimentando el problema, y por qué lo que nos venden como soluciones y pactos ambiciosos no son más que meras distracciones y estrategias empresariales. Sus intereses corporativos entran en claro conflicto con la limitación de la producción de plástico, y han tratado no solo de mantener sino también de expandir los mercados para sus productos tóxicos, en particular la de productos de un solo uso, difícilmente reciclables, en países que no contaban con la infraestructura para ello. Como bien resume Mah:

Han asumido un papel proactivo en la respuesta a las presiones de

sostenibilidad, tratando de cooptar la agenda de la economía circular, abogando por el reciclaje por encima de todas las demás soluciones y culpando al consumidor individual y los residuos mal gestionados. [...] La cuestión es que las corporaciones no limitan y no limitarán voluntariamente sus propios mercados, incluso si hay razones convincentes para hacerlo con el fin de proteger la salud o el medio ambiente. Las iniciativas voluntarias dirigidas por empresas nunca serán suficientes para abordar las consecuencias sociales y ecológicas de la crisis de los plásticos.

Es admirable la elocuencia con la que expone el núcleo de la cuestión, y cómo lo desarrolla en su libro, tan alejado de esa suerte de check-lists impregnadas del lenguaje de la autoayuda sobre cómo expulsar el plástico de tu vida. Evitando los consejos individuales, que admite no poder ofrecer, Mah se centra en lo realmente relevante: los entramados de poder y las falsas promesas de una industria que se autocalifica como sostenible cuando no lo es. El conocimiento de esta realidad, y la voluntad de actuar en consecuencia, puede cambiar mucho más el problema del plástico que cualquier gesto individual que hagamos.

Incluso devolver el casco, como hacían nuestros abuelos.

***

Volvamos al inicio. El sistema de retorno de envases es visto con un cierto candor por parte de gran parte de la población, que lo inserta en sus recuerdos de una época pasada más sencilla, con menos basura, más sostenible. Si todos los envases que usamos se retornaran (con la consiguiente devolución del depósito) y se volvieran a poner en circulación, ya no haría falta la cantidad actual de materias primas. Los océanos, a su vez, quedarían libres de toda contaminación por plástico, y las calles lucirían hermosas, sin plásticos de ningún tipo. La sostenibilidad personificada. Es una lástima que cualquier parecido con la realidad sea pura coincidencia.

Aprovechando esa visión cándida y nostálgica, se esparció una gran cantidad de desinformación sobre el sistema de retorno de envases plásticos para los hogares (debemos recordar que, en el caso del vidrio y la hostelería ya existe, con una amplísima implantación). Todos

quienes me han preguntado a lo largo de los años daban por supuesto que el envase que se devolvía a la tienda sería reutilizado, pero la realidad es que no era así en las propuestas presentadas en nuestro país. Los envases de plástico devueltos, máquina mediante, se destinarían a lo mismo que los que actualmente depositamos en el contenedor amarillo: a plantas de reciclaje. Me entristece recordar que algunos de quienes inocularon esta confusión en España lo hicieron desde un supuesto ecologismo político, y que su intoxicación fue ejecutada de una manera consciente y deliberada, con el fin de obtener réditos personales y electorales, quizá también económicos.

Alimentar la ilusión de que podríamos hacer recircular eternamente las mismas botellas, sin preocuparnos por sus impactos ambientales, es devenir en escudero de la acepción más profundamente perversa de la sostenibilidad. El proceso de reciclado del plástico —de la parte que puede ser sometida al proceso— es muy caro en términos energéticos y tiene un número limitado de ciclos, dado que se degrada en cada iteración. Hay muchos tipos de plástico que apenas pueden sufrir dos o tres procesos de reciclado, para finalmente acabar en un vertedero o destinados a un uso distinto del original.

El sistema de retorno y depósito representa, pues, una forma de tecnooptimismo, que sin embargo trata de disfrazarse de sobriedad y vuelta a los orígenes, cuando no es más que una herramienta de autoperpetuación de la industria del plástico por otros medios. Incentiva los productos de usar y tirar, como está sucediendo en Alemania, el país que se suele poner de ejemplo de las bondades del sistema: los envases de un solo uso suponen cada vez un mayor porcentaje que los reutilizables10. En 2016 representaron un 57,2 % frente al 42,8 % de los aptos para reutilizar. Supermercados como Lidl o Aldi, adalides del sistema de retorno, venden mayoritariamente envases de un solo uso11, asegurando que las actividades de reciclaje son buenas para el entorno, cuando lo que en realidad son es beneficiosas para sus cuentas de resultados. De las botellas de PET (las mayoritarias) solo un 34 % acaban transformándose de nuevo en envases; el resto acaba en bolsas, fibras textiles y otros usos. Por último, es un sistema que solo afecta a determinados productos y envases de un volumen determinado, lo que puede llevar a la confusión del consumidor y, además, obliga a su convivencia con un sistema adicional de recogida del resto de envases.

Por supuesto, tiene ventajas, especialmente si lo comparamos con el opaco, ineficiente y perverso sistema que sufrimos en España a través de Ecoembes, una entidad formada por grandes empresas como Mercadona, Pepsico, Grupo Pascual o L'Óreal, entre otras. Ecoembes

es la encargada del proceso de triaje y reciclaje de los envases de plástico, metal y cartón, pero los datos que suministra son de dudosa calidad y veracidad, a la vez que se resiste con uñas y dientes a un examen concienzudo de su gestión. Esto llevó a la Comisión Nacional de los Mercados y la Competencia a iniciar12 un expediente sancionador contra Ecoembes en octubre de 2022, «por un posible abuso de su posición de dominio en el mercado».

Frente al sistema actual, es cierto que en el marco de un sistema de depósito el plástico que se procesa es de mejor calidad, y eso facilita el reciclaje posterior (y aumenta los beneficios de las empresas). Por otro lado, la tasa de recogida selectiva con un sistema de depósito es muy alta, puesto que el envase tiene un valor inherente; otra cuestión es la vertiente ética de dar propina en forma de basura o sencillamente abandonar latas y botellas por la calle con el convencimiento de que alguna persona que lo necesite las recogerá, para poder ganarse unas monedas.

***

Si uno se para a pensarlo, resulta chocante que hayamos tenido una polémica tan áspera a cuenta de una fracción tan pequeña de los residuos sólidos urbanos: apenas un 8 % de los residuos sólidos urbanos son envases13, de estos solo una fracción son aquellos fabricados con plástico, y de estos solo una parte hubiesen entrado en un sistema de retorno. ¿Cómo es posible que algo tan secundario haya cobrado una importancia nuclear en el debate sobre los residuos y la economía circular? Quizá porque nos remite a imágenes muy impactantes, como las de la contaminación de los océanos, aun cuando la mayor parte de la famosa isla de plástico del Pacífico —que no es tal isla— está formada por restos disgregados de redes y artilugios de pesca14, no de envases. Quizá porque el enemigo estaba prefijado de antemano y era fácil de identificar: Ecoembes es quien mejor sintetiza el concepto de greenwashing en nuestro país, y quien con más éxito ha copado el espacio que debería haber correspondido a una educación ambiental pública y transformadora. Pero la realidad es que, en primer lugar, nos estamos centrando únicamente —de nuevo — en una sola cara del impacto de la generación de residuos. Aplicamos la visión de túnel, en este caso del plástico. ¿Qué productos estamos vendiendo en esos envases, por reciclables o sostenibles que estos sean? ¿Agua privatizada, extraída de un manantial en un espacio

natural y transportada a centenares de kilómetros? ¿Bebidas azucaradas, adictivas e insanas?

La preocupación fundamental que genera el sistema de depósito es que la gente parece creer que soluciona el problema, cuando la realidad es que únicamente consigue (a veces) jardines más limpios y que algunas empresas ganen más dinero. Quienes se pensaban un moderno David frente al Goliat de Ecoembes, acabaron haciéndole el juego a las petroleras y a la industria del plástico, ejerciendo de ejecutores de las palabras del entonces presidente de la patronal plástica: si la gente cree que el reciclaje funciona (y, por mi experiencia, creen que el depósito es la panacea y elimina el impacto del consumo de envases de un solo uso), dejará de preocuparse por el medio ambiente, y el sistema se sostendrá.

En otro perverso ejercicio de totum pro parte, los envases y el plástico en general han desplazado u ocultado el debate sobre el cambio climático en no pocas ocasiones, pero también el que nos correspondería tener sobre otras categorías de basura, como los residuos textiles, la chatarra electrónica o el desperdicio alimentario, todos ellos igual de importantes —si no más— para el cambio global.

El mantra de que el reciclaje es positivo en lo ambiental y deseable en lo económico se ha convertido en dogma. Ha devenido en pieza angular de la economía circular. Es la mentira que nos contamos para autoconvencernos de que todo puede seguir igual, también para descargar nuestra conciencia sobre los dramas ecológicos que contemplamos en la televisión. ¡Yo no he sido!

Que cambie todo para que no cambie nada: sostenibilidad gatopardiana a base de no cuestionar el paradigma del crecimiento perpetuo, con el fin último de sostener el sistema productivo actual.

CONTRA EL COCHE ELÉCTRICO

En mi ordenador tengo una carpeta, creada hace años, en la que guardo recortes de publicidad de coches. Cuando empecé, coleccionaba anuncios en los que se afirmaba que, si uno quería impresionar a sus hijos en medio de la naturaleza, lo que debía hacer era olvidar las botas de montaña, las guías de pájaros y las cámaras fotográficas y, en cambio, comprarse un Nissan X-Trail. Que para pasar un finde divertido lo mejor era destrozar playas de arena, lechos de ríos o vertientes prístinas de un volcán. Conservo en papel, fuera del disco duro, el artículo que en 2006 le dedicó un perplejo Quim Monzó a la pintura «Color Barro», que ofrecía la marca de todoterrenos Jeep para tunear sus coches y que diesen la impresión de haber vuelto recientemente del París-Dakar. En la misma subcategoría se encuentra una publicación en las redes sociales de Opel del año 2019, en las que felicita el Día de la Tierra a sus seguidores con la imagen de un SUV urbano —claramente no apto para terrenos difíciles — manchado de tierra, en un descampado de ciudad entre grúas de construcción. Cabe suponer que al departamento de marketing le pareció de lo más ingenioso el juego de palabras. El Range Rover Evoque, otro SUV mucho más caro y pesado, se anunciaba por las mismas fechas con un lema cuyo significado real no era precisamente un argumento convincente de venta: «Devora la ciudad».

En los últimos años, la práctica totalidad de los anuncios ha virado, como no podía ser de otra forma, hacia la sostenibilidad. Hay marcas de coches, como Toyota, que te conminan a «conducir como piensas», lo que implica un perturbador ejercicio de autoexamen en el comprador: ¿cómo pienso? La cuestión, en realidad, no es tan compleja: además de la impostura de un motto cuasifilosófico, la publicidad de esta marca se acompañó, mientras estuvo plenamente vigente la zona de bajas emisiones en la capital de España, de mensajes como «Bienvenido a Madrid Central». Toyota no fue la única, claro, pero sí se convirtió en la marca que mejor explotó comercialmente la sostenibilidad en el mercado automovilístico, pese a no tener ni un solo coche eléctrico en su catálogo hasta bien entrado 2022.

Muchos de los anuncios que pudimos ver a raíz de las restricciones de las zonas de bajas emisiones compartían un mensaje aparentemente ambiental (la cualidad destacada del producto era los pocos gases

contaminantes que emitía), pero su fin último era siempre el mismo: garantizar el acceso a la ciudad, previo generoso desembolso. No vendían gramos de óxidos de nitrógeno por kilómetro o salud para los habitantes, vendían el sello «ECO» o «Cero» de la Dirección General de Tráfico. Un distintivo disfuncional e injusto, que premia —con los incentivos fiscales y de circulación que ello comporta— a coches como los de hibridación ligera, en el que una máquina eléctrica hace las veces de alternador y motor de arranque y, en el mejor de los casos, asistencia a la aceleración. El descenso de consumo y emisiones es testimonial, y el minúsculo motor eléctrico apenas transmite energía a las ruedas, pero ello no impide a estos vehículos lucir una etiqueta «ECO» en el parabrisas.

Más llamativo es el caso del Porsche Cayenne Turbo S E-hybrid, de 680 cv. ¿Por qué? La DGT concede la etiqueta «0» (cero emisiones) a coches que sean capaces de hacer 40 kilómetros en modo eléctrico. A este Porsche le han incorporado un módulo eléctrico que le permite hacer (sobre el papel) unos muy convenientes 48 kilómetros sin consumir gasolina. ¿El resultado? Que un coche de cinco metros y más de dos toneladas y media de peso, que consume el triple que cualquier utilitario cuando se le acaba la batería, y que cuesta casi 200.000 euros, acaba llevando en el parabrisas una pegatina que lo acredita como ecológico. Para rizar el rizo de los despropósitos ambientales, se publicita con el lema «Más diversión. Más sostenible». Extraña que no se escuche una carcajada al final del anuncio.

***

El coche eléctrico —o parcialmente electrificado— ha devenido un símbolo de la sostenibilidad. No solo eso: ¿en qué pensamos cuando hablamos de movilidad sostenible? En coches, claro. En relucientes vehículos eléctricos, que apenas hacen ruido y que, dicen, no contaminan. El transporte público queda relegado a un segundo plano; el de quienes no pueden permitirse la llave que da acceso a la ciudad. La bicicleta o el simple gesto de ir andando por las calles requieren de algo todavía más complicado: percibir la ciudad como un entramado amable y no como un flujo de metal incesante y hostil.

Seguimos preguntándonos «¿Cuántos coches pueden circular al día por nuestras calles?», cuando la pregunta que nos deberíamos hacer es «¿Cuánta gente podemos desplazar por la ciudad?». Mientras sigamos

formulando la pregunta equivocada, ninguna respuesta nos servirá.

Resulta paradigmático el caso del ensanchamiento de la autopista V-21 en Valencia, iniciado en 2019. La ampliación de una autovía de entrada a la ciudad, justificada aduciendo atascos regulares, se llevó por delante miles de metros cuadrados de huerta productiva y suelo fértil, así como patrimonio cultural y etnológico, como el tristemente desaparecido Forn de Barraca. ¿Para qué? Los atascos seguirán, y el coste de oportunidad territorial, económico y social habrá sido enorme.

Se atribuye a Lewis Mumford la frase «Añadir carriles para solucionar la congestión del tráfico es como aflojarse el cinturón para curar la obesidad», pronunciada allá por 1955. Hoy, en la tercera década del siglo XXI, seguimos utilizando un remedio ineficaz para un problema que, como sociedad, no sabemos formular adecuadamente. Por el camino, hipotecamos suelo agrícola o dotacional, reforzamos la primacía de una solución individual (el coche privado) por encima de la colectiva (el transporte público), y hacemos un poco más difícil el tránsito hacia una ciudad saludable.

***

En el caso de los residuos existe una clara prioridad en su gestión, cuyo primer escalón es la no generación de desechos: el mejor residuo es el que no se produce. De la misma forma, podemos afirmar que el mejor desplazamiento es el que no se produce. No en el sentido de forzar su limitación estableciendo barreras o prohibiciones, sino en el de hacerlos innecesarios. Ese es el espíritu que anida tras el concepto de la «ciudad de los 15 minutos», popularizado por la alcaldesa de París Anne Hidalgo y el científico Carlos Moreno, que bebe de propuestas anteriores y, muy especialmente, del enorme legado de la pensadora Jane Jacobs. Quizá desde algunas ciudades españolas cuesta entender la novedad o la importancia del concepto, dado que en muchas de ellas la densidad de población, las calles razonablemente accesibles y la cercanía de tiendas y servicios hacen innecesarios los desplazamientos diarios más allá de veinte minutos andando, y que sintetizan el espíritu de la propuesta.

La perspectiva es, sin embargo, radicalmente distinta en un suburbio de Estados Unidos, o incluso en los cinturones periurbanos que han

proliferado en España en las últimas décadas. Desconectados de las ciudades y desparramados por el territorio, carecen de nodos de servicios y de espacios para la vida en común, salvo algún centro comercial al que solo se llega en vehículo privado. Obligados a usar el coche para todo, la dependencia fósil de esta trama urbana está lastrando la transición ecológica.

Hace años, un conocido de la universidad me contó algo que le ocurrió en Washington, cuando llegó allí como investigador posdoctoral. Durante los meses en los que iba a vivir en la ciudad se alojaría en una casa del extrarradio, en uno de esos apacibles barrios de clase media, tantas veces retratados en películas y escenario de famosos reality shows de reformas del hogar. La tarde en la que llegó decidió salir a dar un paseo, para conocer el entorno y estirar las piernas. A la media hora vio cómo se acercaba un coche de policía y se detenía a su lado. El agente bajó, le pidió la documentación y le preguntó qué hacía allí, andando solo. «Paseando», respondió mi conocido, lo que dejó perplejo al policía. Como luego relataría entre risas, no entendían que alguien quisiese andar por aquellas calles: estaban hechas para los coches. No había tiendas, ni servicios, ni bares. Entonces, ¿para qué caminar? Esa fue la razón por la que un vecino había dado el aviso, pensando que era un maleante o un vagabundo: no encontraba otra explicación a que alguien anduviese por la calle sin más.

Es este marco social el que explica el impulso al coche eléctrico y, en particular, la obsesión norteamericana con el mismo. En un país construido al gusto de la todopoderosa industria automovilística, prescindir del coche no es una opción para la mayor parte de sus habitantes. Y dado que no quieren o no pueden renunciar a él, resulta más fácil cambiar el combustible de los vehículos que volver a dibujar miles de pueblos y ciudades sobre el mapa. El gran problema es que esto no sucede solo en Estados Unidos: el influjo de su marco cultural para con el urbanismo y el vehículo privado lleva décadas notándose en el resto del mundo. El «desparrame urbano» (urban sprawl) ha cambiado la fisonomía de nuestras ciudades y, muy especialmente, la de los barrios construidos en los últimos treinta años, al calor de la burbuja inmobiliaria de principios de siglo. Los Planes de Actuación Urbanística (los famosos PAU), instauraron en nuestro país un modo de vida mucho más parecido al estadounidense que al de la tradicional ciudad mediterránea. En palabras de Jorge Dioni1, autor de un libro sobre este tipo de urbanismo y sus implicaciones sociales e ideológicas, titulado La España de las piscinas:

[Los PAU] Son lugares muy homogéneos, segregados de la gran ciudad y que obligan al uso del coche. El consumo se realiza en un centro comercial porque es complicado que se desarrolle comercio de proximidad.

Aunque no siempre tuvo por qué ser así.

***

En Estados Unidos el 38 % del parque automovilístico de 1900 estaba compuesto por coches eléctricos. ¿Qué pasó para que desapareciesen de las calles y carreteras durante casi un siglo? En primer lugar, los coches eléctricos eran silenciosos y fáciles de conducir y eso, aunque suene paradójico, no era deseable para la mayor parte de los compradores, que eran hombres. La asociación entre masculinidad y vehículos ruidosos, pesados y contaminantes, tan presente todavía hoy, y sintetizada en el concepto de la petromasculinidad, acuñado en 2018 por la politóloga Cara Daggett2, tiene un largo recorrido. Muchos hombres de principios del siglo XX rechazaban los coches eléctricos por poco masculinos, de la misma forma que existen concursos en la actualidad en los que los coches son modificados para conseguir que sean más contaminantes, los rollin' coal. Ruido, potencia, agresividad, imposición: las marcas del patriarcado.

Esto no explica por qué los coches eléctricos perdieron la batalla frente a los de combustión, aunque ayuda a entender el clima cultural que lo propició y que aún lo perpetua. Más paradójico que la existencia y popularidad de los coches eléctricos en Estados Unidos hace siglo y medio, es que el coche se enfrentase y venciese al hasta entonces todopoderoso ferrocarril. El poder transformador de las locomotoras y los caminos de hierro de antaño quedó plasmado en multitud de creaciones artísticas, entre las que siempre destacará la escena inicial de «El hombre que mató a Liberty Valance», de John Ford. En ella se muestra el retorno del senador Ransom Stoddard, interpretado por James Stewart, a Shinbone, el pueblo del lejano oeste en el que años atrás trató de ejercer la abogacía. Vuelve a una ciudad distinta de la que se fue. Todo ha cambiado. Su mujer, interpretada por Vera Miles, va a dar un paseo en diligencia con el antiguo sheriff, y le dice: «Desde luego, este lugar ha cambiado mucho. Iglesias,

instituto, comercios». A lo que el exsheriff, a quien dio vida Andy Devine, responde: «Bueno, ha sido el ferrocarril lo que lo ha hecho posible. El desierto es el mismo».

Si el ferrocarril se hubiese mantenido como medio predominante de transporte a larga distancia, la ventaja de la mayor autonomía del coche de combustión frente al eléctrico no habría sido decisiva. Sin embargo, no fue así. Si Ransom Stoddard hubiese vuelto a Shinbone en 1950, lo habría hecho en coche, no en tren.

La conjunción entre la producción en cadena, cuyo primer y más exitoso ejemplo fue el Fort T, la consecuente disminución de los precios y la mejora de las carreteras hirieron de muerte al transporte de personas por ferrocarril, que se desplomó a partir de 1945. Resulta chocante leer algunos argumentos de la época, que clamaban contra la rapidez del tren y abogaban por la lentitud de los coches. El perverso concepto de libertad automovilística, que hoy lleva a algunos a defender la conducción y la posesión de vehículo privado como un derecho y no como una posibilidad o conveniencia, se acuñó entonces en el país americano, con incontables campañas en las que se resaltaba la posibilidad de ir donde uno quisiera, al ritmo que uno quisiera... siempre que el desplazamiento se hiciese en coche.

***

En la segunda mitad del siglo XX, el vehículo privado se popularizó hasta extremos impensables unos años antes. Y las ciudades empezaron a dibujarse a su imagen y semejanza.

En una entrevista del año 2013 a Stone Librande3, el diseñador jefe del videojuego Sim City, un simulador de planificación urbana, le preguntaron si había descubierto algún patrón o relación espacial sorprendente: «Definitivamente sí. Creo que el mayor fueron los aparcamientos». Librande relata cómo quedó en shock al comprobar la relación de espacio entre las tiendas y sus zonas de estacionamiento, mucho mayores que los comercios en sí, y admite que, si hubiese tenido que diseñar el videojuego de una forma realista, hubiera acabado por ser aburrido. «Sim Parking en vez de Sim City», ironizaba el entrevistador, haciendo un juego de palabras. Resulta sintomático cómo una anécdota sobre un mundo virtual resume a la perfección las disfunciones de la realidad urbana.

Los coches del futuro serán eléctricos, sin duda. Supondrán una mejora en la calidad del aire urbano y una disminución de gases de efecto invernadero frente a sus homólogos de gasolina, diésel o gas. Pero lo que el coche eléctrico está frenando es un cambio de modelo y, por esa razón, debemos impugnar su hegemonía en el imaginario colectivo de la sostenibilidad. Librande habría tenido los mismos problemas al diseñar el videojuego, independientemente de qué motor impulsase los coches en Sim City.

Quitar espacio al coche, sea este eléctrico o de combustión, es ganar espacio amable y seguro en calles y parques, también en calzada disponible para transportes saludables como la bicicleta e inclusivos como los autobuses o tranvías. Las ciudades inteligentes, término de moda, no son aquellas que parametrizan todas sus variables y tratan de optimizar los flujos de vehículos, sino las que apuestan por la lentitud y la humanidad de sus espacios comunes. ¿Inteligentes para qué? ¿Inteligentes para quién? ¿Para seguir vendiendo coches, con la promesa de que los incrustaremos como sea en las saturadas arterias de asfalto de nuestras urbes?

Estamos en un momento en el que la emergencia climática se sustancia ya, entre otras manifestaciones, en forma de veranos abrasadores, con olas de calor que duran semanas, no días. Disminuir el flujo de coches que circulan por las ciudades nos da la opción no solo de movernos de una forma distinta, sino de recuperar espacio para la renaturalización de la ciudad, de hacer posible la adaptación de las calles a fenómenos extremos como las olas de calor, que cada vez serán más intensas y frecuentes.

Tres años después del inicio de la pandemia del Covid-19, los hábitos de movilidad no han vuelto a la situación previa4: mucha gente sigue utilizando el vehículo privado por miedo al contagio, pero también por el empeoramiento de las condiciones del transporte público tras la crisis. Este se ha visto afectado por recortes tanto en grandes urbes como en municipios de interior, montaña y capitales de provincia o comarca, dejando a millones de personas con la única alternativa de coger, si lo tienen y pueden conducir, su propio coche. Estas decisiones políticas, muchas de ellas tomadas desde el gobierno central, resquebrajan las costuras del territorio y ahondan en la sensación de agravio permanente que tienen, justificadamente, distintos territorios del Estado. ¿Cómo es posible que se declare la emergencia climática y a la vez se eliminen trayectos de tren regional por su poca rentabilidad económica, cuando es el transporte con menor impacto ambiental y mayor capacidad de inclusión social, así como de contribuir a la cohesión territorial? ¿Cómo explicamos el

hecho de abrir la puerta a operadores privados de trayectos de alta velocidad, mientras se desatienden sistemáticamente las redes de cercanías? De nada vale implantar una medida como la gratuidad de los abonos de metro o cercanías si no se mejora sustancialmente el servicio, si este sigue siendo deficiente, con horarios intempestivos y averías frecuentes en trenes renqueantes que circulan por un sistema viario obsoleto. Si, en el día a día, los vagones van a rebosar y subirse es una guerra de codazos, estrés, sudor y carreras. Así lo único que se consigue es degradar la imagen y el prestigio social del transporte público.

***

El coche eléctrico es el sostén tecnológico y argumental de un modelo caduco, antisocial, contaminante y cuyo objetivo final no es la mejora del bienestar, sino el sostenimiento de los beneficios empresariales de la industria de la automoción. Y, además, representa una peligrosa hipoteca con respecto al uso de los minerales críticos y escasos que resultan imprescindibles para la transición energética.

Según la Agencia Internacional de la Energía5 (IEA, por sus siglas en inglés), la fabricación de coches eléctricos supondrá más de la mitad de la demanda de minerales críticos (como el cobre, litio, manganeso o níquel, entre muchos otros) en 2040. Cada coche eléctrico necesita más de 200 kg de estos materiales, frente a los poco más de 30 kg de un coche convencional. Materias primas que serán, a su vez, imprescindibles para generar energía con centrales renovables, así como para expandir y mejorar la red eléctrica que alimentará los vehículos.

Dicho de otra forma: debido a su escasez, que el informe de la IEA parece subestimar6, es imposible la sustitución de todos los coches de combustión actuales por coches eléctricos y, simultáneamente, acometer un despliegue masivo de energías renovables. Pese a la mejora de la eficiencia de la energía solar, a los avances en el reciclaje, y a la cada vez mayor duración de las baterías eléctricas, no son —ni de lejos— suficientes. O una cosa o la otra. No hay innovación tecnológica que vaya a poder eliminar este dilema; en todo caso, solo postergarlo unos pocos años.

Sin embargo, la buena noticia es que la pregunta no es cuántos coches

podemos cargar al día, sino cuántas personas podemos mover. Los coches, pese a que su posesión y conducción ha sido percibida durante años como un símbolo de identidad y estatus, son una herramienta, no un fin.

Los fondos europeos del plan de recuperación pospandemia deberían alejarse de esta industria (y más con sus precedentes de corrupción, engaño y crímenes, como el Dieselgate de 2015) y priorizar el impulso del transporte público, dotarlo de medios suficientes para llegar a más población y territorios, resultando atractivo para estos. Frecuencia, comodidad, seguridad y alcance territorial. Lamentablemente, vemos como en España, al igual que en otros países de Europa, la apuesta principal sigue siendo regar con dinero público las empresas automovilísticas. Es posible que la motivación tenga más que ver con el mercado laboral y la enorme contribución al PIB de algunas autonomías, muy dependientes de estas plantas industriales, que con la electrificación del transporte. Si así fuese, lo mínimo que merece la ciudadanía es que se la trate como adulta, se le diga la verdad y no se envuelva de celofán verde algo que nunca será sostenible.

El coche eléctrico es, en definitiva, el garante de un orden social y económico forjado hace más de cien años, que se asienta sobre la segregación espacial y la desigualdad en el acceso a la ciudad. Y, lo que es aún peor, constituye el mayor obstáculo para un cambio real de modelo de movilidad.

CONTRA LAS FINANZAS SOSTENIBLES

«We want to thank Jeff Bezos for going to space,

because when he was up there we were signing people up».

Christian Smalls, sindicalista de Amazon

La letanía de las finanzas sostenibles nos lleva acompañando ya unos cuantos lustros, y es cada vez más evidente que se trata apenas de un esfuerzo de lavado verde para convencernos de las supuestas bondades ambientales del sector financiero. Una reluciente distracción para seguir actuando como siempre.

Utilicemos al Banco Santander como ejemplo. Desde 2016, año en el que se firmó el Acuerdo de París, hasta diciembre de 2021, y según el informe1 «Banking on Climate Chaos», invirtió 38.470 millones en combustibles fósiles, convirtiéndose así en la entidad española que con más dinero financia la industria responsable del calentamiento global. En 2019 se celebró la COP25, la conferencia anual de cambio climático de la ONU. Tuvo lugar en Madrid, tras el traslado por las protestas en Chile, el país organizador. El Santander fue un destacado patrocinador del evento, que durante dos semanas concentró a miles de científicos, técnicos gubernamentales y privados, líderes políticos y activistas, y concluyó con una agónica llamada a la acción climática. Pero el banco hizo oídos sordos, como el resto de los patrocinadores, y al año siguiente aumentó su inversión en combustibles fósiles un 17 %, lo que a su vez significa duplicar la inversión realizada en 2018. Una trayectoria nada sostenible.

Más sangrante es todavía recordar las declaraciones de Ana Botín, la presidenta del Santander, cuando visitó Groenlandia en 2019, invitada por el televisivo Jesús Calleja. En su cuenta personal de Twitter escribió2: «Hemos pasado unos días increíbles con @JesusCalleja, @RamonLarramendi y el gran equipo de @Planeta_Calleja, ¡gracias! Impacta ver los efectos del calentamiento global en persona. Espero que sirva para concienciar a todos de que pasar a la acción es prioritario y urgente». Ese año, la inversión de su banco en las

perforaciones de petróleo y gas en el Ártico fue de 30 millones de euros. Al año siguiente, 2020, de más de 71 millones. Y en 2021 se sobrepasaron los 220 millones de euros3. Se ve que el impacto de los paisajes árticos se desvaneció a la misma velocidad a la que se funden los glaciares en el círculo polar.

El Santander no es un caso aislado, aunque tanto la empresa como su presidenta ejemplifican a la perfección el sinsentido de las llamadas finanzas sostenibles. Resulta irrelevante que un banco emprenda acciones internas en el marco de una estrategia de sostenibilidad, o si financia mucho o poco a empresas de energías renovables, mientras simultáneamente sigue destinando cantidades ingentes de recursos a promover la extracción y comercialización de combustibles fósiles. Durante 2021, el conjunto de las entidades financieras del mundo invirtieron 665.199 millones de euros en proyectos de gas, petróleo y carbón. La misma cantidad, millón arriba millón abajo, que en 2020. La única sostenibilidad que se puede apreciar aquí es la del volumen de inversión en una industria criminal que está llevándonos al borde del precipicio.

***

Los pocos movimientos coherentes y sólidos de desinversión en combustibles fósiles han venido por parte de la sociedad civil o de las instituciones públicas (como universidades), pero son aún incipientes o irrelevantes en términos cuantitativos. Iniciativas loables y necesarias que, sin embargo, palidecen frente a la magnitud del tsunami de dinero que se dirige, año tras año, a la industria de los combustibles fósiles.

El Banco Mundial, tras dejar de apoyar al carbón en 2013, anunció en 2017 que a partir de 2019 no realizaría más inversiones ni prestaría dinero para la extracción de petróleo y gas. Sin embargo, según un informe4 hecho público en octubre de 2022, ha inyectado casi 15.000 millones de dólares a proyectos de extracción y procesamiento de gas y petróleo. Resulta coherente que su presidente, David Malpass, sea un negacionista del cambio climático que duda del origen humano del calentamiento global, a quien hasta la Casa Blanca quiere echar de su puesto por sus declaraciones anticientíficas5.

Más allá de superestructuras de gobernanza como el Banco Mundial,

los fondos de inversión privados también participan de esta lucrativa hipocresía. Algunos CEO, en un intento de aparentar compromiso y visión a largo plazo, envían cartas exquisitamente redactadas en las que muestran su preocupación por el cambio climático. Sin embargo, no consiguen —porque no lo quieren y no les conviene— desligarse del entramado fósil. Sus proclamas van dirigidas a una adaptación contable y mercantilista, y al viraje hacia unas energías renovables que les permitan, de un modo utilitarista y cayendo de lleno en la visión en túnel de carbono, seguir creciendo en el marco de un sistema inherentemente insostenible.

BlackRock, el mayor fondo de inversión del mundo y uno de los grandes propietarios del IBEX35, es socio estratégico de la fundación que con más ahínco promociona la economía circular, la Ellen MacArthur. Ello no le impide seguir poseyendo miles de millones de dólares del capital de compañías de combustibles fósiles, como un 5 % de Repsol. En una carta de su CEO, Larry Fink, publicada en enero de 20206, el ejecutivo describía un panorama en el que las finanzas mundiales se enfrentaban a un cambio fundamental: su estrategia se dirigía ahora, según sus propias palabras, hacia la sostenibilidad. Apenas dos años después, en mayo de 2022, BlackRock anunció7 que votaría en contra de gran parte de las resoluciones sobre cambio climático que se hicieran por parte de sus accionistas, entre las que se encontraba dejar de financiar los combustibles fósiles. Como razones, esgrime que estas propuestas «no son coherentes con los intereses a largo plazo de nuestros clientes», y que si ellos se desligan de las compañías de combustibles fósiles «alguien las comprará».

Más allá de la inversión directa de fondos y bancos, el flujo de dinero que nutre las arterias fósiles de nuestra civilización tiene otras fuentes. Según el informe sobre subsidios a los combustibles fósiles realizado por el IISD (Instituto Internacional para el Desarrollo Sostenible, por sus siglas en inglés), en 2021 ascendieron a 700.000.000.000 dólares8. Setecientos mil millones, como un carísimo respirador artificial, manteniendo con vida la misma industria que nos miente, nos ahoga y solo busca su autoperpetuación, aunque sea a costa de nuestra salud y la de la biosfera. Según el informe, el 86 % de las subvenciones se otorgan al consumo, solo el 9 % a la producción, y el 5 % para servicios generales. En vez de alejarnos a toda velocidad, somos nosotros mismos quienes decidimos permanecer enganchados a un gotero lleno de un líquido negro y espeso, convencidos como estamos de que lo necesitamos para poder vivir. Pero no es así.

***

La convicción de que el futuro será un lugar en el que los combustibles fósiles tendrán un papel residual no implica que sea fácil llegar hasta allí. La desinversión, pese a que es una estrategia coherente sobre el papel, que trata de llegar a unos objetivos legítimos, adolece de un fallo estructural que dificulta hasta lo imposible su ejecución: se produce en el mismo sistema que ha engendrado la economía fósil de la que queremos huir. En la definición que ofrece el activista, escritor y profesor de ecología humana Andreas Malm en su monumental Capital Fósil, la economía fósil es «una economía de crecimiento autosostenido basada en un consumo cada vez mayor de combustibles fósiles y que por lo tanto genera un crecimiento constante de las emisiones de dióxido de carbono».

Yendo más allá de lo propuesto por Malm, es posible que sea el momento no solo de hablar del origen fósil del sistema económico actual, sino de su condición de tejido fosilizado, rígido e incapaz de adaptarse a los cambios que requiere su supervivencia. Todo nuestro sistema económico, productivo, agroalimentario, social, de ordenación territorial y hasta cultural está basado en la disponibilidad de energía barata, abundante y fácilmente transportable, en el marco de un crecimiento sostenido e infinito. Una parte de este sistema podrá nutrirse de la energía renovable, pero otra no podrá hacerlo. La tarea no es pues una mera desinversión manteniendo la dimensión económica de la civilización actual. Lo que necesitamos es una expulsión políticamente planificada y socialmente justa de los combustibles fósiles de nuestras vidas, que tenga lugar durante un proceso de readaptación del sistema económico a los límites planetarios.

Cuando el CEO de BlackRock, Larry Flink se opone a la desinversión en activos fósiles, esgrime que otro fondo de inversión los comprará. Su motivación, resulta evidente, es ganar dinero con el petróleo, el gas y el carbón, y simultáneamente hacerlo con las energías renovables. Pero señala un problema: mientras sean activos financieros atractivos a los ojos de los fondos de inversión, no habrá tal desinversión, sino un simple cambio de cromos. Así funciona el mercado global de las finanzas, y los incentivos actuales conducen a ello, porque la desinversión no se produce en el vacío, sino en un complejísimo entramado financiero que reabsorberá con extrema rapidez cualquier movimiento que trate de deshacerse de activos valiosos. Lo que

debemos hacer, pues, es que esos activos pierdan su valor y no estén disponibles.

Necesitamos una expulsión fósil que prohíba inversiones, corte los subsidios y no conceda permisos de extracción.

***

Deberíamos preguntarnos si, más allá del greenwashing, las triquiñuelas contables y las pomposas declaraciones, existe algo que podamos llamar de verdad finanzas sostenibles y no sean pura cosmética. Cuesta encontrarlas, más allá de iniciativas locales, cooperativas o pequeñas y medianas empresas con un estricto plan de responsabilidad social que vaya mucho más allá de las insuficientes memorias de sostenibilidad.

Resulta complicado, más aún cuando la propia Comisión Europea definió en 2022 al gas y la energía nuclear como inversiones verdes, dentro de su renovada «taxonomía para actividades sostenibles», que ha de dirigir las inversiones realizadas con fondos públicos en el marco del Pacto Verde Europeo. Esta clasificación nace de su «Estrategia de financiación sostenible renovada e implementación del plan de acción sobre la financiación del crecimiento sostenible», de 2018. Se podría bucear en sus disposiciones y desmenuzar los apartados de nombre pomposo y manido que llevan a callejones sin salida, pero centrémonos en uno de los mayores errores socioeconómicos que ha provocado: que dos fuentes energéticas que son incapaces de solventar la crisis energética, climática y ambiental, disfruten de los beneficios de encontrarse bajo el paraguas de la denominación de inversiones sostenibles. Podríamos aducir que la ventana temporal en la que gozarán de este estatus es limitada (2030 para el gas y 2040 para la nuclear), pero la realidad es que esto solo incentivará la aceleración de proyectos gasísticos y nucleares, quién sabe si (en el caso de los primeros) comprometiendo seriamente los objetivos climáticos de la propia Unión Europea.

Al documentarme para este capítulo, como en el resto del libro, no solo me he dirigido a textos de referencia, artículos científicos e informes técnicos; también he acudido a YouTube con asiduidad. En algunos casos, para ver vídeos que genuinamente me interesaban, puesto que allí se encuentran excelentes divulgadores y canales, o

grabaciones de jornadas y debates que resulta muy útil poder recuperar. Sin embargo, existe un particular subgénero de vídeos que ha captado poderosamente mi atención: aquellos patrocinados o elaborados por entidades públicas, fundaciones o gobiernos. Están habitualmente llenos de colorido, animaciones simpáticas o pizarras en las que nos explican conceptos aparentemente complicados. Tras algunos giros de guion y apenas un par de minutos (suelen ser breves), acabamos convencidos de que existe una solución mágica para nuestros problemas, se llame esta «economía circular» o «finanzas sostenibles». Y se concluye subrayando que la entidad en cuestión está «trabajando en ello». La realidad, por desgracia, es más complicada que un vídeo encargado a un estudio de diseño gráfico, guionizado con vergonzosas simplificaciones y trufado de infantilismos chillones.

El acrónimo ESG hace referencia, por sus siglas en inglés, a los criterios ambientales, sociales y de gobernanza aplicados al mundo de las finanzas. Su objetivo es guiar hacia la sostenibilidad a las empresas que los adopten, bien a nivel organizativo interno, bien para emitir instrumentos de financiación etiquetados como ESG. Entre ellos están los conocidos bonos verdes, los sostenibles (que engloban los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible de la ONU), los de transición (para empresas contaminantes que no puedan eliminar su huella de carbono, solo disminuirla) y los sociales. El problema, como afirma9 el profesor de economía Díaz Pérez y colaboradoras, es que este esquema se ve afectado por prácticas de eco-blanqueo, que pervierten tanto a la calificación ESG de las empresas como a la deuda sostenible. Para ello, citan a un informe de Bloomberg, en el que, utilizando el ejemplo de BlackRock, la gestora del mayor fondo ESG del mundo, se observa que la inclusión o no de una empresa en esa cartera de inversión apenas tiene relación con su impacto ambiental y social. «Solo uno de los informes de las 155 empresas ESG del índice S&P500 citaba un recorte real en sus emisiones de carbono», apostillan.

Otro ejemplo ilustrativo es el de Amazon, la quinta mayor compañía del mundo, conocida por sus prácticas de explotación laboral y ataque sistemático a los derechos de los trabajadores. En 2021, según la propia empresa, su huella de carbono aumentó un 18 % frente al año precedente, y un 40 % si se compara con 201910. Investigaciones independientes11 han demostrado que, en realidad, es un cálculo que subestima la huella real del gigante de internet, que solo contabiliza las ventas realizadas directamente por los productos propios, que representan apenas un 1 % del total de ventas. Pese a ello, Amazon sigue figurando12 entre la cartera de inversiones sostenibles de fondos calificados como ESG, como el «Fidelity Sustainable Global Equity Fund».

Incluso en el hipotético caso de que la definición de sostenibilidad que se usa en el mundo de las finanzas globales tuviese alguna relación con la realidad socioambiental, los instrumentos de los que se ha dotado son completamente incapaces de cambiar el rumbo.

***

La economía especulativa es un lugar extraño para mí. Resulta difícil orientarse entre carteras de inversión y derivados financieros, entre contabilidades creativas y catalogaciones de productos sin relación alguna con el mundo físico. Aun así, a poco que se hurgue, se obtiene la certeza de que el entramado fósil de la economía mundial sigue orientando políticas públicas, enormes inversiones y el funcionamiento de miles de empresas y entidades financieras. Utilizando de nuevo el esquema de caja negra propio de la teoría de sistemas, en el que nos fijamos en las entradas y las salidas y no en los procesos internos, podemos ofrecer dos conclusiones.

La primera es que el sistema financiero global no está virando con suficiente velocidad hacia lo que el propio sistema define como «sostenible». Ni siquiera pasando por alto las incongruencias, maquillajes y eco-blanqueos varios, el camino iniciado por el Banco Europeo de Inversiones en 2007 con la emisión del primer «bono verde» ha conseguido la inercia económica necesaria para ser verdaderamente transformador.

La segunda, que este sistema es el que sigue impulsando el aumento de concentración de dióxido de carbono en la atmósfera, las desigualdades sociales y la extrema degradación de los ecosistemas. El resultado de lo que sucede en la caja negra, que ha adquirido una dimensión descomunal —insostenible— en las últimas décadas, es el de siempre: calentamiento acelerado, precarización de la vida y resquebrajamiento de la biosfera. No es sostenible.

Querer sostener el sistema económico actual, que funciona a base de interconexiones fósiles, es perpetuar el esquema de explotación mercantilista de la naturaleza y de las personas. La transformación necesaria no es la que consiste en inventarnos nuevos tipos de bonos para que la economía especulativa siga haciendo más ricos a quienes ya lo son, sino la que conlleva, simple y llanamente, su adaptación al mundo real.

La sostenibilidad no debería consistir en dirigir el barco en el que estamos todos hacia un nuevo faro, deslumbrante pero igual de peligroso que la tormenta que se avecina, sino en soltar lastre, el reparto justo de tareas y —lo más importante— en organizar un motín contra el capitán y decidir un nuevo rumbo.

SEGUNDO INTERLUDIO

Coca-Cola patrocinará la cumbre del clima de la ONU en Egipto a final de año. La sostenibilidad «entra en las aulas de España a partir del próximo curso», según un contenido patrocinado que hace referencia a una plataforma educativa de Repsol. Arabia Saudí proyecta una ciudad lineal, Neom, de 170 km de largo y 200 m de ancho, que proclama ser futurista y sostenible. Unas semanas después: Neom, en Arabia Saudí, será la sede de los juegos asiáticos de invierno en 2029. Joe Biden, presidente de Estados Unidos, asegura que en el ejército estadounidense todos los vehículos van a ser climate-friendly, «amigables» con el clima, y que se gastarán muchos millones en ello. El ayuntamiento de Gloucester decide plantar 12.800 árboles para ser climáticamente neutra, pero la ola de calor de verano de 2022 mata a más del 95 % de ellos. La guerra en Ucrania empuja un debate sobre los criterios ESG europeos y las empresas armamentísticas. «¿Pueden las armas convertirse en una industria sostenible?», se pregunta Europa. Las empresas «cierran un pacto con el planeta», dado que «salen los números de la economía circular», según el contenido patrocinado por Repsol en el principal periódico del país.

Escribo estas líneas en octubre de 2022. Me limito a copiar noticias.

No creo que haga falta seguir.

TERCERA PARTE

«El hombre, este animal que siente tanta curiosidad por todo, prefiere hacer más indisoluble el nudo que quiere desatar, en lugar de acumular preguntas tras preguntas, de las cuales la última nos plantea siempre el problema más difícil. Si todos los cuerpos se mueven a causa del fuego, ¿quién da al fuego su movimiento?»

LA METTRIE

INSOSTENIBLE

«En un momento comprendí

Que el futuro ya está aquí».

RADIO FUTURA

El primer borrador de este libro data de 2012, aunque su título original era «Contra el medio ambiente». Entonces, en apenas una página, anoté algunas ideas que me rondaban por la cabeza. Entre ellas, algunas han sobrevivido agazapadas en el documento, hibernando hasta llegar a un 2022 en el que definitivamente han eclosionado. La mayor parte, sin embargo, han cambiado varias veces de fondo y forma, moduladas por el alud de la sostenibilidad. Repasando los temas —biodiversidad, movilidad, energía, túnel de carbono— he sentido una punzada de desánimo. Sí, es cierto, hemos avanzado y ya no estamos donde estábamos. Pero, pese a ello, nos encontramos más lejos que hace una década de los objetivos marcados, y a la vez más cerca de superar diversos puntos de inflexión planetarios, si no lo hemos hecho ya. ¿Cómo puede ser?

Porque, en la mayor parte de los casos, hemos avanzado por la calzada equivocada, desviándonos cada día un poco más; de nada sirve dar pasos si la brújula no funciona. Incluso en aquellas áreas en las que el progreso es innegable, como la penetración de las energías renovables en el mix eléctrico, este es una cuestión porcentual y no absoluta: quemamos más combustibles fósiles y, por lo tanto, emitimos más gases de efecto invernadero que hace diez años, lo que nos lleva a alcanzar y superar, año tras año, récords de concentración de dióxido de carbono en la atmósfera. El problema, sin embargo, no es tanto que vayamos por el mal camino, sino que, cegados por el destello de la ubicua sostenibilidad, pensemos que transitamos por la senda de un futuro deseable.

***

Cuando el prolífico pensador ecologista Lester R. Brow escribió su seminal Building a Sustainable Society («Construyendo una sociedad sostenible»), en 1982, la sostenibilidad se entendía de una forma distinta. Faltaban aún cinco años para que la ONU fijase su definición de «Desarrollo Sostenible» en el Informe Brundtland, de 1987, y apenas habían pasado un par de lustros desde los acalorados debates de la década anterior, con los límites del crecimiento como eje

conductor. El cambio climático, que tuvo una ventana de oportunidad para devenir un tema político de envergadura a finales los años setenta, había quedado ya postergado a una cuestión de científicos y ecologistas. También a los departamentos de investigación de las petroleras, pero eso no lo sabríamos hasta tiempo después.

Seguramente entonces el concepto atesoraba un significado mucho más profundo que el que tiene en la actualidad. Mi intención a lo largo de estas páginas no ha sido arremeter contra quienes tomaron el concepto para designar sus deseos de transformación y sus iniciativas para la disminución del impacto ambiental. A lo largo de los años he conocido activistas, académicos, políticos y técnicos —también de empresas privadas— que, bajo el paraguas que les proporcionaba la sostenibilidad, han impulsado acciones netamente positivas. Pero lo hacían gracias a su formación y convicciones previas, no a las herramientas y valores inherentes al concepto establecido de sostenibilidad.

Mi propósito tampoco ha sido el de socavar los motivos personales para hacer lo que uno cree correcto, ni desincentivar las acciones individuales que, aun pudiendo ser insuficientes, son también necesarias. De la misma manera que lo personal necesita un marco colectivo para generar dinámicas transformadoras, lo común necesita del impulso y el convencimiento de cada uno de nosotros y nosotras. Una convicción que se manifiesta en muchísimas personas, no solo en la adopción de una postura política o defensa de un discurso teórico, sino también en una forma solidaria de estar en el mundo, a veces profundamente contradictoria, pero siempre guiada por un espíritu de progreso y honestidad, conforme a unos principios valiosos y hondamente humanos.

***

En 1996 el influyente activista estadounidense Bill McKibben escribió un artículo1 en The New York Times calificando la palabra «sostenibilidad» de buzzless buzzword (juego de palabras intraducible, que podría entenderse como «palabra pegadiza sin pegada»). En el texto, exponía sus motivos para cuestionar la sostenibilidad, apuntando a sus orígenes y su incapacidad de cuestionar el crecimiento y la sobreexplotación de recursos agrícolas, minerales y energéticos. McKibben reniega del uso indiscriminado que se hacía ya

entonces del término, y profetiza —equivocadamente, como hemos podido comprobar— que el recorrido del concepto sería corto, puesto que no remite a nada familiar, como sí lo hace «crecimiento».

Quizá su error fue no anticipar las posibilidades publicitarias del término, desconocer cuán profundo podía calar la percepción social de que la sostenibilidad tiene que ver, sencillamente, con seguir como hasta ahora, pero pensando en que lo hacemos bien. Business as usual, my friend. Su propuesta, hablar de «madurez» en vez de «sostenibilidad», ha tenido un impacto nulo en la comunicación ambiental, corporativa y política. La retórica imperante, con los ecosistemas de innovación, las start-ups, la emprendeduría, el crecimiento constante y los estímulos económicos por doquier no nos hablan precisamente de madurez y sosiego, sino de la hiperactividad de quien sabe que, si para, se cae.

***

Son muchos los ámbitos en los que se pueden observar las disfunciones y las grietas del término sostenibilidad, la voluntad de apropiación por parte de quienes saben que, de haberse popularizado la sostenibilidad fuerte en vez de la débil, verían seriamente comprometidas sus actividades. A lo largo de distintos capítulos he tratado de mostrar cómo alimenta una serie de conceptos perversos, que han hecho descarrillar el tren del futuro.

La neutralidad climática es una trampa contable que retrasa la acción y legitima estrategias profundamente insostenibles. A su vez, nos lleva a pensar que podremos manejar el overshoot, una subida de temperaturas que rebase los 1,5 ºC, e incluso 2 ºC, para después volver, con tecnologías de captura de carbono que aún no existen, a un rango seguro a final de siglo. No solo importa llegar, sino también cómo lo hacemos, porque la carrera no se termina en 2100. Todo ello insertado a su vez en la imaginería popular para la cual lo único importante son las generaciones futuras, desatendiendo un cambio climático que no es solo presente, sino pasado. Generaciones venideras que vivirán en un planeta con casi 10.000 millones de personas, pero que deberán aprender que lo intrínsecamente insostenible no es el número de humanos sobre el planeta, sino sus niveles de consumo y la dimensión energética y material de la economía. Una dimensión que no puede compartimentarse e individualizarse mediante la huella de

carbono. Un cálculo que no nos sirve como guía para alcanzar la cacareada sostenibilidad, a pesar de las campañas publicitarias y los esfuerzos de las empresas responsables de la mayor parte de las emisiones y el retraso de la acción climática. Asimismo, tampoco podremos confiar en que una energía en particular —ni siquiera todas las disponibles— vengan a salvarnos y a sostener el sistema de producción, transporte y consumo actuales. Ello pone de manifiesto que debemos dejar de asimilar la transición ecológica con la transición energética, quitarnos las gafas que nos impiden ver más allá del túnel de carbono y ser conscientes de que la realidad es compleja y que, lamentablemente, hemos cruzado ya líneas rojas planetarias más allá de las que hacen referencia a la concentración de gases de efecto invernadero. Una de ellas es, sin duda, el espacio menguante que le dejamos a la naturaleza, que se encuentra cada vez con más dificultades para mantener los procesos ecosistémicos vitales y la integridad de la biosfera. Frente a ello no nos vale la intensificación de los procesos, desacoplamiento mediante, con la excusa de dejarle espacio, como pregona el Ecomodernismo, puesto que lo único que conseguiremos es seguir alimentando las causas primarias de su destrucción. Resulta también contraproducente —y moralmente reprobable— cruzarse de brazos desde los países ricos, abandonarse al catastrofismo y anunciar un colapso frente al que nada se puede hacer.

Las soluciones que la sostenibilidad ha alumbrado, como la economía circular y el culto al reciclaje como expresión tangible de esta, o una movilidad basada en el coche eléctrico, distan mucho de tener la capacidad de cambiar el sistema productivo, y no hacen más que reforzarlo. Al fin y al cabo, quienes están detrás son también quienes menos interés tienen en una transformación real del sistema económico. Ello es congruente con la vacuidad que ofrecen las mal llamadas finanzas sostenibles, apenas una devaluada medalla verde, a menudo manchada de petróleo, que casi no se ve en una pared cubierta de subvenciones a la industria fósil e inversiones para seguir extrayendo gas, carbón y petróleo. ¿Qué une a todo ello?

La sostenibilidad.

***

Retomando las palabras de Fernández Buey, mencionado en el primer capítulo al referirnos a la insostenibilidad, resulta también obligado

citar2 al socioecólogo Ramon Folch, uno de los pensadores más respetados y agudos sobre estas cuestiones:

El problema no es si seremos capaces de instaurar el concepto de sostenibilidad, sino si seremos lo suficientemente inteligentes para abordar el problema que ya tenemos instaurado: la insostenibilidad.

Estas palabras las pronunció en una conferencia de 1998. Veinticinco años después, resulta evidente que no solo no lo hemos abordado, sino que hemos conseguido darle la vuelta y ver procesos inherentemente insostenibles como virtualmente infinitos. Sostenibles.

Llegados a este punto, y una vez demostrado que el concepto actual de sostenibilidad actúa como un espejismo que nos desvía del camino y consume nuestras últimas fuerzas, es cuando planteo cuatro preguntas cruciales.

Primera

¿Vale la pena tratar de reapropiarse del término, o resulta más eficaz tomar uno nuevo?

Segunda

En ese caso, ¿por cuál lo sustituimos?

Tercera

¿Cómo lo hacemos?

Cuarta, y la más importante de todas

¿Dónde queremos llegar una vez lo consigamos?

SIGNIFICADO Y SIGNIFICANTE

«A les paraules demano camins

que ens assenderin les noves petjades».

MARIA MERCÈ MARÇAL

Ha quedado claro que «sostenibilidad», la palabra, no significa nada hoy en día. Coincido con Erik Swyngedouw cuando afirma1, categórico, que «la sostenibilidad es el significante vacío par excellence. Se refiere a todo y a nada al mismo tiempo». Y es que, en efecto, la banalización ha alcanzado ya un ensordecedor paroxismo léxico e ideológico, que nos rodea y nos confunde, inoculando ruido en nuestro juicio y homogeneizando la realidad. ¿Es de verdad irreversible?

Lo que el término trató de designar, décadas atrás, tiene valor y poder transformador. En lo que se ha convertido, no. Discrepo aquí de pensadores ambientales como Jeremy L. Caradonna2, profesor de Historia Medioambiental en la Universidad de Victoria, o el antes citado Ramon Folch. Ambos, entre otros, reivindican el valor del término y su vigencia. Con sus escritos e ideas, lúcidas y bien argumentadas, tratan de insuflarle vitalidad y significado, pero el denodado esfuerzo resulta inútil, como achicar agua de un barco que se hunde sin remedio.

La sostenibilidad no tenía por qué ser un significante vacío, y de hecho no nació como tal. Pese a que la imposición del término desarrollo sostenible frente a otros, a finales de los años ochenta, pudo leerse como una derrota en la que se redujo la carga revolucionaria del significado, era aún posible interpretarlo en clave de transformación profunda, incluso de impugnación del sistema que lo había alumbrado.

La sostenibilidad, aunque actualmente sea un significante vacío en el sentido en el que lo planteaba el filósofo y politólogo Ernesto Laclau, debería considerarse más bien como un significante vaciado. Vaciado

no por ningún proceso social que se haya producido al azar o mediante fuerzas que escapan del control humano, sino de forma deliberada con el fin de poder llenarlo según unos intereses muy particulares. Durante años se han sucedido esfuerzos conscientes y premeditados para asociar la sostenibilidad a unos patrones muy concretos de consumo, movilidad e incluso ideológicos.

La publicidad ha sido un elemento central en esta maniobra de apropiación. No solo con las grandes campañas de las empresas petroleras, como la de BP y la huella de carbono, o la de la industria plástica y el reciclaje, sino como el más claro exponente de un sistema capitalista que funciona sin atender a límites los límites del planeta. Que no sea engañosa no quiere decir que no sea nociva.

El objetivo fundamental de la publicidad es crear necesidades inexistentes, más que presentar soluciones a demandas previas, y supone una cantidad nada desdeñable de los esfuerzos y presupuestos de las empresas que tejen el entramado del capitalismo. Lo define el pensador ecosocialista Michael Löwy3 como un «Estado en el Estado», una suerte de «Estado Publicitario». Se pregunta qué hace ese Estado con su presupuesto astronómico, y responde:

Nos colma, nos inunda con su producción. Ocupa las calles, las paredes, las carreteras, los paisajes, las áreas de descanso, las montañas. Invade los buzones de correo, los dormitorios, los comedores. Ha sometido a su control a la prensa, el cine, la televisión, la radio. Ha contaminado el deporte, la canción, la política, las artes. Nos persigue, nos agrede, nos acosa, de la mañana a la noche, de lunes a domingo, desde enero hasta diciembre, de la cuna a la tumba, sin pausa, sin descanso, sin vacaciones, sin interrupción, sin tregua.

Lo que Löwy define como acoso publicitario es hoy todavía más patente que cuando escribió el texto, hacia 2012: el Estado Publicitario ha extendido sus tentáculos hasta los últimos rincones de internet, aliándose con proveedores de servicios, redes sociales y portales, con el fin de recabar datos sobre nuestras preferencias y perseguirnos allá donde estemos. Un Estado paralelo que funciona bajo los parámetros del «Capitalismo de la Vigilancia» definidos por Shoshana Zuboff4: la mercantilización de los datos personales y su transformación en una commodity, un bien económico —habitualmente un recurso—, de fungibilidad total o parcial, lo que

constituye una lógica específica de acumulación capitalista.

En palabras del sociólogo Wolfgang Streeck5, citado por Antonio Ariño y Juan Romero6, «una parte creciente de los bienes que permiten crecer a las economías capitalistas de hoy no se venderían si la gente anhelase otros sueños, hecho este que convierte a la comprensión, desarrollo y control de sus sueños en una ocupación fundamental de la economía política de la sociedad capitalista avanzada». Ese control de nuestros sueños y deseos es de lo que se ocupa el capitalismo de la vigilancia, con el fin de alimentar nuestro apetito y así, en un ciclo sin fin, el crecimiento perpetuo.

La publicidad es el departamento de relaciones públicas de la insostenibilidad. Consigue que lo individual sea más costoso y lo colectivo indeseable. Es la cara bonita del consumismo, la canción alegre con la que, cantándola, nos olvidamos de los límites, la obsolescencia, la frugalidad. Es tremendamente efectiva, incluso cuando nos creemos inmunes a ella, ya que resulta casi imposible pasar un solo día sin estar expuesto a decenas de anuncios. Todos buscan lo mismo: alimentar el deseo por lo que no poseemos, despertar necesidades y que siempre estemos insatisfechos. Es en este punto en el que nos podríamos preguntar si estamos predestinados al consumismo, si quizá la publicidad es solo la manifestación de algo más profundo, inserto en nuestro ADN, que nos impide pensar a largo plazo, tomar elecciones racionales y resistirnos a los impulsos de la gratificación inmediata.

Existe una corriente de pensamiento que, en efecto, proclama que el consumismo y la aversión a los límites es culpa de nuestra programación cerebral. Según esta tesis, defendida por investigadores en psicología y neurobiología como Sébastien Bohler7 o Thierry Ripoll8, la forma en que las neuronas de nuestro cerebro están cableadas nos abocan irremediablemente al agotamiento de recursos y la destrucción de nuestro entorno. Los sistemas de recompensa, la devaluación temporal de estas y la imposibilidad de autolimitación son algunos de los argumentos que esgrimen para apoyar su visión, según la cual los seres humanos no tendríamos escapatoria de la perversa bioquímica que maneja nuestras sinapsis.

Sin embargo, por convincente que pueda parecer a simple vista, esta es una explicación simplista, sesgada e incorrecta. En primer lugar, porque no es científicamente válida. La separación entre un cerebro «reciente» y uno «antiguo» (al que popularmente se conoce como reptiliano), fundamental para la explicación neurocientífica del cambio climático, es un mito9 alejado del funcionamiento real de

nuestro cerebro y de la evolución del sistema nervioso de los vertebrados. Pero quizá más importante aún es que, partiendo de concepciones erróneas, estas se usen para trasladar toda la responsabilidad (de nuevo) hacia el individuo. Es este, según proponen Bohler y Ripoll entre otros, el que debe ser capaz de contenerse. La necesidad de reformar las estructuras productivas y de poder que están provocando la crisis global pasa, entonces, a un segundo plano. El determinismo biológico supone, en definitiva, una barrera para la transformación del entramado socioeconómico o, lo que es aún peor, puede dar pie a imposiciones rayanas en el ecofascismo: «Lo hacemos por su bien, es que no se pueden controlar, está en su naturaleza».

El deseo, que sin duda está parcialmente anclado en la mecánica interna de nuestro cerebro, no se explica solo por reacciones bioquímicas, sino fundamentalmente por la descomunal maquinaria de propaganda de la que el capitalismo ha sabido dotarse. El acoso publicitario del que hablaba Löwy es el responsable de gran parte de los patrones de consumo actuales, no nuestra química neuronal. Necesitamos una regulación estricta de la publicidad que vaya más allá de los códigos pactados por la propia industria publicitaria, de los horarios protegidos o de las sutiles advertencias nutricionales o sanitarias. Un horizonte de futuro en el que no exista una industria cuyo único fin sea conducirnos al precipicio, cual siniestro flautista de Hamelin. Para ello, habrá que limitar qué se puede anunciar, cómo y dónde.

Algunas señales positivas, aunque tenues: empiezan a dictarse sentencias que condenan a empresas por publicidad engañosa. Es el caso de Keurig10, un fabricante de cápsulas de café canadiense, cuyos envases monodosis no eran tan reciclables como prometían. Uno de los fundadores de la empresa, John Sylvain, vendió su parte en 1997, pero se siente ahora culpable por la invención, al haber comprobado el impacto ambiental de su creación. «Da igual lo que digan sobre el reciclaje, esas cosas nunca serán reciclables», afirmó en una entrevista11. Sin embargo, ni esta contrición ni la ridícula multa de tres millones de dólares impuestas a Keurig frenarán su uso o deteriorarán la imagen de las cápsulas de café.

La regulación estricta del greenwashing debe articularse de forma proactiva, no retroactiva. Debemos dejar de ir por detrás, y condicionar activamente los mensajes publicitarios. Un avance en la buena dirección —aunque insuficiente— es la propuesta del gobierno francés12 de incluir en los anuncios de coches mensajes sobre las bondades del transporte público, compartir vehículo o desplazarse en

bicicleta. En la línea de los productos insanos o tóxicos, como el tabaco, los refrescos azucarados o la bollería industrial, deberíamos regular toda la publicidad cuyo único objetivo fuese incrementar el consumo superfluo o dañino de materiales y energía.

¿Es esto irrealizable? En absoluto. Es difícilmente implementable con una única medida, pero la realidad no se construye a base de botones mágicos u órdenes todopoderosas. No hay más que echar la vista atrás unos pocos años para asombrarse (y horrorizarse, demasiadas veces) con lo que estaba aceptado (¡y funcionaba!) en el mundo publicitario. El cambio es posible, y gran parte del talento de la industria publicitaria será extraordinariamente útil en la transición ecosocial, en la que necesitaremos buscar nuevos canales comunicativos, mejores eslóganes e imágenes que sepan transmitir los retos y posibilidades de futuro.

***

El vaciamiento del término sostenibilidad, plasmado en su abusivo y banal uso publicitario, nos indica que es ya imposible recuperarlo como brújula de futuro, como cemento para el progreso. Expresándolo como una analogía médica, nos vemos ante la imposibilidad fisiológica de la reanimación del concepto primigenio de sostenibilidad. Cuando tratamos de reivindicarlo, damos por supuesto que el significado está latente dentro del significante, aun bajo capas de greenwashing, desinformación ambiental y políticas insuficientes. Que quedan unos rescoldos que aventar para volver a prender el fuego. No es así, y no lo ha sido desde hace lustros.

Para la mayor parte de la sociedad, la sostenibilidad es hoy en día un elemento instrumental, no un discurso ético, una dimensión ambiental de su vida o una realidad biofísica. Son gestos concretos y acciones puntuales, que apelan más a la condición de consumidor que a la de ciudadano. Separar la basura en casa (que en una doble perversión —interesada— se suele confundir con reciclar), dejar el coche en el garaje de vez en cuando, ir a comprar con una bolsa de tela. Las encuestas sobre la concienciación de la ciudadanía al respecto de la crisis ambiental evidencian esta falta de información y educación ambiental: la urgencia que dicen percibir no se corresponde con el tipo de acciones que dicen haber adoptado. Ilustrémoslo con un par de ejemplos recientes.

Según una encuesta13 de 2021 realizada en Estados Unidos, España, el Reino Unido, Francia, Alemania, Países Bajos, Suecia, Polonia, Singapur y Nueva Zelanda, los ciudadanos están preocupados por la crisis climática, pero la mayoría cree que ya está haciendo más para «preservar el planeta» que nadie, incluido su gobierno. Además, según el mismo estudio, solo una pequeña parte está dispuesta a emprender cambios significativos en su estilo de vida. Resulta especialmente significativo que una gran mayoría (76 %) afirmen que aceptarían normas y regulaciones ambientales más estrictas, así como que se sienten orgullosos de lo que están haciendo «por el planeta» (74 %), y que casi la mitad (46 %) digan que en realidad no necesitan cambiar sus hábitos. Sin embargo, sitúan como la acción más importante para preservar el entorno la «reducción de basura y el incremento del reciclaje» (57 %), mientras que la reducción de carne roja (18 %) o la reducción de viajes en avión (23 %) se encuentran a la cola.

En el segundo caso, fijémonos en una encuesta14 de IPSOS realizada en agosto de 2022. En ella se concluía, según la propia empresa demoscópica, que «cada vez son más las personas que modifican sus hábitos». Como ejemplos, citaba los incrementos observados, frente a mayo del mismo año, en algunas acciones como «reciclar lo máximo posible», que pasa de un 76 % a un 79 %; «utilizar bombillas de bajo consumo», que lo hace de un 61 % a un 67 %; «conducir un coche eléctrico o híbrido», que aumenta de un 40 % a un 48 %; o «no utilizar el coche», que pasa de un 40 % a un 46 %. Más allá de errores metodológicos a la hora de presentar los resultados, cabe señalar que ya no se pueden comprar bombillas incandescentes (y por lo tanto cualquier persona utiliza bombillas de bajo consumo al cambiar las antiguas), que hace falta acotar qué es «lo máximo posible» al referirnos a la separación de la basura (y preguntarnos si es más sostenible una familia que recicla mucho u otra que no lo hace en la misma medida, pero porque no consume tanto), o que quizá la disminución en el uso del coche ha venido motivada por el encarecimiento del petróleo. Y que, además, es imposible porque ni de lejos hay tantos coches eléctricos o híbridos en España. El informe de IPSOS concluye, en este apartado, que «en consecuencia, cada vez son más las personas que se consideran activistas, personas jóvenes y en su mayoría mujeres, comprometidas con el medioambiente y dispuestas a modificar su estilo de vida para limitar su impacto en él». El titular escogido por numerosos medios de comunicación fue: «España, el país europeo más preocupado por el cambio climático».

A la luz de esta y otras encuestas actuales, pero más aún de la realidad que desborda los estudios sociológicos, resultan algo ingenuas las palabras de André Gorz en 1977. En su célebre libro Ecología y

libertad, donde ofrece algunas claves de una vigencia chocante, cita un estudio sobre medio ambiente realizado en Francia, y extrae las siguientes conclusiones:

La correlación posible entre «vivir mejor» y «producir menos» parece haber sido comprendida ya por un vasto sector de la opinión pública. Tomemos como ejemplo a los franceses: el 53 % aceptarían un frenazo del consumo y del crecimiento, a condición de que corra parejo [sic] con una nueva forma de vivir; el 68 % preferirían vestimentas clásicas y duraderas antes que estas que solo se usan durante una temporada; el 75 % consideran los envases sin vuelta [sic] y demás maxibotellas como un derroche.

Gorz asume que el clima cultural estaba cambiando y que algunas cuestiones fundamentales, como que el crecimiento no era sinónimo de bienestar, parecían haber permeado lo suficiente en la ciudadanía, tanto como para servir de sustrato a futuras transformaciones. Sin embargo, las encuestas actuales muestran, una y otra vez, que el cambio de paradigma no se ha producido y que seguimos anclados en una to do list, una lista de tareas que nos hagan sentir bien, sin cuestionar conceptos como «crecimiento», «consumo» o «bienestar».

¿Mentían los franceses en 1977? ¿O pasó algo entre medias para que las encuestas realizadas los últimos años muestren unos resultados tan desesperanzadores? Por ejemplo, que alguien les hiciese creer que no hacía falta limitar el crecimiento para construir y acordar una nueva forma de vivir; que la ropa de usar y tirar podía ser sostenible y ecológica; que el reciclaje eliminaría cualquier preocupación al respecto de la basura plástica.

La pregunta es si es posible deshacernos de esta percepción, o si está tan firmemente anclada en nuestro imaginario que no podemos extirparla.

Afortunadamente hay motivos para la esperanza.

***

La Asamblea Ciudadana por el Clima es un órgano deliberativo sin capacidad vinculante, formado por cien personas elegidas por sorteo. Empezó a funcionar a finales de 2021 y en junio de 2022 entregó al Gobierno sus 172 recomendaciones15, tras varias sesiones formativas y deliberativas. Entre ellas se encontraban algunas tan transformadoras como la propuesta de un modelo energético con control público e intervención del mercado, en el marco de una transición energética justa, democrática y con un papel protagonista del autoconsumo. Asimismo, pedían limitar los vuelos dentro del país, priorizar el tren, peatonalizaciones masivas o la limitación de las macrogranjas. Y, de forma muy significativa, demandaban explícitamente «sensibilizar sobre el concepto de decrecimiento», así como implantar, allá donde pudiese hacerse, la semana laboral de cuatro días. ¿Cómo es posible esta disonancia con las encuestas sociológicas, que periódicamente nos informan de que los españoles están muy preocupados por actuar, pero en las que solo se habla de separar el plástico en casa y cerrar el grifo al lavarse los dientes? La respuesta: educación ambiental y cultura científica. Parafraseando al escritor y humanista Joan Fuster, «toda educación ambiental que no hagamos nosotros se hará contra nosotros».

Lo que demuestra la Asamblea Ciudadana por el Clima, pese a sus problemas metodológicos y sesgos inherentes, es que, si se le ofrece una panorámica rigurosa de la realidad socioambiental, la ciudadanía entiende su gravedad. No existe tal cosa como un fatal determinismo que impida una toma de conciencia masiva: ni político, ni territorial, ni generacional, ni biológico o evolutivo.

Necesitamos urgentemente los recursos que ahora se malgastan en otros asuntos. Con lo que cuestan 100 km de autovía (España es el tercer país del mundo en red de carreteras de gran capacidad, solo por detrás de China y Estados Unidos, y por delante del resto de países de Europa), se podrían haber celebrado casi 1.400 asambleas del clima16. Con 200 km (y estamos suponiendo una orografía poco accidentada) podríamos poner en funcionamiento asambleas que llegasen a más de 300.000 personas. Pasar de unas decenas de personas que se han reunido de forma telemática a múltiples reuniones presenciales, con un alcance de centenares de miles de personas, supondría un punto de inflexión social que tenemos la obligación de explorar.

Cuando me preguntan qué podemos hacer para frenar el cambio climático y activar la transformación, siempre respondo que lo primero es dedicar presupuesto y profesionales para la educación ambiental pública, rigurosa y transformadora, que no debe

confundirse con juegos de reciclaje, campañas publicitarias o recomendaciones ancladas en un conocimiento científico ya superado.

La educación ambiental suele ser, salvo muy contadas excepciones, una partida presupuestaria tradicionalmente relegada al furgón de cola en la agenda de la transición ecológica; sin embargo, son los cimientos sobre los que se asienta toda acción futura, y el mejor escudo protector frente a la publicidad y el greenwashing. Una sociedad es tan avanzada, culta y valiente como lo es su educación. Necesitamos un plan, sólido y sostenido, para revertir los daños que décadas de desinformación y silencios han causado a las percepciones ciudadanas sobre los temas ambientales. Para alimentar la imaginación, abrir puertas, tachar imposibles y cuestionarlo todo.

También para vislumbrar futuros más allá de la sostenibilidad.

***

A la primera pregunta, «¿Vale la pena esforzarse en reapropiarse del término, o resulta más eficaz tomar uno nuevo?», debemos responder que resultará infructuoso tratar de reapropiarse del término. Tras años de uso utilitarista e interesado, los significados a los que remite el significante sostenibilidad son incapaces de analizar la realidad desde un prisma crítico, y mucho menos transformarla. La ética sostenibilista defendida por Caradonna, Brown o Folch, no se identifica ya con lo que socialmente se acepta que es.

Creo firmemente que es necesario presentar una alternativa al término sostenibilidad, conservando aquellos elementos nucleares que sean capaces de vertebrar una propuesta de futuro, emancipadora y justa. En caso contrario, nos perderemos en debates interminables sobre lo que es o no sostenible, cuando lo único que realmente existe es la insostenibilidad. Así que nos toca designar un nuevo significante.

¿Pero cuál?

NOMBRAR LO DESCONOCIDO

En su relato Setenta y dos letras el escritor de ciencia ficción Ted Chiang dibuja un mundo en el que los nombres animan a las cosas. Un muñeco de arcilla, estático y por completo inanimado, puede devenir un útil ayudante o distracción, si se le imprimen los epítetos adecuados. El protagonista del relato, Robert Stratton, «no disfrutaba tanto amasando las figuras como descubriendo los límites del nombre. Le gustaba comprobar cuántas variaciones podía realizar sobre el cuerpo antes de que el nombre ya no pudiera animarlo». El mundo que inventa Chiang depende, por consiguiente, tanto de los nombres como de la realidad que podemos tocar. Sin un nombre adecuado no hay movimiento ni cambio.

La realidad en la que vivimos comparte la importancia del nombre. Si no se nombra correctamente, un producto se venderá poco. Si no se le adhieren las etiquetas adecuadas, un destino turístico quedará sepultado bajo un alud de ofertas infinitas, a cada cual más atractiva. Si no se acuña el eslogan que consiga llegar a los votantes, un partido político corre el riesgo de que su programa electoral se desvanezca. Si somos incapaces de designar una alternativa a la sostenibilidad, capaz de insuflarle carisma y profundidad, de nada nos valdrá perdernos en debates teóricos.

***

¿Qué queremos designar? Si lo que queremos es moldear el campo semántico de la alternativa a la sostenibilidad, lo primero es saber a qué no nos queremos referir.

Crecimiento, porque remite al actual marco capitalista, es inherentemente incompatible con el sentido profundo de la sostenibilidad y es una de las aristas más cuestionables del desarrollo sostenible. Si seguimos poniendo el crecimiento, tal y como lo conocemos, en el centro del dilema y como parte inalienable de la respuesta, esta nunca funcionará.

Estabilidad, porque sabemos que frenar el crecimiento para estabilizar la economía no será suficiente. Remite a una meta engañosa, en la que se habrá alcanzado un supuesto óptimo, que nos legitimará para seguir haciendo lo mismo que nos condujo hasta allí.

Verde, porque es demasiado genérico. Ha sido cooptado por multitud de iniciativas y estrategias vacías, partidos políticos que no hacen honor a su nombre u organizaciones que lo son todo, menos verdes. Entre ellas, el Grupo Español para el Crecimiento Verde, cuyo lema es «Impulsando una economía sostenible, circular y eficiente», y que está formado por, entre otras empresas, Endesa, LafargeHolcim, Santander, Sacyr, Iberia o Iberdrola.

Resiliencia, porque ha sido manoseada hasta la náusea hoy en día. Proviene del mundo de la ecología, en el que tiene un significado claro y útil: la capacidad de un ecosistema o una comunidad biológica para absorber una perturbación y volver al estado inicial. Sin embargo, y tras su apropiación por la psicología y la sociología, ha devenido en demasiadas ocasiones un término que culpabiliza al individuo, a quien se le hace sentir que suya es la responsabilidad de adaptarse a las disfunciones y fallos del sistema. Promueve el individualismo, el aislamiento, y la ceguera hacia las cuestiones sistémicas. Como proclamó1 Tracie L. Washington, del Instituto de Justicia de Louisiana, «Deja de llamarme resiliente. Porque cada vez que dices “Oh, son resilientes”, significa que puedes hacerme algo más. No soy resiliente».

¿Y lo que sí queremos nombrar?

Un listado incompleto:

– Bienestar

– Biosfera

– Común

– Cuidados

– Decrecimiento

– Democracia

– Descentralización

– Esperanza

– Equilibrio

– Futuro

– Justicia

– Planificación

– Posibilidad

– Realismo

– Regeneración

Casi todos los movimientos enraizados en la construcción de alternativas al sistema actual se basan, de una forma u otra, en alguno de estos términos y otros equivalentes. Las visiones y las voces dispares quizá sean irreconciliables en algunos aspectos, pero en esta amalgama están los andamios del futuro. La pregunta es cuál será el sostén principal.

De todo el listado, la que destaca con más fuerza es «decrecimiento», porque es capaz de nombrar una alternativa, contraponerse al paradigma crecentista y englobar otros significantes. Es inequívocamente más concreto que sostenibilidad, dado que nombra su objetivo desde el principio. Además, a diferencia de esta, no es binario, sino gradual, lo que resulta crucial. Se puede ser poco o muy decrecentista, mientras que los procesos y sistemas son sostenibles o no lo son, sin posibilidad de estadios intermedios.

El término decrecimiento fue acuñado por André Gorz2, en un debate del 13 de junio de 1972, organizado por la revista Le Nouvel Observateur (de la que era fundador), y a raíz de la publicación del entonces reciente informe sobre los límites del crecimiento por parte del MIT:

El equilibrio global, del cual el no-crecimiento —o incluso el decrecimiento— de la producción material es una condición, ¿este equilibrio global es compatible con la supervivencia del sistema?

En junio del mismo año, Le Nouvel Observateur editaba un monográfico titulado «La dernière chance de la Terre» («La última oportunidad de la Tierra»), en el que una pléyade de intelectuales vertía sus opiniones y análisis sobre la crisis ambiental, así como sobre el tour de force del sistema capitalista, que ya entonces se percibía como un peso insoportable para el andamio biofísico del planeta. Resulta inspirador leer las páginas de esta revista publicada hace cincuenta años; también es frustrante, sin embargo, comprobar cómo

algunos de los diagnósticos que pueden leerse en la revista tienen una dolorosa vigencia. El propio Gorz, bajo el pseudónimo de Michel Bousquet, apunta en su artículo «Los demonios de la expansión»3, una de las críticas fundamentales al concepto no nato de la sostenibilidad actual. Dirigiéndose al lector, le pregunta:

Pero ¿quién le habla de detener el crecimiento? ¿Cree usted que de verdad basta con estabilizar a su nivel actual el consumo, por parte del mundo industrial, de recursos irreemplazables? Se trata de reducir ese consumo [...].

La noción de un decrecimiento que debía ir más allá de un mero freno estaba, pues, presente entonces, y no solo en el pensamiento de Gorz. El economista Timothée Parrique traza una sugerente y muy documentada historia del pensamiento decrecentista en su libro Ralentir ou périr: l'economie de la décroissance («Ralentizar o perecer: la economía del decrecimiento»). En esta historia queda constancia de las múltiples voces que, en los últimos cincuenta años, han cuestionado el dogma del crecimiento —central en el desarrollo sostenible— y propuesto alternativas.

En este sentido, también arrojan luz las palabras del filósofo Jorge Riechmann al respecto de la crisis ecosocial, en la introducción4 de una obra sobre el biólogo y pensador Barry Commoner: «De hecho, los debates en los años sesenta y setenta sobre esta cuestión eran casi siempre más abiertos y lúcidos, y menos denegadores de la realidad, que los de los años ochenta y noventa, cuando se abatió sobre la humanidad la larga noche neoliberal».

Un claro ejemplo de esto es el de Sicco Mansholt, presidente de la Comisión Europea entre 1972 y 1973. Semanas antes de acceder al cargo, en febrero de 1972, cuando era vicepresidente y Comisario de Agricultura, escribió una carta al entonces presidente de la Comisión Europea, Franco Maria Malfatti. El economista Martínez Alier la rescata en un artículo5, destacando algunos párrafos que solo pueden ser calificados de valientes y visionarios, más aún si se tiene en cuenta que quien los escribía estaba por devenir presidente de la Comisión Europea. Mansholt aboga por «una planificación central fuerte y un alto grado de descentralización»; asume que la sociedad «no puede estar basada en el crecimiento del sector material»; aboga por el «mínimo uso necesario de recursos energéticos»; afirma que «toda la

investigación se ha dirigido al crecimiento» y que, por contra, «deberíamos dirigirla a la utilidad y al bienestar»; y, de forma muy destacada, subraya que para «compensar la baja de riqueza material, incrementar la provisión pública de desarrollo espiritual y cultural, y el cuidado cultural».

Pero, ¿qué es realmente el decrecimiento? Parrique ofrece en su libro una definición canónica:

El decrecimiento como una reducción de la producción y del consumo con el fin de disminuir la huella ecológica, planificada democráticamente dentro de un espíritu de justicia social y la preocupación por el bienestar de las personas. [se dirige a] El poscrecimiento: una economía estacionaria en harmonía con la naturaleza en la cual las decisiones son tomadas conjuntamente, y donde la riqueza está equitativamente repartida con el fin de poder prosperar sin crecimiento.

¿Es ahí donde queremos ir?

***

No se debería romantizar lo que supone el decrecimiento, aunque a nivel teórico tenga sentido en sus vertientes ambiental y social. Simplificar la vida y tener menos de todo será un proceso que no emprenderíamos si no nos encontrásemos ante una emergencia ambiental, aunque haya más motivos que esta para hacerlo. Es necesario asumir que a una gran parte de la sociedad no le va a gustar el decrecimiento, ni se va a sentir aliviada por poseer menos bienes de consumo, ni va a agradecer una oferta más reducida que la actual en el supermercado, las tiendas de electrodomésticos o en la agencia de viajes. Debemos decirlo abiertamente frente a quienes caen en una suerte de pornografía del decrecimiento, absolutamente incapaz de conectar no ya con el 90 % de la ciudadanía, sino ni siquiera con una parte significativa de quienes están preocupados y dispuestos a actuar en un país rico, como España.

Será duro, será desagradable, pero será justo, si lo llevamos a cabo con

mecanismos verdaderamente democráticos. Esto implicará que algunas personas sin recursos suficientes no solo no decrecerán, sino que seguirán incrementando su consumo de energía y materiales, de acuerdo con una lógica solidaria. Para ponerla en marcha necesitamos un cambio de estructuras, porque el decrecimiento en el actual sistema capitalista implica únicamente pobreza y sufrimiento para los más pobres, y acumulación para los más ricos.

Lo hemos visto, entre otras, con la crisis ocasionada por la pandemia de la COVID-19, en la que mientras la economía pegaba un enorme frenazo, empobreciendo así a millones de familias, los ricos experimentaron el mayor incremento de patrimonio de la serie histórica6. Decrecer en el capitalismo fósil significa, para la inmensa mayoría de las personas, vivir peor.

Necesitamos por lo tanto cambiar el motor del sistema, dotarlo de nuevas normas y también de una mejor planificación.

***

La economía planificada, tras su estigmatización por la asociación con los planes quinquenales soviéticos, ha vuelto al debate político, económico e intelectual. Denostada por quienes defendían que el libre mercado en una economía capitalista era dinámico y eficiente, la planificación se revela ahora, ante el estrepitoso fracaso de la doctrina neoliberal, como una herramienta imprescindible para pensar en el futuro.

La planificación que hoy necesitamos para abordar la emergencia ambiental requiere plantear nuevos objetivos, audaces e incómodos. Entre ellos, el principal es sin duda una redistribución de la riqueza que evite sufrimiento y proporcione una vida buena a toda la ciudadanía. La desvinculación, en definitiva, del trabajo de la posibilidad de vivir una vida libre y plena, mediante instrumentos como la Renta Básica Universal o la disminución del tiempo de trabajo, de la que la semana laboral de cuatro días es solo una avanzadilla. Garantizar las condiciones estructurales necesarias para la elección en libertad de nuestro camino vital, pese a que algunos se afanen en asimilar, errónea e interesadamente, capitalismo y libertad.

También es obligado planificar cómo nos alejamos del PIB como único indicador del bienestar. Año tras año, este número simplista e ineficaz

cuelga sobre nuestras cabezas como una guillotina, indicándonos si lo hacemos bien o mal. Y, sin embargo, parejo al crecimiento del PIB de las últimas décadas, la gran mayoría de la población de los países occidentales ha decrecido en derechos, en libertad personal, en servicios sociales, en tiempo disponible para uno mismo, en cultura y en relaciones interpersonales.

Debemos planificar de forma democrática y descentralizada, elementos esenciales en cualquier propuesta no ya decrecentista, sino de progreso. Resulta crucial impulsar todos los canales de la democracia participativa y crear otros nuevos, y que este proceso se produzca no solo en nodos de poder, sino a lo largo y ancho de todo el territorio, atravesando todas las clases sociales. Habrá que sobreponerse a fracasos parciales, como la bajísima participación ciudadana que puede observarse en multitud de procesos, tales como las votaciones de presupuestos participativos en la mayor parte de los municipios que los han implementado. La descentralización, tanto vertical como horizontal, no se producirá con una simple delegación de poder, sino con el aumento de la cultura democrática y participativa de la ciudadanía, y de la puesta a su disposición de los medios para ejercerla.

Planificar también para racionar, porque solo existe una forma justa de asignar un recurso limitado: evitar que quien más tiene pueda hacerse con una proporción desmesurada de los mismos. Y eso es racionar, pese a las reminiscencias negativas (más que comprensibles) que comporta su mera mención. El término «sobriedad» podría resultar más amable, y es por ello que fue el escogido por el gobierno francés en octubre de 2022 para presentar su plan7 de «Sobriedad Energética», en la línea de la alocución del presidente francés, Emmanuel Macron, sobre el fin de la abundancia. Pero no es lo mismo la sobriedad personal que un reparto democrático, justo y colectivo, y debe señalarse a quien intenta inducir a confusión.

Es innegable que, para la abrumadora mayoría de la ciudadanía, el racionamiento evoca una historia de miseria y guerra, y su incorporación a documentos y discursos oficiales aún resulta extremadamente compleja. Sin embargo, sería un error relacionar únicamente el racionamiento con las catástrofes y las épocas de penuria, en las que la supervivencia depende de dosificar adecuadamente alimentos, agua y medicamentos. Para contribuir al proceso de impugnación de la sostenibilidad, que promete una cornucopia infinita a base de energía limpia y economía circular, será necesario resignificar el concepto del racionamiento como un mecanismo para mejorar las condiciones de vida. En definitiva, una

herramienta de equidad y redistribución justa.

Debemos dejar sin extraer más del 60 % de las reservas de petróleo y gas, y el 90 % de las de carbón8, si queremos tener una oportunidad para quedarnos por debajo de un aumento de temperaturas de 1,5 ºC. Vamos a disponer de menos energía. También de menos minerales críticos para la transición energética, y veremos cómo las energías renovables compiten con el coche eléctrico por ellos. ¿Cómo lo repartimos? Esa es la pregunta clave.

Las aproximaciones basadas en el precio han resultado insuficientes hasta el momento y, aunque seamos capaces de orientarlas mejor —hay margen de mejora—, siempre acabarán tropezando con la barrera del reparto desigual en función de la capacidad económica. La asignación de recursos que se apoye, de una forma u otra, en el poder adquisitivo será siempre desigual, por definición. Aunque el objetivo sea legítimo (desincentivar el consumo o disminuir la movilidad más contaminante), implantar barreras de acceso únicamente en el precio es injusto e ineficaz. Así, mientras algunos bienes y servicios no necesitarán ser racionados —entre ellos los relativos al «cuidado cultural» que proponía Sicco Mansholt—, otros requerirán la consideración de derecho: vivienda, agua, alimentos, energía, tiempo. Deberán ser racionados para asegurar que sean compartidos.

El proceso de definición de las distintas categorías y de lo que corresponde a cada persona será complejo y generará fricciones. Una de las propuestas, planteada ya hace tiempo, es otorgar a cada ciudadano una tarjeta de créditos de carbono, cuyo valor total menguaría en función de las emisiones asociadas a los bienes y servicios adquiridos. Sin embargo, y a pesar de que algunos de los esquemas planteados consideran la posibilidad de vender los créditos de carbono sobrantes, estas tarjetas deberían ser personales e intransferibles. Debe evitarse la aparición de un mercado secundario, en el que quien pudiera pagarlos acumulase los créditos que los más pobres no pudieran gastar, volviendo así al injusto punto de partida.

Otras ideas exploran las posibilidades de subir el precio de los bienes y servicios más contaminantes, con el fin de internalizar las externalidades negativas y, posteriormente, aplicar políticas redistributivas mucho más profundas que las actuales, para paliar los efectos que el aumento del coste de estos productos tendría en su bienestar. También está quien propugna una asignación directa de recursos, pero no únicamente basada en una contabilidad de carbono, que puede tornarse inmanejable. Los mecanismos institucionales, burocráticos y hasta individuales que se pondrán en marcha con el

racionamiento serán de una extraordinaria complejidad, pero la clave de su éxito estará en un cambio cultural que es ya inaplazable, y que está siendo boicoteado por las falsas promesas de la sostenibilidad.

Necesitamos construir una nueva imagen de la planificación y del racionamiento, con el objetivo puesto en compartir y disfrutar. Que nos remita a la posibilidad de llevar una vida plena en el ahora y de continuarla en el futuro. Que reivindique el gozo de la vida y la maravilla de la conexión humana. Escribe el filósofo Daniel Innerarity en un artículo9 de octubre de 2022:

No superará la izquierda este antagonismo que le es tan desventajoso mientras no formule una idea diferente del placer, al que ha venido considerando como algo individualista y burgués. En un marco dominado por el consumo, el placer solo aparece como un principio de confirmación del orden social. Pero la izquierda podría pensar el placer como un placer consciente de sus límites y que encuentra su autenticidad e intensidad en el compartir.

Compartir para gozar y sabernos vivos, humanos. No solo para garantizar nuestra supervivencia.

***

Reconozco que las últimas líneas pueden parecer demasiado optimistas, algo naíf, fríamente teóricas; alejadas, en fin, del día a día de millones de personas. Irrealizables. Es una tarea común que dejen de serlo. El decrecimiento no impugna los logros parciales que ha conseguido el crecimiento en algunas partes del mundo, impugna su capacidad para mantenerlos y distribuirlos de forma justa. Lo que se plantea es que ese paradigma debe cambiar, porque no es, de ninguna forma, sostenible.

Y un punto de apoyo para propiciar ese cambio, al que no podemos renunciar, es un significante que sea asumido como brújula por una vasta mayoría de la ciudadanía. «Decrecimiento» no lo es en este momento, y es extraordinariamente difícil que se convierta en un término tan usado y aceptado como lo es ahora «sostenibilidad». Por

más que nuestra sociedad se encamine, quiera o no, a un decrecimiento global en el uso de materiales y energía, mencionarlo abiertamente es como blasfemar a voz en grito en una iglesia.

La brecha existente entre la percepción de lo que implica el decrecimiento es vastísima en función del grupo social al que nos dirijamos. Lo que para ciertas personas es un elemento esperanzador, totémico e irrenunciable, para gran parte de la sociedad es un despropósito misantrópico, que va contra toda evidencia y les agrede directamente, golpeándoles en su identidad, valores y creencias. La Asamblea Ciudadana para el Clima, recordemos, identificó claramente la necesidad de «sensibilizar» sobre el decrecimiento, pero ¿será esto suficiente?

Por mi experiencia, que no puedo extrapolar pero sí compartir, sé que las resistencias son descomunales. El simple hecho de nombrar el término, especialmente en foros con un público ajeno a la dimensión de la crisis global o al mundo del activismo ecologista, conduce a debates improductivos o rechazos frontales, cuando no a descalificaciones personales. Lo que en algunos círculos académicos o activistas es una discusión fértil, asentada sobre una realidad incontestable (la disminución de recursos disponibles y la finitud de nuestro planeta), se torna un campo de minas para la comunicación ambiental en cuanto se sale de ciertos ambientes, más parecidos a una cámara de eco que a un ágora. El confinamiento a estos espacios autorreferenciales ha provocado, en no pocas ocasiones, un exceso de confianza de quienes los frecuentan, sobreestimando las posibilidades de inoculación social de la ética decrecentista.

A mí me asaltan las dudas, lo admito. No hablamos del significado, sino del significante: la palanca comunicativa, el instrumento para la hegemonía cultural. ¿Puede desempeñar ese papel la palabra decrecimiento? Probablemente no.

Formulemos pues la misma pregunta que con «sostenibilidad»: ¿vale la pena tratar de posicionar el término «decrecimiento» en la agenda pública? ¿Seremos capaces de vencer las resistencias que ahora son casi imposibles de superar? Más importante todavía: aunque tengamos las herramientas, ¿podremos conseguirlo a tiempo?

El debate sigue encendido todavía hoy, tras años de fructíferos intercambios e investigación científica. Algunas de las críticas, que se formulan desde la cercanía conceptual y académica, apuntan directamente al nombre, como las formuladas por la economista Kate Raworth10, quien recalca que el decrecimiento opera dentro del

marco de aquello que quiere derrotar: al crecimiento. Y eso, según el trabajo del lingüista cognitivo George Lakoff, compromete enormemente las posibilidades de triunfar en la contienda lingüística y conceptual. Raworth cuestiona otras facetas del término, como el ser una «palabra misil», que dinamita la conversación una vez aparece, o que el propio nombre oculta los debates subyacentes.

En una respuesta a estas críticas, el también economista Giorgios Kallis11 defiende, acertadamente, que el decrecimiento no es cooptable por el sistema actual, que la comunidad que lo defiende es vibrante y dinámica, que remite a parcelas de la vida humana que no debemos rechazar, como el duelo, el sacrificio, el cuidado o el honor. «La vida no es solo sentirse mejor», apostilla. Y, aunque tenga razón, que la tiene, este significado del decrecimiento dificulta, y de qué manera, su popularización.

Según los investigadores Stefan Drews y Mikós Antal12, en un artículo en el que evalúan la posibilidad de que el decrecimiento ocasione lo que se conoce un efecto «backfire» (es decir, que salga el tiro por la culata y se refuercen las creencias previas), concluyen que el uso de la palabra «decrecimiento» puede ser desventajoso:

Los juicios instantáneos negativos del decrecimiento pueden inconscientemente conducir a un posterior procesamiento desfavorable de la información y evaluación, congruente con el sentimiento negativo inicial. Hay razones cognitivas fundamentales por las que la percepción inicial hacia el decrecimiento es predominantemente negativa. Según metáforas básicas y universales, «arriba es bueno» mientras que «abajo es malo», y el crecimiento está asociado con arriba (por lo tanto, bueno) mientras que el decrecimiento suena como bajar (por lo tanto, malo). Por lo tanto, incluso con un gran esfuerzo para educar al público, parece extremadamente difícil convertirlo en un término que sea juzgado positivamente por una amplia audiencia. Además, la mayoría de las personas que no están familiarizadas con el decrecimiento lo interpretará lógicamente como contracción económica (reducción del PIB). Es probable que esto provoque ansiedad y resistencia —tanto para las razones conscientes como inconscientes—. Como resultado, pocas personas comenzarán a pensar sobre un futuro sin crecimiento cuando confronten el término.

La popularización del significante «decrecimiento» parece, sin duda, complicada.

***

Aproximémonos desde otra dirección. ¿Qué obtenemos si aglutinamos todos los significados listados al principio del capítulo? Vayamos desde abajo hacia arriba.

Obtenemos una biosfera en regeneración, en la que nos encontramos en un equilibrio metaestable, no en una estabilidad esclerótica. La esperanza de transitar hacia un futuro justo y que sintamos como común, en el que las decisiones se tomen de forma democrática y descentralizada. Una planificación para el decrecimiento en términos biofísicos, pero que favorezca y nutra el crecimiento en cuidados, tiempo y bienestar. El lúcido realismo de lo que es posible.

Es común escuchar o leer alguna variación de la frase «Lo ecológicamente necesario es políticamente *socialmente* institucionalmente (casi) imposible». Resulta obvio que esta dolorosa disyuntiva no se plantea únicamente en la dimensión ambiental del mundo. La sentencia, cambiando el primer sintagma, es aplicable a las relaciones laborales, los sistemas de protección social, las relaciones Norte-Sur o la existencia de ejércitos y conflictos armados. Que lo social o institucionalmente deseable sea percibido como irrealizable no es nuevo ni excepcional, pero en el caso de la crisis ambiental lo abarca y lo condiciona todo.

Como reflexiona el antropólogo Emilio Santiago13, el motto de la transición debe ser «Tanto decrecimiento como sea posible, tanto Green New Deal como sea necesario». Por «Green New Deal» deberíamos entender todo aquel crecimiento que se inscriba en el sistema actual, pero que vaya destinado a superarlo. Puede existir un crecimiento para la autoperpetuación (sostenibilidad) o para la impugnación (poscrecimiento). Urge orientarlo hacia lo segundo, aunque seguimos necesitando un significante; un resorte que active el cambio. Un concepto al que poder dirigirse, como lo fue en un primer momento sostenibilidad, que no sea fácilmente cooptable por los nódulos empresariales del sistema capitalista, pero que a la vez pueda ser ampliamente compartido por la sociedad.

Creo firmemente que el núcleo del nuevo significante tiene que

nombrar un bienestar común, planificado y posible. Ningún elemento se puede alcanzar sin el resto: el bienestar no puede ser común y posible si no se planifica. Lo común implica planificación y distribución justa, adaptación a los límites de lo posible y el foco siempre en el bienestar. La planificación solo tiene sentido si la ejecutamos para la sociedad en su conjunto, buscando el bienestar posible dentro de los límites biofísicos del planeta. Lo posible debe serlo para todos y todas.

En este punto, podríamos empezar a jugar con el lenguaje, e inventarnos palabras nuevas, como «biensibilidad», «complansibilidad» o «posibienestar». Pero no es mi objetivo, en este texto, ofrecer un sustituto del término sostenibilidad, que difícilmente tendría capacidad de plantarle cara, y correría asimismo el riesgo de ser ridiculizada o banalizada.

La adopción de un significante válido es un asunto que lleva tiempo siendo discutido. En el artículo citado de Drews y Antal, donde dudan de la efectividad y fortuna del marco decrecentista, proponen que las alternativas al decrecimiento se pueden agrupar en tres grupos. El primero son aquellos que siguen nombrando el concepto de «crecimiento» pero que, en su opinión, no se ven afectados por los problemas y debilidades del «decrecimiento»: «poscrecimiento», «después del crecimiento» o «prosperidad sin crecimiento». El segundo lo constituyen los términos relativos a los diferentes tipos de economías, como «economía verde», «economía sostenible», «nueva economía» o «economía del estado estacionario». El tercer grupo, por último, lo integran eslóganes más amplios, que van más allá de la economía y el crecimiento: «buen vivir», «buena transición», «mejor vida» o «prosperidad simple».

Creo que es muy probable que la llave para el cambio se encuentre en este último grupo.

***

Podría argumentarse —con razón— que no hace falta inventar nada nuevo, porque la esencia de un bienestar común, planificado y posible ya está contenida en el Decrecimiento sostenible, planteado por Martínez Alier y colaboradores en un artículo14 de 2010. La propuesta llegó hasta la Comisión Europea al poco de formularse, pero

desde entonces ha perdido fuelle (o sencillamente ha sido asimilada por el decrecimiento sin adjetivar).

También es cierto que resulta aparentemente mimético con lo que propone el ecosocialismo (que a su vez contiene el concepto de «decrecimiento», y lo amplía), una doctrina inspirada en el marxismo que da continuidad al socialismo democrático, desde postulados poscapitalistas, no crecentistas y de justicia social. Se sustancia, entre otros documentos fundacionales, en el manifiesto15 Por una alternativa verde en Europa, de 1990, y posteriormente en un breve texto16 de Joel Kovel y Michael Löwy en 2001, que el propio Löwy retoma y amplía posteriormente en un ensayo en el que, más allá de la declaración de intenciones, pregunta17 «¿Qué es el Ecosocialismo?».

En un desarrollo paralelo, y con el empuje de haber devenido un fenómeno de masas en Japón en 2021, el filósofo Kohei Saito propone18 una relectura de Marx a través de su pensamiento ecológico. Un enfoque sin duda novedoso, dado que el marxismo tradicional, a través de su propuesta del enriquecimiento de la vida de los trabajadores mediante el control de los medios de producción, se consideraba incompatible con la noción profunda de decrecimiento. A pesar de la solidez intelectual de los planteamientos expuestos, que se sintetizan en la idea de un «comunismo decrecentista», este apenas dista de las aproximaciones del decrecimiento sostenible y del ecosocialismo.

Aunque tienen cualidades y desde luego un discurso interno mucho más coherente y realista que la acepción actual de la sostenibilidad, me temo que ni el decrecimiento ni el ecosocialismo, así como tampoco el comunismo decrecentista, tienen los puntos de anclaje suficiente para ganar tracción social. Son significantes que no operan en el mismo plano de realidad que sostenibilidad, que remite a algo positivo y futuro, aunque sea de forma engañosa. Y son, por tanto, incapaces de sustituirla, aunque ello nos contraríe.

Debemos seguir buscando el nombre que insufle vida y movimiento al futuro.

LA CONVERSACIÓN

¿Cómo llegamos a un estado de bienestar común, planificado y posible, sea cual sea el sustantivo que adoptemos finalmente? El bienestar común impugna el «sálvese quien pueda» que propugna el capitalismo, la planificación democrática se contrapone a la economía de libre mercado y lo posible choca frontalmente contra los múltiples tecnooptimismos presentes hoy en día (movilidad, captura de carbono, energía infinita) y contra el menosprecio político y social de los límites.

El tránsito no será fácil, ni evidente. Yerra quien apela a un resorte único, a un botón mágico: lo que subyace al tecnooptimismo no se manifiesta solo en el culto a la tecnología, sino también en el sectarismo político y el determinismo social. Incluso en el deseo de quienes, compartiendo el diagnóstico de que el sistema capitalista y el crecimiento (sin el cual aquel no puede funcionar) son los principales impulsores de la crisis actual, piensan que con su simple caída —que les parece inevitable debido a sus crisis e incoherencias internas— se solucionará todo mágicamente. No es así.

***

Quienes comunicamos de una forma u otra la crisis climática nos hemos planteado durante años qué tipo de mensaje debíamos dar. ¿Optimista? ¿Esperanzado? ¿Pesimista? ¿Alarmista? ¿Revolucionario? ¿Posibilista? No hay respuesta correcta.

En los últimos años, la comunicación climática ha pasado por distintas fases. Desde un catastrofismo inicial que quería servir de despertador de conciencias, hasta una divulgación aséptica, que se apoyaba en la tesis de que con la simple transmisión de la realidad científica a la ciudadanía esta reaccionaría. Hemos visto también sugerir soluciones mágicas que casi podrían pasar por cortes comerciales de empresas energéticas, y otros que apenas se diferenciaban de un capítulo de libro de autoayuda; algunos, incluso, parecían extractos de un catecismo verde.

Estudios recientes1 (aunque limitados y necesitados de investigaciones futuras) apuntan a que la motivación para mitigar el cambio climático puede verse menoscabada por mensajes demasiado optimistas o que subrayen el progreso realizado, al reducir la percepción del riesgo. Es lo que ocurre con el tipo de mensajes que promueve la cultura actual de la sostenibilidad. Sin embargo, la angustia o la rabia, que durante tiempo fueron relegadas, pueden canalizar adecuadamente los deseos de acción sin reducir su eficacia. El éxito viral de los encendidos discursos de Greta Thunberg parece apuntar en esta dirección, al menos en determinadas capas sociales y de edad.

Esta rabia se expresa también en episodios como el sucedido el 14 de octubre de 2022. Unas activistas de Just Stop Oil, una organización que aboga por la paralización de nuevos proyectos de extracción de gas y petróleo en el Reino Unido, lanzaron sopa de tomate sobre el famoso cuadro Los girasoles de Van Gogh, en la National Gallery de Londres. La finalidad de la acción, según las activistas, era hacernos pensar qué nos importaba más, si la protección de un lienzo o la del futuro de la humanidad. Huelga decir que al cuadro no le ocurrió nada, gracias al cristal; pretendía —y así fue— ser una acción usando el objeto de arte, no yendo contra él. Sin embargo, las reacciones inmediatas, incluso en el mundo del activismo climático, oscilaron en su mayor parte entre la incomprensión y el rechazo visceral, con muy pocos apoyos de calado. Quizá, pese a la controversia generada (o puede que gracias a ella), las activistas sí consiguieron su objetivo principal, iniciar una conversación, que se prolongó durante varios días, debido también a las sucesivas acciones en otros museos o concesionarios de coches de lujo.

Se produjo un debate rico en matices, aún inacabado, en el cual se cuestionó por qué nos repugnaba ver puré de patata cubriendo un cuadro de Monet y, sin embargo, no nos escandalizábamos ante la deforestación de las selvas primigenias. Por qué no reaccionamos airadamente cuando una empresa minera alemana, RWE, derroca una basílica neorrománica del siglo XIX y desplaza a todo un pueblo, con el único fin de seguir extrayendo lignito de una mina monstruosa. O cuando un millonario quema un dibujo original de Frida Kahlo para digitalizarlo y venderlo como NFT. Por qué nos parece más intolerable derramar zumo de tomate sobre La joven de la perla, de Vermeer, que condenar a la miseria a los habitantes del Delta del Níger, una de las regiones más contaminadas del mundo por culpa de la extracción de petróleo. Qué sentido tienen los museos en un mundo que se hunde en el lodo fósil, que aniquila vida y futuros.

Estas contraposiciones pueden parecer falaces a primera vista. Uno

puede abominar de lo que han provocado los campos petrolíferos alrededor del mundo y, simultáneamente, sentirse más que indignado al ver cómo se agrede —aunque sea simbólicamente— una obra de arte que admira y conoce. Pero es innegable que estas acciones ponen de manifiesto contradicciones profundas y obliga a un cuestionamiento incómodo de nuestros valores y prioridades. De hecho, parte de la evidencia empírica disponible2 apunta a que, en algunos casos, tácticas radicales del activismo pueden incrementar el apoyo de las facciones moderadas, aunque está por ver si se trata de un ensanchamiento del movimiento o de trasvases internos.

Es muy posible que la desobediencia civil no violenta y protestas como la descrita desempeñen un papel clave en este punto de inflexión social, pero también conllevan riesgos en cuanto al alcance y sentido de la movilización, más allá de los convencidos y afines. No tanto por su legitimidad (indiscutible) o las reivindicaciones planteadas (que lamentablemente quedan, en algunas ocasiones, en segundo plano), como por el hecho de que suceden en un momento en el que la balanza se puede inclinar hacia cualquier lado.

Se apela con frecuencia al «3,5 %», el porcentaje de la población activamente implicada en un movimiento de protesta que puede provocar cambios de calado, incluso derrocamiento de regímenes. El dato fue popularizado por Erica Chenoweth3, y sirve de guía a distintos grupos de activistas. Sin embargo, hay que tomarlo con cautela; no existen umbrales mágicos. Debemos escoger cada batalla con cuidado, aunque la urgencia nos empuje a apresurarnos.

El cambio se construye y se comunica no únicamente mediante la valiosa desobediencia civil, sino también con acción institucional transformadora, con píldoras o aludes de activismo en todos los espacios posibles, con educación ambiental no mercantilizada y alfabetización científica con vocación social, con las decisiones diarias y el refuerzo de redes colectivas. No despreciemos ninguna de las vías para hacer partícipe a la sociedad del reto que tenemos enfrente, porque las necesitaremos todas. Y cada uno estará en un lugar distinto, no antagónico sino complementario.

***

En 2023 deberíamos haber aprendido ya que es inútil tratar de usar

un único canal para contar a qué nos enfrentamos en la crisis ambiental y cuáles son nuestras opciones. Llevo más de diez años dando conferencias y participando en coloquios sobre el tema y aún no sé qué es lo que va a funcionar en cada ocasión. Lo que sí tengo claro es lo que no lo hará: presentar los datos como una verdad revelada, esperando que provoquen un cambio irreversible.

Necesitamos nuevas narrativas, más voces, un pentagrama coral. Nos hace falta hablar. Como insiste la climatóloga canadiense Katharine Hayhoe4, una incansable defensora de la conversación, que incluso ha llevado la divulgación climática hasta las iglesias evangelistas de Estados Unidos:

Después de miles de conversaciones, estoy convencida de que lo más importante que cualquiera —no solo yo, pero literalmente cualquiera — puede hacer para unir a las personas es, irónicamente, lo que más tememos. Hablar de ello. ¿Por qué la gente no habla de algo que les importa tanto? Incluso si estamos de acuerdo en que es real y serio, hablar al respecto puede ser desalentador y deprimente. Hay un gran riesgo de que la conversación se convierta en una pelea a gritos o termine dejando a todos abrumados por la enormidad del problema. Queremos hablar de ello; simplemente no sabemos cómo.

Una conversación que debe ir más allá de la escucha; no podemos esperar que de la deliberación surja una repentina iluminación climática. Será imprescindible incorporar elementos de pedagogía popular que, como sostiene la antropóloga Yayo Herrero5, debe «realizarse casi puerta a puerta, con diferentes lenguajes». Asume que, para cambiar, «necesitamos recuperar los mitos y ficciones, y componer otro relato cultural más armónico con la materialidad humana. Hace falta ciencia e información, pero también arte, poesía y pasión».

La educación ambiental y la alfabetización científica funcionan, algo que se ha comprobado a raíz del éxito de las propuestas de la Asamblea Climática. Es capaz de cambiar las percepciones y modificar las prioridades de la sociedad, incluso en un tiempo reducido y con recursos limitados. Necesitamos esa pedagogía multicanal y humana, capaz de llegar hasta donde no hemos llegado aún. También imaginación, puesto que, como explica la geógrafa Henrike Rau6, «enmarcar el medio ambiente como un problema que gestionar por

medios técnicos ha despojado la imaginación del público respecto a la sostenibilidad» y, como consecuencia, «ha alimentado la desvinculación de los debates respecto a la sostenibilidad, especialmente en aquellos con un conocimiento técnico limitado». Es decir, hemos expulsado a muchísima gente de un debate en el que tendrían todo el derecho a participar, debido a que hemos trazado unas fronteras hostiles para la participación ciudadana. Esto tiene que acabar.

Colectivos como Extinction Rebellion, que han contribuido de forma inestimable a la concienciación ciudadana, demandan con insistencia «que se diga la verdad»; es uno de los tres pilares de su acción y aparece de forma destacada en su página web. Y, entendiendo que la demanda se refiere a una mayor presencia pública de la realidad climática en la agenda mediática y social, creo que debe matizarse. La verdad está ahí afuera. Cualquiera puede acceder a un informe del IPCC a través de su web, pedir prestado uno de tantos libros sobre cambio climático en la biblioteca, apuntarse a alguna conferencia o curso sobre el tema, o bucear en documentos y estrategias oficiales. Lo que nos hace falta no es decir la verdad, sino hacerla accesible, poner los medios para que toda la gente pueda entenderla y defenderla con valentía frente a retardistas y negacionistas. Desmitificarla, también, porque las verdades reveladas remiten a religiones y a libros sagrados. Y no confundirla con los hechos.

Los investigadores Stewart Lockie y Catherine Mei Ling Wong explican7 con claridad esta cuestión:

Los hechos no hablan por sí mismos. Ni los modelos climáticos ni las construcciones de escenarios nos pueden decir qué valores deberíamos priorizar, qué sacrificios deberíamos y a la vez estamos dispuestos a hacer. En resumen, estas técnicas no nos dicen nada de cómo las políticas públicas deberían ser diseñadas, y qué políticas públicas serán aceptables para la ciudadanía.

Si solo hubiese una verdad, no tendríamos margen de acción. Pero la realidad, por suerte, es compleja, los deseos son múltiples y las oportunidades y resistencias se multiplican a cada paso que damos.

EROSIÓN Y PROGRESO

«Arran de cada somni, el pètal esmolat de la navalla».

MARIA JOSEP ESCRIVÀ

Podrían trazarse múltiples hojas de ruta para emprender este camino, pero yo tomaré prestada una que ya está dibujada. El sociólogo marxista Erik Olin Wright terminó de escribir su último libro poco antes de morir, en 2019. En él, nos lega una propuesta de superación del capitalismo, que denominó Erosionar el capitalismo. Como sintetizaba en sus páginas iniciales1, «el problema es que resulta mucho más difícil formular exigencias unificadoras en torno a alternativas positivas que en torno al desmantelamiento de las soluciones opresivas existentes».

Esas «alternativas positivas», en el caso del ecologismo político, abarcan toda la gama de posturas que impugnan la insostenibilidad actual, pero que no son capaces de articular una alternativa compartida, puesto que se aproximan de una forma distinta a la lucha.

Según Olin Wright, tanto la Domesticación del capitalismo (que asimila con la socialdemocracia fuerte de los gloriosos años treinta) como la Resistencia al capitalismo (donde la oposición actúa desde fuera del propio capitalismo, pero en la que no intenta hacerse con el poder estatal) tienen por objetivo la neutralización de daños, pero sin eliminar la tendencia subyacente a causar este daño; únicamente se dirigen a contrarrestar sus efectos nocivos. Como tantas veces se ha dicho, tratar los síntomas y no la enfermedad. Por contra, lo que él define como aplastar el capitalismo (la lógica clásica revolucionaria, de la que concluye que la ruptura sistémica no funciona como estrategia para la emancipación social), desmantelar el capitalismo (la introducción gradual del socialismo mediante reformas dirigidas por el Estado), y huir del capitalismo (que Olin Wright tacha de estrategia vital a menudo individualista) sí representan un intento de superación de las estructuras capitalistas.

Es para superar esta multiplicidad y las colisiones que en ella se

producen por lo que plantea el término erosión del capitalismo, que simultáneamente trata de minimizar los daños e ir más allá de las estructuras existentes:

Lo que necesitamos es una interpretación de las estrategias anticapitalistas que evite tanto el falso optimismo de las ilusiones como el incapacitante pesimismo que plantea que la transformación social emancipadora está fuera del alcance estratégico.

[...]

Podemos seguir adelante con la tarea de construir un nuevo mundo, no sobre las cenizas del viejo, sino en los intersticios del viejo. Podemos construir lo que yo llamo «utopías reales», trozos de destino emancipador que supera el capitalismo, pero dentro de una sociedad todavía dominada por el capitalismo.

Creo que el enfoque de Olin Wright es el más útil y transformador para guiar nuestros pasos en un mundo postsostenibilista, que será a la fuerza poscapitalista. La estrategia para conseguirlo será una erosión en múltiples frentes, abrasiva e ininterrumpida, consciente de su fuerza, pero también de sus limitaciones. Una erosión que se asemeje a la meteorización de rocas y que abra grietas en el asfalto para que crezca la hierba, fisuras en las que cada vez quepan más semillas y más vida.

Nos hará falta un descomunal esfuerzo colectivo que implicará «ir con todo», como subrayan las autoras del libro A Planet to Win: Why We Need a Green New Deal («Un planeta que ganar: Por qué necesitamos un nuevo pacto verde»), Kate Aronoff, Alyssa Battistoni, Daniel Aldana y Thea Riofrancos. Pero ello no significa, como también recuerdan las autoras, que cada elección, cada caso judicial, cada lucha sea un «todo o nada». Esta es una lógica perversa que ha propiciado más atrasos que avances.

Según el profesor de política internacional Mark Beeson2, «la cuestión sobre los regímenes democráticos es que proporcionan puntos de acceso potenciales al proceso político que, o bien no están disponibles o bien están celosamente vigilados por los insiders en otros sistemas». Incluso en democracias imperfectas y disfuncionales, como las que tenemos en gran parte del mundo occidental, es posible encontrar esos puntos de acceso y utilizarlos a nuestro favor.

Quiénes serán los agentes del cambio se constituye como la gran incógnita. El propio Olin Wright no ofrecía una respuesta clara, aunque asumía que estos agentes vendrían dados por sus intereses, valores e identidades. El terreno en el que debe operar un proyecto de erosión del capitalismo se enfrenta, según afirma el sociólogo, a tres retos fundamentales en la construcción de colectivos capaces de sostener la acción política. En primer lugar, a la superación de las vidas privatizadas. En segundo lugar, a la construcción de la solidaridad de clase dentro de estructuras de clase complejas y fragmentadas. Y en tercero y último lugar, a la forja de políticas anticapitalistas en presencia de formas de identidad diversas y rivales, no basadas en la clase.

Dentro de ese 99 % que excluye al 1 % más contaminante, conviven multitud de identidades, intereses y valores. El grito de «¡Somos el 99 %!» resulta poco más que una constatación estadística, pero difícilmente constituirá por sí solo una llamada a la acción. La desigualdad, que el capitalismo ahonda y promueve, es uno de los grandes causantes de la crisis climática3. Afrontarla es, pues, esencial. Pero no debemos dar por supuesto que surgirá un grito unánime de impugnación del sistema por la pertenencia a la clase «menos contaminante». No con los mimbres actuales, al menos. Una tarea inaplazable y fundamental de los actores de la transición ecosocial es construir hegemonía, tender puentes y compatibilizar objetivos y prioridades.

Debemos ser capaces de ir más allá de antagonismos y solapamientos, de fricciones y disensos. Aprovechar los accesos al sistema y a la política, reforzar los valores humanos y progresistas, usar colectivamente todas las herramientas a nuestro alcance.

Porque cada victoria cuenta.

***

Al principio, hasta donde somos capaces de recordar, las islas que son nuestro hogar no eran islas en absoluto como lo son hoy. Eran parte de una península que sobresalía del continente, y deambulábamos libremente por toda la tierra sin tener que subirnos a un bote como lo hacemos hoy. Entonces Garnguur, la mujer gaviota, tomó su balsa y la arrastró de un lado a otro a través del cuello de la península dejando

que el mar entrara dentro y convirtiendo nuestros hogares en islas.

Esta es una historia aborigen de Australia, originaria de las islas Wellesley, situadas al norte del país. Es un relato oral que se ha transmitido durante miles de años. Por increíble que parezca, hace referencia a los impactos que tuvo la subida del nivel del mar a raíz del fin de la última glaciación. A las islas Wellesley se pudo llegar andando por última vez hace unos 7.500 años, aproximadamente4. Y en este territorio, como en otros de Australia, poblada desde hace casi 50.000 años, se conserva la memoria de cómo el mar subió y rompió comunidades y conexiones.

Ocho milenios después, en septiembre de 2022, el Comité de Derechos Humanos de la ONU dictaminó5 que Australia había violado los derechos de los habitantes de cuatro islas en el estrecho de Torres, ordenando que se les compensase por el daño causado debido a su inacción en la mitigación y adaptación del cambio climático. El comité concluye que Australia, uno de los países con mayores emisiones de gases de efecto invernadero y un negacionismo climático más arraigado en la política y la sociedad, falló en proteger las casas, las vidas y la cultura de los habitantes de las islas del estrecho de Torres, exponiéndolos a múltiples peligros.

Es la primera vez que una reclamación sobre daños climáticos se presenta en el Comité de Derechos Humanos de la ONU y resulta exitosa. En 2005, un grupo de inuits elevó su caso a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, pero no prosperó. Sin embargo, dio pie a reclamaciones como la de las islas del estrecho de Torres, al enmarcar los impactos del cambio climático que ya se están produciendo como una cuestión de derechos humanos. La decisión de la ONU, pese a no ser vinculante, marca un antes y un después: su precedente puede ser y será usado en numerosos casos. Y es especialmente importante para insuflar ánimos al movimiento climático australiano, que había visto cómo en marzo de ese mismo 2022, la justicia decidió que la ministra federal de Medio Ambiente, Sussan Levy, no tenía la obligación de proteger a los jóvenes del cambio climático, revirtiendo una sentencia de 2021 que sí la consideraba responsable. La demanda se gestó a partir de la decisión de Levy de ampliar una mina de carbón en Nueva Gales del Sur, y en opinión6 de las investigadoras Jacqueline Peel y Rebekkah Markey-Towler, del centro Melbourne Climate Futures de la Universidad de Melbourne, su desestimación supuso una regresión por lo menos de veinte años en la lucha contra el cambio climático.

No nos podemos conformar con ganar solo la mitad de los juicios, ni debemos aceptar la injusticia sistémica como un elemento más del acervo legal. El caso australiano, en el que dos decisiones legales clave y contradictorias se emitieron separadas apenas por unos pocos meses, nos conmina a no desfallecer, a seguir, a no dar la batalla por perdida, como decían las autoras de «Un planeta que ganar». Hay que ir con todo, cada vez, una tras otra, y no dejarnos abrumar por el peso de la derrota. No caer en la trampa del todo o nada. El espacio que queda entremedio, en los intersticios, es fértil y puede alumbrar múltiples futuros.

***

Para ir con todo, sumar victorias y erosionar hasta los cimientos de la sostenibilidad tendremos que acabar con las pruebas piloto, la innovación vacía, la inteligencia sin saber para qué la aplicamos ni dónde. Resulta desesperante observar cómo las transformaciones en el campo de la sostenibilidad siempre aparecen camufladas bajo el disfraz de la innovación, lo smart, el ensayo y error, coloridos hubs en los que no pasa nada pero en los que se toman muchas fotografías para periódicos digitales. Se acotan pequeñas parcelas de la realidad en las que experimentar con ideas cuyo origen es verdaderamente transformador, pero acaban deslavazadas hasta tal punto que acaban por ser irreconocibles. En vez de colonizar los resquicios o, mejor aún, levantar el asfalto y plantar un jardín, nos conformamos con pintar los huecos de verde, o sembrar en un laboratorio, alejados de la realidad.

Si nos fijamos bien, las políticas ambientales siempre están pidiendo perdón. No suelen tener la consideración de políticas legítimas y estructurales, sino de meros complementos, disfraces fotogénicos, bisutería política e institucional. La pléyade de pruebas piloto que se diseminan por la geografía europea, donde tienen su máxima expresión debido a los incentivos perversos de los proyectos consorciados, no son percibidas como una política sólida, sino solo como tímidos intentos de probar a ver si algo funciona o no, siempre con la promesa (incumplida) de la escalabilidad. Los recortes sanitarios o educativos no se hacen según pruebas piloto. Las ampliaciones de autovías, inútiles o no, tampoco. Ni la política de defensa. Son decisiones que se aplican sin autojustificaciones, que se exhiben ufanas, que se perciben como un todo.

Debemos diferenciar la construcción de nuevos mundos en el intersticio del viejo de algo muy distinto: que el conjunto de andamios, esfuerzos, afectos, luchas y presupuestos se conciban y por lo tanto perciban como una política integral. ¿Para qué dilapidar cuatro años en un proyecto europeo cuyo objetivo primario es sostenerse a sí mismo y producir una ingente cantidad de burocracia asociada, sin arrojar luz sobre aquello que dice versar? ¿Por qué tantos ayuntamientos reasfaltan de oficio las calles y no las reverdecen ni con insistentes peticiones ciudadanas? ¿Por qué se confía en financiación privada, partnerships y start-ups para cambiar el modelo de ciudad o territorio en su vertiente ambiental?

Al final, el mensaje es que para ciertas cosas hay dinero, porque son políticas de verdad, mientras que para lo otro se buscan acciones baratas y llamativas. Dedicar un presupuesto digno y dotar de la articulación de política integral a la justicia ambiental es también una forma de erosionar el capitalismo.

***

Conocí a mi amigo Javier hace ya tiempo, en un fin de año de un lejano 2007, en una feliz coincidencia de las que la vida adulta depara muy pocas. Al año siguiente nos volvimos a encontrar el 31 de diciembre, junto al grupo con el que habíamos coincidido el primer año. Fue entonces, en 2008, cuando nos pidió que nos guardásemos un rato antes de la cena, las copas y la música. Nos sentó en un sofá frente a una pared blanca, en la que proyectó una breve presentación sobre banca ética, organizaciones y acciones para un mundo mejor. No voy a mentir: nos descolocó a todos los que estábamos allí. Su razonamiento, tan simple como efectivo, era que, si hablábamos de buenos propósitos para el año que se avecinaba, qué mejor que hacerlo de una forma realista e informada, explicitando que había cambios factibles. Y que apuntarnos al gimnasio no era lo único que nos podíamos prometer a nosotros mismos.

He pensado muchas veces en aquella charla, mucho más sólida e inspiradora que la vasta mayoría de las que circulan hoy en día por internet. Quizá fue el impacto de tropezar con ella en un entorno en el que no me lo esperaba, quizá fue la sinceridad que traslucían las palabras de mi amigo, incluso su ingenuidad. Pero allí se contenía una gran verdad. Una que nos habla de por qué hemos sustituido las ideas

y la reflexión por meros gestos, de por qué adoptamos cambios de hábitos que no cuestionan nuestra identidad ni nuestros gustos, de por qué es tan difícil hablar de ciertos temas, de cómo se forjan los silencios.

En el monográfico sobre ecologismo de Le Nouvel Observateur de 1972, la parte final estaba destinada a una «Guía Ecopráctica». Esta se dividía en «Ecotácticas», «Tecnologías blandas», «Cómo comprar» y «Cómo tirar», así como unas recomendaciones de «Ecolibros». También en otro apartado, «Dónde militar», en el cual proponían ocho organizaciones de defensa de la naturaleza, desde la perspectiva transformadora de la ecología política. ¿Dónde tenemos hoy este ecogesto? Relegado a la radicalidad, me atrevería a decir.

Militar no es fácil. Cada persona tiene unos condicionantes muy particulares de salud, tiempo, posibilidades materiales y vínculos humanos que no lo posibilitan por igual. La reivindicación de unas condiciones dignas de vida y trabajo, así como de disponer de más tiempo para nosotros, es también una lucha por la posibilidad de militar y dedicar tiempo y recursos a la lucha colectiva. No hay una única forma de militar, ni un solo lugar desde donde hacerlo.

Debemos evitar culpabilizarnos. Es el momento de asumir nuestra responsabilidad, tratando de que la orienten nuestros valores. Tal y como lo definen Layla Martínez y José Luis Rodríguez7, responsabilizarse es «asumir como propia la tarea de buscar una salida justa a la crisis ecológica en unas condiciones tremendamente adversas».

Y ese es el mejor modo de erosionar la sostenibilidad: asumiendo que su impugnación es parte fundamental de una salida justa a la crisis ecológica. No será fácil, pero existe un mundo nuevo que está esperándonos, que a veces incluso podemos ver al trasluz.

Le debemos el esfuerzo y la constancia.

FUTURO

«Si la naturaleza es la respuesta, ¿cuál era la pregunta?»

JORGE WAGENSBERG

Una notable formulación del principio de sostenibilidad duradera se encuentra en el derecho particular del condado de Kyburg (Suiza) de 1536. Se estipuló allí que los agricultores no podían usar más leña y madera del bosque local que la «necesaria para vivir, para que nuestros niños y las siguientes generaciones pudiesen también disfrutar (del bosque)». Con una tendencia análoga, el señorío de Bludenz (Austria) decretó en 1456 sobre los pastizales «[...] para que disfrutemos nosotros, nuestros herederos y los que vienen después de ellos».

[...]

El estatuto de madera del señorío del monasterio Fall (Eslovenia) de 1573 señalaba que estaba prohibido dilapidar y destruir el bosque del cual todos subsistían.

[...]

Teniendo en cuenta que el derecho de la sostenibilidad se anticipaba a la máxima capacidad del sistema natural local, a todo aquel que transgrediese esos límites estipulados le esperaba un castigo, como, por ejemplo, ser excluido del uso de la tierra comunal. En el estatuto del señorío de Strasburg (Austria) de 1538 se estipuló que, para proteger la fuente de energía, a los llamados «pecadores de leña» se les castigaba con la prohibición de volver a entrar en los bosques. La ley del señorío de Blumenegg (Austria) de 1470 indicaba que aquellas personas que empleasen más madera de la permitida «en los siguientes cinco años no podrán recoger(la)». De esta manera, la pena para el hurtador de leña consistía en perder la opción de recibir energía.

[...]

El consumo de leña fue vinculado al principio de la llamada «necesidad de la casa para vivir» («Hausnotdurft»). Deforestar para vender madera estuvo estrictamente prohibido. El derecho local del señorío de Seisenburg (Austria) de 1604 basó la prohibición en una idea de equidad, por medio de la cual los individuos no deberían ganar dinero a costa de la comunidad. Adicionalmente, se implementaron normas contra el desperdicio de madera: por lo general fueron prohibidas algunas costumbres como la de hacer hogueras públicas durante el carnaval y cortar árboles para las fiestas del inicio de la primavera.

Estos extractos provienen del breve pero excelentemente documentado artículo1 sobre la historia de la sostenibilidad en Europa Central, escrito por Bernd Marquardt, profesor en la Universidad Nacional de Colombia. En él también se señala a Hans Carlowitz como la persona que alumbró el concepto de la sostenibilidad, pero nos encontramos, más de un siglo antes, con aquello que cabría perfectamente dentro de su definición: equidad, no superación de los umbrales de extracción, freno al desperdicio de recursos valiosos y gestión pensando en lo común.

De hecho, según sintetiza el propio Marquart en el ensayo, los principios del derecho orientado a la sostenibilidad se podían condensar en cinco puntos: uno, la descentralización política en entidades locales; dos, la anticipación a la máxima capacidad del sistema natural local; tres, el control sistemático cuantitativo del consumo medioambiental; cuatro, la priorización del interés de la comunidad por encima de la libertad del individuo; y cinco, la optimización de la utilización de la tierra escasa.

Principios que, extendiéndolos más allá de la leña y el suelo, nos sirven como brújula quinientos años después, mucho más que la sostenibilidad banalizada y mercantilizada de principios de siglo XXI.

***

¿A dónde queremos llegar? Es la última de las preguntas que falta por responder. La única respuesta posible es esta: a ningún sitio. Si algo he

tratado de impugnar es una determinada visión del futuro, aquella que lo representa como un momento estático, estable, y que solo se fija en algunas fechas, a las que miramos a través de un túnel de carbono. Lleguemos a donde lleguemos, tendremos que hacerlo, siempre, con el bienestar común, planificado y posible como guía. Lo que valía para un pueblo suizo el siglo XVI también es útil para el conjunto de la humanidad, porque los conceptos de límites e insostenibilidad son diáfanos una vez se comprenden.

No llegaremos a ningún sitio, puesto que el camino es el destino. Cambiarán los conceptos de bienestar, se modificarán algunos límites, habrá que rehacer la planificación y lo posible mutará. ¿Cuántas personas seremos dentro de veinte, cincuenta, doscientos años? ¿Y en quinientos?

Algunas proyecciones, basadas en los actuales datos ambientales arrojan escenarios para 2500 que son, en palabras de sus autores,2 «una tierra extraterrestre para los humanos». Pese a que este ejercicio elucubrativo pueda tener sentido académico, y pueda utilizarse como una herramienta de concienciación basada en la alarma y el pesimismo, creo que es contraproducente y poco efectivo. En primer lugar, por su lejanía temporal y vital, incluso genealógica. Si algo está bien establecido en la comunicación del cambio climático, tanto empírica como teóricamente, es que durante mucho tiempo la ciudadanía lo ha percibido como una cuestión lejana en coordenadas temporales y espaciales; nada lo simboliza mejor que el oso polar. Ello ha conducido, entre otros factores, a una inacción persistente y pegajosa. Pero más importante aún que su limitada utilidad, es que incide en el imaginario distópico con el que pensamos el futuro. Desligado del progreso, el futuro se presenta como un espacio vacío que llenamos con nuestros peores miedos, lo que nos empuja a quedarnos en el presente. A luchar por salvaguardar, no por construir.

La sostenibilidad, especialmente la que se apoya en la tecnología como salvación, refuerza un marco en el que no avanzamos hacia el futuro, sino que prolongamos el presente, aunque sea agónico. Atestiguaba André Gorz —o creía hacerlo— la muerte del «capitalismo de crecimiento» en Ecología y Libertad, en un ya lejano 1977. Casi medio siglo después de este certificado de defunción, expedido pero no recibido, seguimos en el mismo lugar. En las conclusiones del libro afirmaba que:

La superación de la racionalidad económica y la disminución de los

consumos materiales pueden realizarse tanto a través de la heterorregulación tecnofascista, como a través de la autorregulación convivial. El tecnofascismo únicamente podrá evitarse mediante una expansión de la sociedad civil, lo que a su vez supone la puesta a punto de técnicas y útiles que permitan una soberanía creciente de las comunidades de base.

Una autorregulación que hunde sus raíces más en las normas anteriores a Carlowitz que en su propuesta de aprovechamiento sostenido. En la asunción de que somos una sociedad en la encrucijada, capaz de transformar la realidad que la rodea y la que ella misma crea con su existencia. También en un ensanchamiento democrático que es, por definición, anticapitalista, como todo lo que se dirige hacia la defensa del bien común.

Y qué mayor patrimonio compartido que el futuro.

***

Decir que el futuro está por escribir es, cierto, un lugar común.

Insistir en que todo es aún posible es, sin lugar a dudas, mentir.

Hay pérdidas que no recuperaremos, y cambios que no revertiremos ni en una ni en diez generaciones. Pero hoy es posible, como lo era hace cincuenta años, abrir espacios para moldear un futuro que no se nos imponga desde arriba. Existen barreras y obstáculos que bloquean el paso con decisión, pero no son insalvables. Una de ellas, quizá la más resistente por su aparente bondad y enorme ubicuidad, es lo que hemos convenido en denominar sostenibilidad.

Las herramientas, tácticas y visiones sobre cómo superar la visión tecnooptimista y capitalista de lo que es sostenible en nuestro mundo no son excluyentes, sino que deben coaligarse y fundirse en un movimiento conjunto de erosión sistémica. Mil arietes al unísono, golpeando la puerta tras la que se esconde un futuro que desconocemos, pero que es nuestro, en el que existe un buen vivir que nos pertenece. Un futuro lleno de baches y encrucijadas difíciles, una tras otra, pero donde podremos decidir más allá del modelo de coche eléctrico que nos compramos, más trascendente que cómo

compensamos nuestro último vuelo, infinitamente más transformador que saber a qué contenedor va el envase del refresco más popular en nuestro país.

Podría parecer que este es un esfuerzo imposible. No lo es. Los cambios experimentados por España durante los últimos 50 años dan buena muestra de ello: vivimos en un país más diferente al de entonces que al que resultaría de aplicar políticas por un bienestar común, planificado y posible, entre ellas la reducción de uso y consumo de energía y materiales.

¿Es posible ensamblar un sistema de racionamiento de los bienes y servicios esenciales? Despachar esa pregunta con una negativa desdeñosa es desconocer el descomunal esfuerzo que se hizo en la década de los ochenta para armar el Sistema Nacional de Salud, desplegar la Seguridad Social, o incluso para posibilitar el andamiaje legal del Estado Autonómico, entre otros cambios estructurales que conllevaron un ingente esfuerzo legislativo, político y económico. La planificación, eso sí requiere no solo estructuras y sistemas de gobernanza verdaderamente democráticos y transparentes, sino también quien ejecute las decisiones adoptadas. Es decir: funcionarios. Trabajadores de los que España tiene una carencia endémica: se sitúa muy por debajo de la media de la OCDE4, y estos están cada vez más envejecidos. La defensa de la planificación democrática debe ir siempre pareja a la de los trabajadores públicos y las instituciones; quienes tratan de socavar los cimientos de la función pública son quienes, a su vez, pretenden medrar en ausencia de normas y límites.

¿Y el cambio cultural? Quizá podamos poner en marcha los engranajes, pero de nada servirá si la sociedad se mantiene anclada en el paradigma desarrollista. De forma esperanzadora, hemos visto ya cambios radicales en la percepción ciudadana sobre multitud de temas —algunos fuertemente identitarios y vinculados con creencias personales—, entre los que destacan poderosamente el auge del feminismo5 y los derechos6 del colectivo LGTBI+, en los que España es pionera. Conocemos ya las herramientas necesarias para propiciar estos cambios, y aunque el éxito no está garantizado de ninguna de las maneras, lo que sí debemos dar por seguro es el fracaso si no lo intentamos.

Nos equivocaremos, eso seguro, una y mil veces. Mantendremos debates agrios a cuenta de cuánto decrecimiento es posible, incluso de qué consideramos y qué no decrecimiento o ecosocialismo, de qué es exactamente el «buen vivir» y de qué se puede calificar como un uso superfluo de energía y materiales. Chocaremos sobre cuál de las

distintas lógicas y estrategias subyacentes a la erosión del capitalismo es la más efectiva o legítima. Sobre su nombre, sobre los adjetivos, sobre cómo explicarlos.

Discutiremos qué mecanismos de planificación son socialmente aceptables, cómo ensanchamos la democracia y aseguramos la participación ciudadana. Nos preguntaremos cuál es nuestro papel dentro del espacio europeo, qué relación establecemos con nuestros vecinos y, más importante todavía, con un Sur Global que nos mira atónito, esperando que seamos consecuentes con nuestras palabras cargadas de buenas intenciones. Será un camino sin atajos y con múltiples callejones sin salida, laberíntico. Y, a la vez, será también la única senda posible, siempre que dejemos de guiarnos por lo que marque la brújula de la sostenibilidad.

El futuro poscapitalista, que será a la fuerza postsostenibilista, sigue siendo una incógnita. Sabemos dónde no queremos ir, pero nos queda la difícil tarea de definir los contornos de lo deseable entre las paredes de lo posible.

TRES BREVES EPÍLOGOS

EPÍLOGO UNO: LUCIÉRNAGAS

EN LA OSCURIDAD

kusa no ha wo otsoru yori tobu hotaru kana

Esa luciérnaga,

cayendo de la hoja

ya emprende el vuelo

Este haiku lo escribió Matsuo Basho en el siglo XVII, pero hoy nos sirve para alumbrar el camino, al igual que las normas sobre usos del suelo y aprovechamiento forestal de Europa Central de la misma época. Según el traductor de los versos, Fernando Rodríguez-Izquierdo1, Basho se refiere aquí a la capacidad de la luciérnaga para levantarse de un salto mientras cae, que parece estarle vedada a los humanos y la mayoría de los animales. La luciérnaga es capaz, y eso es lo que captura el poeta, de utilizar el impulso del golpe de viento, que ha derribado la hoja en la que reposaba, para salir volando ágilmente.

En las notas del poema, Rodríguez-Izquierdo apunta también la dificultad de la traducción de «yori», que él opta por asemejar a «cayendo», con el fin de conservar la particular métrica del haiku. Sin embargo, subraya que en japonés tiene un sutil matiz de anterioridad: «no bien (cae), ya (se lanza al vuelo)».

Es posible que la trayectoria de la humanidad en el último siglo y medio, en el que ha florecido el capitalismo fósil, no merezca ya que se use el verbo yori. Llevamos un tiempo cayendo, cegados por los reflejos de la luz que emitimos nosotros mismos, como una luciérnaga desorientada en medio de la oscuridad. Sin embargo, seguimos teniendo la capacidad de remontar el vuelo, de utilizar los vientos, algunos huracanados, para alejarnos del precipicio. Podemos iluminar, aunque el brillo aún sea tenue, recovecos e intersticios, salientes de la roca a los que poder asirnos y, desde ahí, decidir la ruta por nosotros mismos.

Aprendamos juntos a moldear la realidad, nombrar el destino y andar el camino.

EPÍLOGO DOS: CONTRA ESTE LIBRO

Titular un libro a la contra es una decisión difícil, más aún si el concepto que se va a intentar rebatir es uno que goza de aceptación y prestigio. Puede parecer que el título responde a un calculado intento de epatar y traducirlo en ventas. Nada más lejos de la realidad. El título nace de aglutinar todas las páginas y destilar la tesis principal: la sostenibilidad ya no nos sirve como brújula para el futuro.

Tras años trabajando, escuchando y reflexionando sobre la sostenibilidad, me di cuenta de que algo fallaba en lo más profundo del engranaje discursivo y el sustrato intelectual. Por supuesto, no soy el primero en detectarlo; dan buena cuenta de ello las numerosas referencias que he usado en los capítulos anteriores, en los que la vigencia de citas de hace medio siglo sigue sorprendiéndome cada vez que las releo. Me identifico plenamente con Ramon Folch, cuando confiesa, en la introducción de uno de sus libros1, que siempre tiene la sensación de que alguien ya dijo antes y mejor que él todo lo que piensa o plantea. «Cualquier pretendida novedad te suena a plagio si tus referentes son lo bastante amplios», concluye, con una humildad inusual.

Folch, de hecho, comienza el libro con dos frases ciertamente contundentes: «La mayoría de los libros no son necesarios. Se publican para satisfacer la vanidad de sus autores y para mantener repletos de novedades los escaparates de las librerías». No voy a negar que le he dado muchas vueltas y que me he preguntado, una y otra vez, si de verdad hacía falta escribir estas páginas. Y he llegado a la conclusión de que quizás este libro es prescindible, pero que el tema que trata no lo es en absoluto. Para enfrentarnos de verdad a la crisis ecosocial, necesitamos replantear la forma tan nociva en la que el concepto vacuo y vaciado de la sostenibilidad está orientando nuestras acciones. Necesitamos un nuevo paradigma. Esa, y no otra, es la idea clave que he querido transmitir.

Por supuesto, la pregunta que sigue es extraordinariamente complicada. «De acuerdo», se me podría responder, «pero ¿por qué término, por qué palabra cambiamos la extremadamente popular y muy conveniente sostenibilidad»?

Si este fuese un libro escrito por un intelectual anglosajón de cierta fama, seguramente se titularía «En defensa de la biensibilidad: cómo el

bienestar común, posible y planificado nos salvará». Veríamos aparecer al autor en charlas motivacionales e inspiradoras, argumentando el porqué de las bondades del nuevo concepto que acababa de acuñar. Su esfuerzo comunicativo se dedicaría, sin duda, a promocionar un término que se pudiese identificar claramente con él. Con suerte, conseguiría que se hablase lo suficiente como para que más personas lo empezasen a usar.

Sin embargo, yo no soy famoso, ni vivo en Nueva York, Londres o París, ni ocupo ningún cargo que pueda servir de trampolín a la biensibilidad o a cualquier otra palabra que se me pudiese haber ocurrido en el transcurso de la escritura de este libro. Pero no me importa: prefiero mil veces la impugnación colectiva de la sostenibilidad que el éxito personal por la difusión de un término inventado.

***

Este es un libro escrito por un hombre joven, europeo y de clase media. Los sesgos son, desgraciadamente, patentes. Tanto en las citas, en las que en algún capítulo son casi exclusivamente masculinas (mayoritariamente de hombres blancos de clase media y países ricos), como en el foco espacial, occidentalizado y quizás, aunque haya tratado de evitarlo, con un discurso occidentalizante.

Sin embargo, creo que quien tiene la responsabilidad principal de impugnar la sostenibilidad es, sin duda alguna, el Norte Global. Son los países que lo componen quienes, con el pretexto del desarrollo sostenible, perpetúan (¡o plantean potenciar!) estructuras extractivistas, relaciones de poder neocoloniales y un nocivo paternalismo ecológico. El Norte Global conduce todavía el destino del mundo, y representa el reflejo, para muchos países y millones de personas, de lo que se considera un desarrollo deseable, aspiracional.

Clamaba la escritora Georges Sand3, en 1872:

El furor por la posesión individual debe tener ciertos límites que la naturaleza ha marcado. ¿Se llegará a pretender que la atmósfera debe ser compartida, vendida y acaparada por aquellos que tendrán los medios de comprarla?

Esto es lo que, con la excusa de la sostenibilidad, venimos haciendo en las últimas décadas. Mancomunando la contaminación derivada de nuestro crecimiento, colonizando las atmósferas del Sur Global, empobrecido y vulnerable ante la catástrofe ambiental. Cualquier concepto que lo perpetúe es inservible. Y eso puede —y debe— decirse desde cualquier atalaya que tengamos a mano.

Como son estas páginas.

EPÍLOGO TRES: TU ESPACIO

Cuando era adolescente, empecé a clasificar las películas en dos grupos en cuanto salía del cine. Estaban aquellas en las que, fuesen buenas o malas, me lo hubiese pasado fenomenal o me hubiese aburrido, los personajes y la historia se quedaban en la sala. En el otro extremo, estaban las que me acompañaban fuera del cine, en forma de contradicciones inexploradas, ideas que jamás había tenido, frases memorables; las que me provocaban curiosidad y también ganas de escribir. Estas no necesariamente eran las cintas más sesudas o pretenciosas; a veces, me sucedía con una historia de amor, con una aventura de ciencia ficción, con una comedia argentina.

Conforme fueron pasando los años, aprendí a identificar uno de los elementos comunes de aquellas películas: siempre dejaban un espacio para el espectador. Para respirar, para contradecir internamente lo que acababa de escuchar, para recordar después y completar con su propia experiencia. He intentado emularlo, mediante referentes, pausas, preguntas que responder, conjuntamente, tú y yo, aun en la distancia.

Pero ahora llega el momento de salir de la sala de cine, y ese es el momento de la verdad. De ver si estas pala-bras se quedan en el papel o en la pantalla, o si consiguen acompañarte, a ti y a más personas, mucho más allá de su lectura.

Este es ya tu espacio.

NOTAS

Se han mantenido en el idioma original únicamente las citas que están extraídas de un poema o una canción, para no alterar el significado original, a menudo intraducible. En el resto, se ha optado por traducir todos los extractos, con el fin de facilitar la lectura, aún a riesgo de que algunas citas pierdan algo de potencia o vean ligeramente modificado su sentido.

Las traducciones de fuentes originales en francés, catalán o inglés han sido realizadas por el propio autor. El resto de textos que se encuentran en una lengua distinta del original han sido citados a partir de las obras reseñadas en la sección «Referencias».

El capítulo «Contra la dominación de la naturaleza» es una adaptación de un texto previo que apareció en 2020 en la revista Minerva, del Círculo de Bellas Artes (IV época, número 35). Gracias a Carolina del Olmo por la propuesta y por la cesión del uso.

Un fragmento del capítulo «Contra la superpoblación y los superricos» está basado en el prólogo de I ara jo què faig: com vèncer la culpa climàtica i passar a l'acció (Sembra, 2021). Gracias a Sembra Llibres por la cesión del uso.

Un fragmento del capítulo «Contra el ecomodernismo» está basado en el artículo «Datos sin ideología, el espejismo ecomodernista», publicado en Climática el 20 de mayo de 2021. Gracias a Magda Bandera por la cesión del uso.

AGRADECIMIENTOS

Escribir este libro no ha sido fácil, pero era, para mí, necesario. Algunas de las ideas que aquí se exponen estaban hibernando en un documento de Word desde 2012, y ya entonces llevaban un tiempo en mi cabeza, desde los primeros cursos de Ciencias Ambientales. Otras, me atrevería a decir que la mayor parte, han ido perfilándose, sin yo darme cuenta, en los centenares de conversaciones que he mantenido estos últimos tres años. Ha sido un periodo emocionante del que me siento tremendamente agradecido.

Me he sentido muy afortunado por recibir, casi a diario, propuestas para acudir a mesas redondas, dar charlas y conferencias en todo tipo de asociaciones, jornadas y eventos, acercarme a centros educativos, escribir en medios autogestionados o de ámbito estatal, o colaborar en programas de radio y televisión. No siempre he podido atender las peticiones, pero todas me han mostrado la necesidad que existe (y las ganas) por seguir profundizando en este debate, en el que nos va la vida. Desde estas páginas, doy las gracias a todas las personas que alguna vez me han invitado a un acto o me han propuesto una colaboración, pensando que lo que yo tenía que contar era interesante. Y, no hace falta decirlo, estoy también profundamente agradecido a toda la gente que ha querido dedicar parte de su tiempo a escucharme, de la misma forma que te agradezco a ti el tiempo que has invertido en leer este libro. En un mundo con multitud de estímulos, y con un alud semanal de libros interesantes y revistas con temáticas de lo más atractivas, me siento profundamente honrado de que hayas decidido dedicar tiempo de lectura a estas páginas. Gracias, de verdad.

Mis amigos han aguantado mis devaneos ambientales y, lo que es aún más sorprendente, siguen siendo mis amigos. Es más: en los últimos años, en el único grupo de WhatsApp en el que estoy, la cuestión ambiental —con derivadas energéticas, de movilidad e incluso dilemas sobre viajes o consumo— ha ido ganando protagonismo. Gracias a Pau, Mireia, Violeta, Víctor y Helena, por la amistad, por las risas y también por las preguntas difíciles a las que a veces solo sabía contestar con emojis.

Gracias también a todos y todas las periodistas que han querido contar con mi voz en sus reportajes, o que me han entrevistado esperando que arrojase algo de luz sobre un tema de actualidad. Espero haberos

sido útil.

Gracias a Isabel Moreno, por ser tan maja y tener la confianza suficiente para decirme que estaba siendo muy hater por Twitter (sigo siéndolo, pero al menos ahora es productivo, ya lo has visto), pero sobre todo por tu humor y tu optimismo.

Gracias a Eva Pastor, porque nuestras discusiones y tu mirada humana siempre me han ayudado, aunque fuera en charlas de apenas unos minutos.

Gracias a Pedro J. Hernández, @ecosdelfuturo, por ser una fuente inagotable de referencias, hilos interesantes y respuestas de una abrumadora densidad informativa.

Gracias a Pablo Rodríguez Ros, porque nuestras conversaciones digitales me han hecho dar muchas vueltas a lo que aquí está escrito (eso, cuando podía parar de reír con tus audios).

Gracias a Eduardo Robaina, porque conozco pocos periodistas que cubran tanto y tan bien el cambio climático, y con los que sea tan interesante hablar, analizar temas de actualidad y plantear temas y proyectos como tú.

Gracias a Héctor Tejero, con quien comparto desvelos climáticos y discrepancias productivas, también muchos cabreos inspiradores. Que haya gente como tú en política me convence de que aún tenemos mucho espacio que ganar.

Gracias a mi agente, Juanjo Boya, que me ha enseñado un montón de cosas que desconocía del mundo editorial (entre ellas, que los agentes literarios no son un invento de las películas o las novelas), y me ha orientado para que este proyecto llegase a buen puerto.

Estoy también profundamente agradecido a Álvaro Palau y Joaquín Palau, mis editores en Arpa, por la confianza en este libro, la oportunidad de publicar juntos y la visión sobre la sostenibilidad. Y también por la valentía de publicar un texto que nada a contracorriente.

Gracias a mi madre y a mi padre, por ser y por estar, por animarme y apoyarme siempre en mi empeño por escribir, por rebatírmelo todo y obligarme a pensarlo una y otra vez.

Y aquí es cuando se me acaban las palabras, porque no hay palabras que sean capaces de expresar el agradecimiento que siento hacia Elena

Cebrián Calvo, mi pareja. Solo gracias a su generosidad, su talento desbordante y su mordaz inteligencia he sido capaz de enfocar, dar forma y coser este manuscrito. Sin sus revisiones, comentarios, críticas y constantes ánimos, este libro no habría visto la luz.

Y sí, ha corregido también este último agradecimiento.

REFERENCIAS

EL PORQUÉ

1. García, E., Ecología e Igualdad, Tirant Humanidades, 2021.

2. Fernández Buey, F., Crisis de Civilización, En «La(s) crisis: La civilización capitalista en la encrucijada», Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global, nº 105, 2009, págs. 41-51.

3. Delibes, M., El sentido del progreso desde mi obra, RAE Biblioteca Nueva, 2013.

EL ORIGEN

1. Elhacham, E. et al., «Global human-made mass exceeds all living biomass», Nature, nº 588, 2020, págs. 442–444.

EL CAMINO

1. Naredo, José Manuel, «Sobre el origen, el uso y el contenido del término sostenible», Cuadernos de investigación urbanística, nº 41, 2004, págs. 7-18.

CONTRA LA NEUTRALIDAD CLIMÁTICA

1. «World's largest meat company, JBS, increases emissions by 51 % in five years despite 2040 net zero climate target, continues to greenwash its huge climate footprint», Institute for Agriculture and Trade Policy, accesible en <www.iatp.org/media-brief-jbs-increasesemissions-51-percent>.

2. «La gran estafa: cómo los grandes contaminadores imponen su agenda «cero neto» para retrasar, engañar y negar la acción climática», 2021, accesible en <www.foei.org/es/publicaciones/gran-estafa-clima-cero-neto>.

3. «Half of emissions cuts will come from future tech, says John Kerry», The Guardian, 16/05/2021.

4. «Sir Patrick Vallance gives emergency climate briefing to UK MPs», The Guardian, 13/07/2022.

5. Bastin. J. F., et al., «The global tree restoration potential», Science, 365 (6448): 76-79, 2019.

6. Veldman J. W., et al., «Comment on "The global tree restoration potential"», Science, 366 (6463), 2019.

7. «Countries' climate pledges built on flawed data, Post investigation finds», The Washington Post, 07/11/2021.

CONTRA LA EXTRALIMITACIÓN Y LA GEOINGENIERÍA

1. IPCC, «Climate Change 2022: Impacts, Adaptation and Vulnerability», 2022, accesible en <www.ipcc.ch/report/ar6/wg2/downloads/report/IPCC_AR6_WGII_FullReport.pdf>.

2. Hulme, M., Can Science Fix Climate Change?: A Case Against Climate Engineering, WILEY, 2014.

3. «Analysis: Which countries are historically responsible for climate change?», Carbon Brief, 06/10/2021.

CONTRA EL MANTRA DE LAS GENERACIONES FUTURAS

1. Hernández, P. J., «Permíteme que insista: 77 años de advertencias sobre el cambio climático», Naukas, 23/06/2016.

CONTRA LA SUPERPOBLACIÓN Y LOS SUPERRICOS

1. «Securing a Sustainable Future for the Amazon», DAVOS, 2020, accesible en <www.youtube.com/watch?v=9XKm0MUIJQs&t=1665s>.

2. Oxfam, «Confronting Carbon Inequality : Putting climate justice at the heart of the COVID-19 recovery», 2020, accesible en <www.oxfamilibrary.openrepository.com/bitstream/handle/10546/621052/mb-confronting-carbon-inequality-210920-en.pdf>.

3. Chancel, L., «Global carbon inequality over 1990–2019», Nat Sustain, 2022.

4. Tollefson, J., Why deforestation and extinctions make pandemics more likely, Nature, 2020.

5. Carlson, C. J., et al., «Climate change increases cross-species viral transmission risk», Nature, nº 607, 2022, págs. 555–562.

6. Tolleson, J., «COVID curbed carbon emissions in 2020 — but not by much», Nature, (15/01/2021), 2021.

7. Le Quéré, C. et al., «Temporary reduction in daily global CO2 emissions during the COVID-19 forced confinement», Nat. Clim. Chang, 10, 647–653 (2020).

8. Chancel. L., Piketty T., Saez E., Zucman G., «World Inequality Report 2022», 2022, accesible en <//wir2022.wid.world/www-site/uploads/2022/03/0098-21_WIL_RIM_RAPPORT_A4.pdf>.

9. «Los peligros de exponer a Taylor Swift, su jet privado y las nocivas emisiones “de lujo”», eldiario.es, 2 de agosto de 2022.

10. Tejero H. y Santiago Muiño, E. «Pajitas de plástico, jets privados y desigualdad climática», Público, 3 de julio de 2022.

CONTRA LA HUELLA DE CARBONO

1. Pattee, E., «Forget your carbon footprint. Let’s talk about your climate shadow», Mic., 10 de diciembre de 2021.

CONTRA LA ENERGÍA QUE SALVARÁ EL PLANETA

1. «What are the safest and cleanest sources of energy?», Our World in Data, 10 de febrero de 2020, accesible en <//ourworldindata.org/safest-sources-of-energy>.

2. Red eléctrica de España, «El Sistema Eléctrico Español Avance 2021», accesible en <//www.ree.es/sites/default/files/publication/2022/03/downloadable/Avance_ISE_2021.pdf (2022)>.

3. Gómez-Navarro, T. et al., «Analysis of the potential for PV rooftop prosumer production: Technical, economic and environmental assessment for the city of Valencia (Spain)», Renewable Energy, 174:372-381 (2021).

4. Süsser, D. et al., «Why energy models should integrate social and environmental factors: Assessing user needs, omission impacts, and real-word accuracy in the European Union», Energy Research & Social Science, 92:102775 (2022).

CONTRA LA TRANSICIÓN ECOLÓGICA

1. <//www.linkedin.com/posts/jankonietzko_climatechange-cop26-circulareconomy-activity-6859418054867083264-EMPG/>.

2. Rockström, J. et al., «A safe operating space for humanity», Nature, nº 461, 2009, págs. 472-475.

3. Persson, L. M. et al., «Outside the Safe Operating Space of the Planetary Boundary for Novel Entities», Environmental Science & Technology, 56 (3), 1510-1521 (2022).

CONTRA LA DOMINACIÓN DE LA NATURALEZA

1. Vitousek, P.M. et al., «Human Domination of Earth's Ecosystems», Science, vol. 277:5325, págs. 494-499 (1997).

2. Bar-On, Y. M. et al., «The biomass distribution on Earth», PNAS, 115 (25) 6506-651 (2018).

3. Carson, R., El sentido del asombro, Encuentro, 2012.

4. Sagan, C., Pale Blue Dot: A Vision of the Human Future in Space, Random House, 1994.

CONTRA EL ECOMODERNISMO

1. An Ecomodernist Manifesto, accesible en <// static1.squarespace.com/static/5515d9f9e4b04d5c3198b7bb/ t/552d37bbe4b07a7dd69fcdbb/1429026747046/An+Ecomodernist +Manifesto.pdf>.

2. Carbon footprint, «Exploring UK's contribution to climate change», WWF, 2020, accesible en <UK_Carbon_Footprint_Analysis_Report_March_2020%20%28003%29.pdf>.

3. «Waste generation and decoupling in Europe», European Environment Agency, 18 de noviembre de 2021.

4. Parrique T. et al., «Decoupling debunked: Evidence and arguments against green growth as a sole strategy for sustainability», European Environmental Bureau, 2019.

5. Haberl, H. et al., «A systematic review of the evidence on decoupling of GDP, resource use and GHG emissions, part II: synthesizing the insights», Environ, Res. Lett. 15:065003 (2020).

6. Shellenberger M., Nordhaus, T., «The Death of Environmentalism. Global Warming Politics in a Post-Environmental World», 2004, accesible en <//s3.us-east-2.amazonaws.com/uploads.thebreakthrough.org/legacy/images/Death_of_Environmentalism.pdf>.

7. Hausfather, Z. et al., «Evaluating the Performance of Past Climate Model Projections», Geophysical Research Letters, 47:1 (2020).

CONTRA EL CATASTROFISMO

1. <//lifeworth.com/deepadaptation.pdf>.

2. Marvel, K., «Shut up, Franzen», Scientific American, 11 de septiembre de 2019.

3. Franzen, J., «What if we stopped pretending», The New Yorker, 8 de septiembre de 2019.

4. Está disponible una traducción por el colectivo Contra el Diluvio como «El hogar siempre vale la pena» en <//contraeldiluvio.es/el-hogar-siempre-vale-la-pena/#iLightbox%5Bgallery890%5D/0>.

5. Nuttall, P., «Don’t listen to the climate doomists», The New Stateman, 2022.

6. Armstrong, D. I., «Exceeding 1.5°C global warming could trigger multiple climate tipping points», Science, 377:6611 (2022).

CONTRA LA ECONOMÍA CIRCULAR

1. Alier, J. M., «La economía industrial es entrópica, no es circular. [Y] es cada vez más entrópica», entrevista por Laura Villadiego en Carro de Combate, 15 de abril de 2021, accesible en <// www.carrodecombate.com/2021/04/15/joan-martinez-alier-la-economia-industrial-es-entropica-no-es-circular-y-es-cada-vez-mas-entropica/>.

2. Oliver Milman, «Apple and Disney among companies backing groups against US climate bill», The Guardian, 1 de octubre de 2021.

3. «Product Environmental Report: iPhone 13», accesible en <// www.apple.com/environment/pdf/products/iphone/iPhone_13_PER_Sept2021.pdf>.

4. «EU's material consumption: 14.1 tonnes per person in 2021», Eurostat, 2022, accesible en <//ec.europa.eu/eurostat/en/web/products-eurostat-news/-/ddn-20220715-2>.

5. «Waste Statistics», Eurostat, 2022, accesible en <//ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php?title=Waste_statistics>.

CONTRA EL RECICLAJE

1. Geyer, R., «Production, use, and fate of all plastics ever made»,

Science Advances, 3:7 (2017).

2. Schmidt, C. et al., «Export of Plastic Debris by Rivers into the Sea», Environmental Science & Technology, 51 (21), 12246-12253 (2017).

3. Cózar, A. et al., «The Arctic Ocean as a dead end for floating plastics in the North Atlantic branch of the Thermohaline Circulation», Science Advances, 3:4 (2017).

4. Lauren C. J. et al., «Detection of microplastics in human lung tissue using μFTIR spectroscopy», Science of The Total Environment, 831:154907 (2022).

5. Royer S-J. et al., «Production of methane and ethylene from plastic in the environment», PLoS ONE 13(8): e0200574 (2018).

6. Sullivan, L., «How Big Oil Misled The Public Into Believing Plastic Would Be Recycled», NPR, 11 de septiembre de 2020.

7. «Plastics deteriorate in image only», The Washington Post, 30 de enero de 1990.

8. Betterman Simidi M., «UK charity begins work in Kenya to undermine plastic regulation», Clean Up Kenya, 21 de junio de 2021, accesible en <//cleanupkenya.org/uk-charity-begins-work-in-kenya-to-undermine-plastic-regulation/>.

9. «Attorney General Bonta Announces Investigation into Fossil Fuel and Petrochemical Industries for Role in Causing Global Plastics Pollution Crisis», 28 de abril de 2022, accesible en <//oag.ca.gov/

news/press-releases/attorney-general-bonta-announces-investigation-fossil-fuel-and-petrochemical>.

10. «Further decline in 2017 of reusables share in beverage packaging», Umwelt Bundesamt, 18 de septiembre de 2019, accesible en <//www.umweltbundesamt.de/en/press/pressinformation/further-decline-in-2017-of-reusables-share-in>.

11. Banos Ruiz, I., Cwienk J., «How does Germany's bottle deposit scheme work?», DW, 17 de noviembre de 2021.

12. «La CNMC inicia un expediente sancionador contra Ecoembes por un posible abuso de su posición de dominio en el mercado», 5 de octubre de 2022, accesible en <//www.cnmc.es/prensa/incoacionecoembes-20221005>.

13. «Memoria anual de generación y gestión de residuos de competencia municipal 2019», MITECO, accesible en <//www.miteco.gob.es/es/calidad-y-evaluacion-ambiental/publicaciones/memoriaanual2019generacionygestionresiduosrescompetenciamunicipal_tcm

14. Lebreton, L. et al., «Evidence that the Great Pacific Garbage Patch is rapidly accumulating plastic», Sci Rep, 8, 4666 (2018).

CONTRA EL COCHE ELÉCTRICO

1. «Hay que desenganchar a España de la construcción, es un país adicto», entrevista a Jorge Dioni por Álvaro Caballero, RTVE, accesible en <//www.rtve.es/noticias/20210606/jorge-dioni-espana-piscinasdesenganchar-pais-construccion-adicto/2097646.shtml>.

2. Dagget, C., «Petro-masculinity: Fossil Fuels and Authoritarian Desire», Millennium: Journal of International Studies, 47(1) 25–44 (2018).

3. <//v-e-n-u-e.com/Sim-City-An-Interview-with-Stone-Librande>.

4. «El coche se consolida como el medio de transporte más utilizado pese a la mejora de la situación sanitaria», El País, 8 de septiembre de 2022.

5. IEA, «The Role of Critical Minerals in Clean Energy Transitions», 2021, accesible en <//www.iea.org/reports/the-role-of-critical-minerals-in-clean-energy-transitions>.

6. Alicia Valero et al., «Summary and critical review of the International Energy Agency's special report: The role of critical minerals in clean energy transitions», Revista de Metalurgia, 57:2 (2021).

CONTRA LAS FINANZAS SOSTENIBLES

1. «Banking on Climate Chaos: Fossil Fuel Finance Report 2022», 2022, accesible en <//www.bankingonclimatechaos.org//wp-content/themes/bocc-2021/inc/bcc-data-2022/BOCC_2022_vSPREAD.pdf>.

2. <//twitter.com/anabotin/status/1168843366127341568?s=61&-t=xevK4QROAfs6laupP9f4rQ>.

3. «Banco Santander aumenta un 500 % su inversión en proyectos de perforación en el Ártico desde el Acuerdo de París», Climática, 20 de

marzo de 2022.

4. «Investing in Climate Disaster: World Bank Finance for Fossil Fuels», The Big Shift Global, 2022, accesible en <// bigshiftglobal.org/Investing_In_Climate_Disaster>.

5. «The White House Wants a Climate Denier Out as World Bank President», The Nation, 22 de septiembre de 2022.

6. «BlackRock CEO says the climate crisis is about to trigger 'a fundamental reshaping of finance'», CNBC, 2020.

7. «BlackRock warns it will vote against more climate resolutions this year», Financial Times, 10 de junio de 2022.

8. «Background Note on Fossil Fuel Subsidy Reform», International Institute for Sustainable Development, 2022, accesible en <// iisd.org/system/files/2022-08/background-note-fossil-fuel-subsidy-reform.pdf>.

9. Díaz Pérez et al., «Sostenibilidad, finanzas, inversiones y ecoblanqueo», The Conversation, 14 de marzo de 2022.

10. «Amazon Got a Big Boost During the Pandemic —And So Did Its Carbon Emissions», Time, 1 de agosto de 2022.

11. Will Evans, «Private Report Shows How Amazon Drastically Undercounts Its Carbon Footprint», 25 de febrero de 2022, accesible en <//revealnews.org/article/private-report-shows-how-amazon-drastically-undercounts-its-carbon-footprint/>.

12. «Fidelity manager: Amazon belongs in an ESG fund but we're advocates for more employee rights», accesible en <//trustnet.com/news/13330047/fidelity-manager-amazon-belongs-in-an-esg-fundbut-were-fighting-it-on-unions>.

INSOSTENIBLE

1. McKibben, Bill, «Buzzless Buzzword», The New York Times, 10 de abril de 1996.

2. Folch, R., «Què és el desenvolupament sostenible?», capítulo en «Desenvolupament sostenible. Els llindars en la construcció de les relacions humanes i el medi ambient», Pensaments, 7, Edicions de la Universitat de Lleida, 1999.

SIGNIFICADO Y SIGNIFICANTE

1. Swyngedouw, E., La naturaleza no existe, Puente Aéreo Ediciones, 2016.

2. Caradonna, J., Sustainability: A History, Oxford, 2014.

3. Löwy, M., Ecosocialismo. La alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista, Biblioteca Nueva, 2012.

4. Zuboff, S., «A Digital Declaration. Against the Surveillance Capitalism of Big Data», Frankfurter Allgemeine, 15 de septiembre de 2014, accesible en <//opencuny.org/pnmarchive/files/2019/01/Zuboff-Digital-Declaration.pdf>.

5. Streeck, W., «How to Study Contemporary Capitalism?», European Journal of Sociology, vol. 53, nº 1, 2012.

6. Ariño, A. y Romero, J., La secesión de los ricos, Galaxia Gutenberg, 2016.

7. Bohler, S., Le Bug Humain, Robert Lafont, 2019

8. Ripoll, T., Pourquoi détruit-on la planète ?: Le cerveau d'Homo Sapiens est-il capable de préserver la Terre ?, Le Bord de l'eau, 2022.

9. Coutureau, E., et al., «Pourquoi détruit-on la planète ? Les dangers des explications pseudo-neuroscientifiques», Le Monde, 7 de julio de 2022.

10. «Keurig Canada fined $3 million for misleading claims over coffee pod recycling», CBC, 7 de enero de 2022.

11. Hamblin, J., «A Brewing Problem», The Atlantic, 2 de mayo de 2015.

12. «"Pensez à covoiturer", "prenez les transports en commun": de nouveaux messages obligatoires sur les publicités automobiles», Le Monde, 29 de diciembre de 2021.

13. «Few willing to change lifestyle to save the planet, climate survey finds», The Guardian, 7 de noviembre de 2021.

14. «España, el país europeo donde más personas perciben el cambio climático como una amenaza personal», IPSOS, 2022, accesible en <//www.ipsos.com/es-es/espana-el-pais-europeo-donde-mas-personas-perciben-elcambioclimatico-como-una-amenaza-personal>.

15. Accesible en <//asambleaciudadanadelcambioclimatico.es/wp-content/uploads/2022/06/Informe-recomendaciones-AsambleaCiudadana-Clima.pdf>.

16. Coste de la Asamblea, accesible en el Portal de Contratación del Estado, <//contrataciondelestado.es/wps/portal/!ut/p/b0/DcoxCoAw-DADA1zins9BBRDcFpaDJIqEtEoy1Q-ng63U8OCDYgRJXObnI-k1h_Y4gxq6SrDbGwajxUvBT2f4ANCEjCUBXwddM-9ojrmysmdy2zaQx11kK-7>.

NOMBRAR LO DESCONOCIDO

1. Maxwell Woods, «Stop Calling Me Resilient», Addressing Environmental Degradation in Louisiana, 12 de octubre de 2019, accesible en <//edgeeffects.net/stop-calling-me-resilient/>.

2. Parrique, T., Ralentir ou périr: l'economie de la décroissance, Seuil, 2022.

3. Gorz, A., «Les demons de l'expansion», en «La dernière chance de la Terre», Nouvel Observateur, (junio de 1972, monográfico).

4. Riechmann J., Tellechea I., eds., Barry Commoner: Ecología y Acción Social, Catarata, 2022.

5. Martínez Alier, J., «Siccio Mansholt, el presidente de la comisión europea que planteó el decrecimiento». Ecología política, 42:125-130 (2011).

6. «El Covid agranda el patrimonio de los más ricos del mundo en más de 5 billones», CincoDías, 17 de enero de 2022.

7. «Plan de Sobrieté Energétique: une mobilisation générale», Gouvernement Français, 2022, accesible en <// www.ecologie.gouv.fr/sites/default/files/dp-plan-sobriete.pdf>.

8. Welsby, D., et al., «Unextractable fossil fuels in a 1.5˚C world», Nature, nº 597, 2021, págs. 230-234.

9. Innerarity, D., «La izquierda y el placer», El País, 12 de octubre de 2022.

10. Raworth, K., «Why Degrowth has outgrown its own name», 1 de diciembre de 2015, accesible en <//web.archive.org/ web/20160216113348/http://oxfamblogs.org/fp2p/why-degrowth-has-outgrown-its-own-name-guest-post-by-kate-raworth/>.

11. Kallis, G., «You're wrong Kate. Degrowth is a compelling word», accesible en <//web.archive.org/web/20160216113016/https:// oxfamblogs.org/fp2p/youre-wrong-kate-degrowth-is-a-compelling-word/>.

12. Drews, S. y Antal, M., «Degrowth: A "missile word" that backfires?», Ecological Economics, 126, 182-187 (2016).

13. Santiago Muiño, E., «Tanto decrecimiento como sea posible, tanto

Green New Deal como sea necesario», La Pública, 14 de junio de 2022.

14. Martínez Alier et al., «Sustainable degrowth: Mapping the context, criticisms and future prospects of an emergent paradigm», Ecological Economics, 69:9 1741-1747 (2010).

15. Antunes et al., «Por una alternativa verde en Europa. Manifiesto Ecosocialista», Mientras tanto, 41, 59-171 (1990).

16. «An Ecosocialist Manifesto», accesible en www.cnsjournal.org/manifesto.html>.

17. Löwy, M., «What is Ecosocialism?», Capitalism Nature Socialism, 16:2 15-24 (2005).

18. Saito, K., El capital en la era del Antropoceno, Sinequanon, 2022.

LA CONVERSACIÓN

1. Hornsey, Matthew J., Fielding, Kelly, S., «A cautionary note about messages of hope: Focusing on progress in reducing carbon emissions weakens mitigation motivation», Global Environmental Change, 39, 26–34 (2016).

2. Simpson, B., et al., «Radical flanks of social movements can increase support for moderate factions». PNAS Nexus, 1:3 (2022).

3. Robson, D., «The “3.5 % rule”: How a small minority can change the world», BBC, 14 de mayo de 2019.

4. Hayhoe, K., Saving Us: A Climate Scientist's Case for Hope and Healing in a Divided World, Atria/One Signal Publishers, 2021.

5. Herrero, Y., Los cinco elementos. Una cartilla de alfabetización ecológica, Arcadia, 2021.

6. Rau, H., «Minding the mundane: everyday practices as central pillar of sustainability thinking and research», en Environment and Society. Concepts and Challenges, Boström, M. y Davidson, D. J (eds)., Palgrave Macmillan, 2018.

7. Lockie S., y Mei Ling Wong, C., «Conflicting Temporalities of social and Environmental Change?», en Environment and Society. Concepts and Challenges, Boström, M. y Davidson, D. J (eds), Palgrave Macmillan, 2018.

EROSIÓN Y PROGRESO

1. Olin Wright, E., Cómo ser anticapitalista en el siglo XXI, Akal, 2021.

2. Beeson, M., Environmental Populism. The Politics of Survival in the Anthropocene, Palgrave MacMillan, 2019.

3. Chancel, L., Desigualdades insostenibles, Catarata, 2022.

4. Nunn, P. D. y Reid, N. J., Aboriginal Memories of Inundation of the Australian Coast Dating from More than 7000 Years Ago, Australian Geographer, 2015.

5. «UN Rights Body Rules Australia Failed to Protect from Climate Change», Human Rights Watch, accesible en <//www.hrw.org/news/2022/09/25/un-rights-body-rules-australia-failed-protect-climate-change>.

6. Peel, J. y Markey-Towler, R., «Today's disappointing federal court decision undoes 20 years of climate litigation progress in Australia», The Conversation, 15 de marzo de 2022.

7. Martínez, L. y Rodríguez, J. L., «Culpa y responsabilidad en la crisis ecológica (ah, shit, here we go again)», La U, 10 de marzo de 2022.

FUTURO

1. Marquardt, B., «Historia de la sostenibilidad. Un concepto medioambiental en la historia de Europa central (1000-2006)», Historia crítica, 32:173-197 (2006).

2. Lyon, C., et al., «Climate change research and action must look beyond 2100», Global Change Biology, 28:2, 349-361 (2022).

3. Sand, G., El bosque de Fointaineblau, José J. de Olañeta, editor, 2019.

4. Pérez, G. R., «La OCDE avisa a España por el envejecimiento de sus empleados públicos», El País, 27 de julio de 2021.

5. «Actitudes globales sobre la equidad de género», IPSOS, 2019, accesible en <//www.ipsos.com/sites/default/files/ct/news/

documents/2019-03/Dia%20Internacional%20de%20la%20Mujer_2019.pdf>.

6. «LGBT + PRIDE 2021 GLOBAL SURVEY», IPSOS, 2021, accesible en <//www.ipsos.com/sites/default/files/ct/news/documents/2021-06/LGBT%20Pride%202021%20Global%20Survey%20Report%20-%20Rev%203.pdf>.

EPÍLOGO UNO: LUCIÉRNAGAS EN LA OSCURIDAD

1. Basho, M., Por sendas de montaña, Satori, 2018.

EPÍLOGO DOS: CONTRA ESTE LIBRO

1. Folch, R., La quimera del crecimiento. La sostenibilidad en la era postindustrial, RBA, 2011.

Table of Contents

Cubierta
Título
Créditos
Sumario
Primera Parte
El porqué
El origen
El camino
Primer Interludio
Segunda Parte
Contra la neutralidad climática
Contra la extralimitación y la geoingeniería
Contra el mantra de las generaciones futuras
Contra la superpoblación y los superricos
Contra la huella de carbono
Contra la energía que salvará el planeta
Contra la transición ecológica
Contra la dominación de la naturaleza
Contra el ecomodernismo
Contra el catastrofismo
Contra la economía circular
Contra el reciclaje
Contra el coche eléctrico
Contra las finanzas sostenibles
Segundo Interludio
Tercera Parte
Insostenible
Significado y significante
Nombrar lo desconocido
La conversación
Erosión y progreso
Futuro
Tres Breves Epílogos
Epílogo uno: luciérnagas en la oscuridad
Epílogo dos: contra este libro
Epílogo tres: tu espacio
Notas
Agradecimientos
Referencias